

SAN AGUSTÍN CONTRA LOS ACADÉMICOS



EE
ENCUENTRO

FILOSOFÍA

EDICIÓN BILINGÜE

Ensayos

377

Filosofía

Serie dirigida por

Agustín Serrano de Haro

SAN AGUSTÍN
Contra los Académicos

Edición bilingüe

Introducción de Jaime García Álvarez
Traducción de Julio García Álvarez y Jaime García Álvarez


ENCUENTRO

Título original
Contra Academicos

© 2009

Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid

Tel. 902 999 689

www.ediciones-encuentro.es

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
LIBRO PRIMERO: Sobre la verdad y la felicidad	29
Capítulo I: Dedicatoria a Romaniano	29
Capítulo II: Sobre la felicidad	35
Capítulo III: Una dificultad	38
Capítulo IV: Qué es el error	44
Capítulo V: Qué es la sabiduría	49
Capítulo VI: La sabiduría: una nueva definición	53
Capítulo VII: Defensa de la definición anterior de sabiduría .	56
Capítulo VIII: El adivino y el sabio	60
Capítulo IX: Conclusión	63
LIBRO SEGUNDO: Los académicos y la Filosofía	67
Capítulo I: Exhortación a Romaniano	67
Capítulo II: Exhortación a la Filosofía	70
Capítulo III: Amor a la belleza y amor a la sabiduría	75
Capítulo IV: La doctrina de los académicos	79
Capítulo V: Exposición de la doctrina de los académicos ...	81
Capítulo VI: Discusión sobre el pensamiento de los académicos	84

Capítulo VII: Crítica de los conceptos de verosímil y probable	87
Capítulo VIII: Sofismas de los académicos	93
Capítulo IX: La verdad, el más importante de los problemas .	96
Capítulo X: La controversia con los académicos no es una cuestión de palabras sino de realidad	99
Capítulo XI: Sobre la probabilidad	101
Capítulo XII: Insistencia sobre el mismo tema	103
Capítulo XIII: Conclusión	106
 LIBRO TERCERO: Sabiduría y felicidad	 109
Capítulo I: Búsqueda de la verdad	109
Capítulo II: La sabiduría y la Fortuna	110
Capítulo III: El sabio y el filósofo	114
Capítulo IV: Quien nada conoce no es sabio	119
Capítulo V: Erróneo camino de los académicos	125
Capítulo VI: Necesidad de la ayuda divina para conocer la verdad	128
Capítulo VII: Opinión de Cicerón	129
Capítulo VIII: Crítica de la opinión de Cicerón	133
Capítulo IX: La definición de Zenón	136
Capítulo X: Algunos axiomas de los académicos y su refutación	141
Capítulo XI: Lo sensible y lo inteligible	145
Capítulo XII: La certeza moral y los sentidos	151
Capítulo XIII: Certeza y Dialéctica	153
Capítulo XIV: El sabio y el asentimiento a la sabiduría	155
Capítulo XV: El probabilismo y sus límites	160
Capítulo XVI: Probabilismo e inmoralidad	163
Capítulo XVII: Los académicos y los dos mundos de Platón	167
Capítulo XVIII: La Nueva Academia y sus divisiones	172
Capítulo XIX: Diferentes corrientes filosóficas	174
Capítulo XX: Conclusión: Platón camino hacia Cristo	176

INTRODUCCIÓN

En los primeros días del mes de agosto del año 386 san Agustín toma la decisión de retirarse de su carrera de profesor de Retórica, en Milán, con todo lo que esto comportaba: abandonar honores, relaciones sociales, riqueza y bienestar material, para entregarse única y exclusivamente a Cristo. A partir de ese momento se decide a presentar oficialmente su dimisión como profesor de Retórica. Para ello le era preciso justificar con razones sólidas dicha dimisión. Aducirá cierta dificultad en el respirar unida a fuertes dolores de pecho y ausencia de voz.

Agustín deseaba retirarse de su cátedra de Retórica sin llamar la atención. Ahora bien, las vacaciones de verano comenzaban el 23 de agosto. No le quedaban, pues, más que quince días de trabajo. A finales de agosto se retira a Casiciaco, una casa de campo que Verecundo, amigo suyo y profesor de Gramática, había puesto a su disposición. Agustín, en ese momento, tenía necesidad de descanso físico, pero, sobre todo, tenía necesidad de paz y calma de espíritu. Deseaba vivir lo que en latín se denominaba «*secesus*», es decir, una separación voluntaria de todas sus obligaciones para encontrarse consigo mismo y rehacer su vida.

Agustín se instala en Casiciaco a finales de agosto o en los primeros días del mes de septiembre del 386. Le acompañan su madre

Mónica, su hijo Adeodato, Navigio su hermano, sus dos primos Lastidiano y Rústico, su amigo Alipio y dos jóvenes alumnos suyos: Licencio, hijo de su benefactor Romaniano, y Trigeccio.

Allí, en Casiciaco, dedican el tiempo a realizar las labores de la casa, ayudar a los colonos en las tareas del campo, pero dejando siempre un cierto tiempo libre para el estudio, la reflexión, la enseñanza de la gramática y de la retórica y, sobre todo, para la discusión sobre diferentes temas filosóficos. Estas discusiones filosóficas tenían lugar en una pradera o en la sala de los baños cuando el tiempo no era favorable. Acostumbraban a tener estas discusiones o diálogos al final de la mañana, antes de la comida, o después de la caída del sol, una vez que habían finalizado los trabajos del campo.

La obra *Contra Academicos* recoge la primera de las discusiones de Casiciaco. Agustín la redacta basándose en las transcripciones realizadas por un secretario o *notarius* que iba recogiendo taquígráficamente dichas conversaciones. El recurso a un secretario para tomar nota de las conversaciones era una práctica corriente a lo largo del siglo IV. Esta obra forma parte por consiguiente de los llamados *Diálogos de Casiciaco*.

En estos *Diálogos de Casiciaco*, y, en concreto, en este *Contra Academicos*, Agustín continúa sus reflexiones personales sobre los temas que juzgaba como fundamentales para la vida: «*De vita nostra, de moribus, de animo res agitur*».

En *Contra Academicos* Agustín analiza ciertamente el pensamiento de los académicos. Trata de refutar el escepticismo de la Nueva Academia y, de forma más concreta y precisa, los *Academica* de Cicerón.

Este tema le había preocupado después de su «crisis de escepticismo». Con frecuencia había discutido ya este mismo tema con Alipio y Nebridio en Milán. En Casiciaco, Agustín no rompe con sus preocupaciones intelectuales anteriores; reflexiona sobre ellas y, en concreto, sobre este tema de la Academia.

Lo que busca Agustín en este diálogo es situar la Academia dentro de la tradición platónica y, a la vez, ordenar esta tradición al cristianismo. De hecho, él mismo dirá que el «mundo inteligible», objeto de la verdadera filosofía, hubiese permanecido inaccesible a los hombres a no ser porque la Inteligencia divina se dignó abajarse hasta tomar la naturaleza humana.

El misterio de la Encarnación está ciertamente presente a lo largo de todo el *Contra Academicos*. Es él quien le da sentido. El misterio de la Encarnación fue el fundamento de su conversión. Y a entrar o revivir el proceso de su conversión invita Agustín, en este diálogo, tanto a Romaniano como a Licencio y Trigeccio. De hecho, al margen del proceso de su conversión, este diálogo *Contra Academicos* se hace incomprensible.

El Contra Academicos: una introducción a la filosofía

Es cierto que a lo largo de la primera parte del siglo XX se ha juzgado que el tema que san Agustín desarrolla en esta obra *Contra Academicos* era un tema eminentemente filosófico, más en concreto, un tema epistemológico. San Agustín rechazaría en este diálogo el escepticismo académico según el cual nada puede ser conocido con certeza y, por lo mismo, a nada se le puede otorgar el asentimiento firme de nuestra inteligencia. Se trataría, por consiguiente, de defender y afirmar que nuestra mente tiene la posibilidad de conocer la verdad.

Sin embargo, hoy día se ve de forma diferente el tema que Agustín desarrolla en *Contra Academicos*. Se juzga que este diálogo es fundamentalmente un *Protréptico*, es decir, una exhortación a entrar o a dedicarse a la filosofía: una introducción a la filosofía. Una obra semejante al *Hortensio* de Cicerón.

En efecto, Agustín pretende que tanto Romaniano, a quien dedica el diálogo, como sus dos discípulos e interlocutores,

Trigecio y Licencio, lleguen a realizar el mismo proceso de conversión que él mismo realizó a partir de la lectura del *Hortensio* de Cicerón y que se decidan, como él, a entregarse plenamente a la búsqueda de la Sabiduría. De hecho, de forma clara y precisa, en los prólogos a los libros I y II de *Contra Academicos*, Agustín exhorta a Romaniano a abandonar sus negocios para entregarse plenamente a la filosofía: «*Ergo adgrederere mecum philosophiam*»; «*Sed ad nos redeamus, nos, inquam, Romaniane, philosophemur*». Y para animar a Licencio y Trigecio a entregarse a la filosofía pondrá entre sus manos el *Hortensio* de Cicerón.

El significado que Agustín otorga a la filosofía en sus primeros escritos, y en concreto en esta obra *Contra Academicos*, parece ser el mismo que Cicerón propone en su obra el *Hortensio*.

Para Agustín, inspirándose en Cicerón, la filosofía nos hace entrar en una nueva forma de vida, que consiste en «conocer con plena claridad al Dios verdadero y sumamente oculto». Ella es quien nos otorga igualmente la verdadera libertad. De hecho, al hacer alusión a la lectura del *Hortensio*, Agustín dirá que aquella exhortación a la filosofía transformó su mentalidad reorientándola hacia Dios.

El tema de este diálogo es, pues, ciertamente un tema filosófico. Pero es preciso tener en cuenta que la palabra *filosofía* indica para san Agustín, ante todo, la unión con Cristo, puesto que Cristo es la Sabiduría, es la Verdad. Por ejemplo, le dice a Romaniano que ora por él al Hijo de Dios que es «el poder y la sabiduría del Dios omnipotente». Más aún, que la belleza de la filosofía le ha arrastrado definitivamente hacia ella y que esta belleza la ha encontrado en las Cartas de san Pablo. Y es para Cristo, en cuanto Verdad, para quien desea ganar a Romaniano.

La filosofía, a la que exhorta san Agustín en *Contra Academicos*, es la vida cristiana cuya plenitud es la unión con Dios. Es precisamente la unión con Cristo lo que procura la verdadera

felicidad. Esta filosofía no es, por consiguiente, una ciencia exclusivamente teórica o especulativa tal cual se entiende o se puede entender hoy día.

La filosofía es para Agustín, ante todo, la búsqueda de Cristo, puesto que Cristo es la Sabiduría. Con ello san Agustín no hace más que seguir la tradición cristiana de la época.

Ya en los primeros siglos del cristianismo éste se presenta como «La Filosofía». Esta asimilación comenzó con los llamados Padres Apologistas y, en concreto, con san Justino. No obstante, los Padres son conscientes de que su concepto de filosofía no es idéntico al concepto de filosofía griega; por esto hablan de «*nuestros filósofos*» frente a la «*filosofía bárbara*». Más aún, no consideran la fe cristiana como una filosofía más entre las otras filosofías, sino como «*La Filosofía*». Y a entrar en esta Filosofía es a lo que exhorta san Agustín en su obra *Contra Academicos*.

Su exhortación a entrar en la filosofía es, por lo mismo, una exhortación a entrar en la fe cristiana. Pero el ingreso en la fe exige, en primer lugar, el remover todos aquellos obstáculos que de una u otra forma impiden su aceptación. Y he aquí que entre estos obstáculos está, en primer lugar, el escepticismo de la Academia.

El tema de la verdad, de lo probable y de lo verosímil

San Agustín expone con claridad en esta obra, *Contra Academicos*, su pensamiento sobre la filosofía académica. Parece ser que la fuente más importante de su información se encuentra en la obra *Los Académicos* de Cicerón.

El escepticismo, según san Agustín, había surgido dentro de la Academia platónica con Polemón de Atenas (-340/-269). Posteriormente fue ampliamente desarrollado por Carnéades de Cirene (-214/-129), Clitómaco de Cartago (-180/-110), Filón de

Larisa (-145/-85) y Antíoco de Ascalón (-130/-68), de quien fue discípulo Cicerón (-106/-43). Y es de Cicerón de quien lo va a tomar san Agustín.

Los académicos *no afirman*, en forma alguna, que el saber sea inaccesible al hombre. Lo que *niegan* es que el hombre pueda conocer algo (*Negant Academici sciri aliquid posse*). De hecho, según Cicerón, el estoico Antípater formuló esta objeción contra los escépticos: «Que no se pueda percibir o saber nada es ya afirmar que, al menos, hay algo que se puede conocer». A esta objeción de Antípater responde Carnéades: «Quien niega que hay algo que pueda ser conocido no exceptúa absolutamente nada. Es pues necesario que no haya nada, sin excepción, que pueda ser comprendido o conocido, sea de cualquier forma que fuere». Cicerón hace de esta tesis de Carnéades la regla de su filosofía y el dogma (*decretum*) central de la doctrina académica.

El origen de esta negación se encuentra en la definición del conocimiento que había dado el estoico Zenón y que posteriormente aceptará y desarrollará Crisipo. Zenón, al hablar del conocimiento, toma como punto de partida la pasividad de nuestros sentidos. Esta pasividad es estimulada por un cierto impulso externo llamado «phantasía» (*visum*). Ante esta excitación la voluntad puede asentir (*sinkatatheis*) o rechazar dicha excitación, es decir, afirmar o negar la validez de dichas representaciones. Juzgará que sólo son válidas o verdaderas aquellas representaciones que posean algo que es, a la vez, propio de las cosas reales. Estas representaciones que poseen o tienen algo de común con las cosas reales son llamadas «representaciones comprensibles» (*katáleptos*). Cicerón traduce esta palabra *katáleptos* por *comprehensio*. Estas representaciones llevan en sí mismas una marca o una huella de la realidad y, por lo mismo, no se las puede confundir jamás con la representación de cosas diferentes. De aquí que, para Zenón, aquello que es percibido o captado con *certeza*

es una representación que procediendo de un objeto real lleva en sí misma la huella de dicho objeto.

Arcesilao niega que existan en nuestra mente tales *representaciones comprensivas*. Para él nada puede ser percibido o captado como tal. No existe en nuestra mente ninguna representación que posea las características que le otorga el estoico Zenón.

Para los estoicos sabio es aquel que no da su asentimiento más que a las *representaciones comprensivas* y, a la vez, regula y ordena su vida a la luz de dichas representaciones. Quien no se atiene a dichas *representaciones comprensivas* no será jamás sabio. Sabio es, por consiguiente, aquel que rechaza toda representación incierta o probable.

Ahora bien, para los académicos estas *representaciones comprensivas* son inaccesibles al hombre. Pretender seguir las es un acto imprudente y, en cuanto tal, encontrarse muy lejos de la sabiduría. Sin embargo, los académicos no pretenden en forma alguna negarle al hombre la capacidad de conocer. Lo que pretenden es mostrar los límites de dicha capacidad. Si el hombre no puede llegar a ser sabio, al menos puede evitar el error de creer que ha llegado a la verdad.

En realidad los académicos no hacen más que reaccionar en contra del dogmatismo de los estoicos. De hecho, Zenón y Arcesilao afirman que el sabio no da jamás su asentimiento a la ligera. Sabio es sencillamente quien no se engaña. Pero no engañarse es para Zenón algo eminentemente positivo. Es adherirse a las *representaciones comprensivas*. Para Arcesilao, por el contrario, puesto que al hombre no le es posible poseer dichas *percepciones comprensivas*, sabio será única y exclusivamente quien no da jamás su asentimiento a percepción alguna. La sabiduría consistirá, por consiguiente, únicamente en la búsqueda de la verdad.

Carnéades presenta una doctrina semejante a la de Arcesilao, pero con diferencias significativas. Frente a la teoría estoica de la

evidencia intrínseca de las *representaciones comprensivas* admite que, en nuestra mente, hay dos clases de representaciones. En primer lugar, las llamadas representaciones *imperceptibles*: son aquellas a las que se opone el testimonio de los sentidos e incluso la misma evidencia (*enárgeia*), y las llamadas representaciones *perceptibles*, pero dudosas. En segundo lugar están las llamadas representaciones *probables* y las representaciones *improbables*.

Aunque no existe en nuestra mente ninguna percepción que corresponda exactamente con la realidad, no obstante, en nuestra mente hay algunas representaciones que son *probables*. El sabio las sigue, pero sin otorgarles su asentimiento y, por lo mismo, no se adhiere a ellas. Son puras probabilidades, y aunque parezcan verosímiles no son, en forma alguna, verdaderas.

Esta doctrina de lo probable y de lo verosímil tiene por finalidad el ofrecer un criterio *no dogmático* sobre las decisiones que es preciso tomar en la vida y, a la vez, resolver la cuestión de la sabiduría sin tener que fundamentarla en la existencia de lo aparente, es decir, en el conocimiento que nos ofrecen los sentidos.

Tal es la exposición del pensamiento de los académicos que ofrece Cicerón y a la que ciertamente está haciendo continuamente referencia san Agustín en *Contra Academicos*.

San Agustín considera el escepticismo académico como una auténtica filosofía, como una búsqueda real de la sabiduría y de la felicidad. Si no llega a aceptar plenamente esta filosofía, no fue tanto por motivos gnoseológicos sino más bien porque no le ofrecía a Cristo: «Porque se hallaban desposeídos del nombre salvador de Cristo» (*Conf. V,14,25*).

San Agustín no se plantea en *Contra Academicos* el problema metafísico de la existencia de la verdad. Los académicos, como el mismo Agustín, nunca han dudado de la existencia de la verdad. Lo que intenta san Agustín es la justificación racional de su búsqueda. Si se enfrenta a los académicos es por juzgar que su escepticismo

era precisamente uno de los obstáculos mayores que se oponían a la verdadera realidad de su búsqueda. Desfiguran y deforman la naturaleza de la misma búsqueda.

Buscar sin buscar nada es un absurdo y, por lo mismo, expresión de una cierta locura. En realidad la búsqueda propia del escepticismo académico mata, anula la verdadera búsqueda. Suma al hombre en una total indiferencia, en el desánimo y, por lo mismo, en la «*desperatio veri*». Si estamos convencidos de la imposibilidad de encontrar la verdad, carecerá de sentido toda investigación filosófica sobre la misma.

La búsqueda y la contemplación de la verdad

Agustín analiza ampliamente las condiciones de posibilidad de la búsqueda de la verdad. Es uno de los temas centrales de *Contra Academicos*. Se busca porque aquello que se busca está ya en cierto modo presente en aquel que lo busca. Agustín dirá a Romaniano: «Aquella disposición personal que te ha inclinado siempre a desear lo bello y lo bueno, a ser más liberal que rico, por la que nunca preferiste ser más poderoso que justo, a no claudicar jamás frente a la adversidad y la injusticia, te diré que es un *no sé qué divino que hay en ti y que está como aletargado bajo el sueño de esta vida*; pero hete aquí que una oculta Providencia se ha propuesto despertarlo con diversas y violentas sacudidas» (*Cont. Acad.* 1,1,3).

Para mostrar la posibilidad de la búsqueda de la verdad como de su encuentro por aquel que la busca, Agustín comienza analizando en profundidad el problema de la noción de sabio.

Los llamados filósofos clásicos: peripatéticos, estoicos y platónicos, definen al sabio como aquel que ha encontrado la verdad y, con la verdad, la felicidad. Para ellos el hombre puede ciertamente llegar a la contemplación de la verdad aunque quizás no se llegue

jamás con plenitud a esta contemplación. La contemplación plena de la verdad es más bien un ideal que una realidad. La actitud del hombre ante la sabiduría ha de ser, por lo mismo, fundamentalmente una actitud de búsqueda. Más que sabio el hombre ha de ser filósofo.

Los académicos, por el contrario, no dudan de la existencia de la verdad, pero juzgan que es imposible encontrarla y contemplarla. A pesar de esto el hombre puede ser sabio, puesto que sabio no es aquel que ha encontrado la verdad, sino más bien aquel que la busca con rigor e interés. No niegan la verdad. Niegan que se pueda llegar a ella, que se la pueda encontrar. Por esto en la vida sólo podemos regirnos por lo *probable* y lo *verosímil*.

Frente a una y otra posición la actitud de san Agustín es clara. Sabio es aquel que conoce y contempla la sabiduría. Conocer la sabiduría exige conocer la verdad. Es cierto que conocer la verdad no es tarea fácil. Más aún, si nos atenemos única y exclusivamente a la capacidad de la razón será, incluso, tarea imposible. El hombre por sí mismo no llegará nunca a conocer la verdad. Sólo podrá llegar a ella mediante la ayuda divina. Sin esta ayuda se caerá inexorablemente en la «*desperatio veri*» como cayeron los académicos.

Más aún, el hombre no puede desconfiar de esta ayuda divina. Dios viene ciertamente en su ayuda. A través del misterio de la Encarnación la Sabiduría de Dios (*Intellectus Dei*), la Verdad misma, ha venido a nosotros para ponerse entre nuestras manos. «El Hijo de Dios, que es la Verdad misma, ha puesto la verdad a nuestra mano haciéndose hombre» (*De civ. Dei* XI,2).

A partir de ese momento el hombre no solamente será filósofo, puede igualmente ser sabio. Para ello le es preciso aceptar la «autenticidad» de Cristo. La Verdad es Cristo y se llega a la Verdad a través de Cristo. Pero en *Contra Academicos* san Agustín va aún más lejos. Trata de analizar por qué nuestra razón, por sí misma, no puede llegar a conocer la verdad, necesitando de la ayuda de Dios, del misterio de la Encarnación.

La causa de que la razón no llegue a encontrar la verdad no se halla en la razón misma sino en circunstancias y situaciones externas a ella.

Los académicos habían desarrollado su pensamiento en una época en la que el estoicismo dominaba el espacio cultural. El estoicismo había caído en un puro y estricto materialismo. Para ellos la única realidad existente era la del mundo sensible. Se hace, pues, imposible el conocer y comprender cualquier realidad que no sea material. El hombre vive esclavo de los sentidos. Su vida se desarrolla en un régimen de exterioridad. Para liberarse de este materialismo los académicos, según la interpretación de Cicerón, ocultaron el mundo inteligible reduciendo la filosofía a pura búsqueda.

La lectura de Cicerón le descubre a Agustín la existencia de ese mundo inteligible. Este descubrimiento provoca en él una cierta liberación de espíritu. Pero, frente a los académicos, le es preciso mostrar que ese mundo inteligible es igualmente asequible a nuestra mente.

Y he aquí que el hombre puede llegar a la contemplación de la verdad precisamente porque el Verbo de Dios, la Verdad misma, a través del misterio de la Encarnación, ha venido a liberar al hombre de la esclavitud de los sentidos, de esa vida fundamentada en la exterioridad. La misión de Cristo es precisamente la de purificar los ojos del corazón y, con ello, la razón logra de nuevo recuperar su capacidad de encontrar y de contemplar la verdad.

El proceso lógico de Contra Academicos

Es de sumo interés el seguir paso a paso el desarrollo de este pensamiento de san Agustín en su diálogo *Contra Academicos*.

En sus primeras páginas Licencio y Trigeccio discuten entre sí sobre lo que realmente nos otorga o nos puede otorgar la felicidad: la posesión de la verdad o simplemente su búsqueda.

Trigecio le pide a Licencio que le conceda «que no es perfecto quien aún busca la verdad» (*perfectum non esse, qui adhuc ueritatem requirat*) (*Cont. Acad.* 1,3,9). Licencio no se lo concederá. Admite ciertamente que aquel que no llega al fin, es decir, a la verdad, no es perfecto. No obstante juzga que «sólo Dios conoce dicha verdad, o quizá también el alma del hombre, una vez haya abandonado este cuerpo».

Trigecio, por otra parte, afirma que condicionar la felicidad humana a la contemplación de la verdad es privar de la felicidad a todo hombre incapaz de dicha contemplación. Cree, no obstante, que el hombre puede llegar a ser feliz porque puede vivir conforme a aquella parte superior del espíritu, a quien todo lo demás ha de estar subordinado.

El problema que Licencio y Trigecio plantean en esta discusión es el de la naturaleza de la sabiduría y, por lo mismo, el de la vida feliz, es decir, si la sabiduría consiste única y exclusivamente en la búsqueda de la verdad o si, por el contrario, consiste en su contemplación o posesión.

Para Trigecio «la sabiduría es el camino recto de la vida», el «camino recto que conduce a la verdad». La sabiduría no se identifica, por lo mismo, con la posesión de la verdad, con su contemplación. Consiste únicamente en su búsqueda. La sabiduría es el camino que nos lleva o conduce a la verdad. Licencio, por el contrario, afirmará que la sabiduría es, a la vez, *búsqueda* y *posesión* de la verdad misma.

Licencio y Trigecio plantean, por lo mismo, el tema de la naturaleza de la sabiduría en los términos de la filosofía estoica y de la filosofía académica.

San Agustín, fiel a su proyecto de conducirles a descubrir a Cristo, va a orientar su discusión hasta llevarles al platonismo y de ahí a Cristo Camino, Verdad y Vida. Busca hacerles vivir o revivir su mismo proceso de conversión, el proceso que le llevó del

escepticismo al platonismo y del platonismo a Cristo. De hecho, a lo largo de todo el libro III de *Contra Academicos*, Agustín muestra cómo la filosofía académica sólo tiene sentido a la luz del platonismo y que el platonismo no encuentra la plenitud de su sentido más que en el cristianismo.

Estructura de Contra Academicos

Esta obra *Contra Academicos*, como, por otra parte, la mayor parte de las obras de san Agustín, se presenta hoy día dividida en libros, capítulos y párrafos.

El libro antiguo, en general, se presenta como un texto continuo, sin división alguna. Con frecuencia, antes del texto, se colocaban algunos sumarios o resúmenes numerados. Estos sumarios se introdujeron posteriormente unas veces en los márgenes del texto, y otras fueron colocados dentro del mismo texto, constituyendo así verdaderos subtítulos.

Cuatro son los elementos que se pueden distinguir en el libro antiguo: las porciones de texto que se acostumbra a denominar con el nombre de *capítulos*; los *números* que indican el orden lógico de los diferentes párrafos que componen el capítulo; los sumarios o resúmenes de estos capítulos, llamados *tituli*, y, en fin, los índices o tablas de estos sumarios que, con frecuencia, reciben el nombre de *capitula*. La terminología que se emplea para designar estas diferentes partes del libro no es en forma alguna clara ni precisa.

La división de los libros en capítulos es la más antigua y sigue presente hasta comienzos del siglo XVI. Es a partir de esta época cuando se divide el texto del libro no tanto en capítulos, sino más bien en párrafos, ateniéndose al contenido lógico del texto. La división en capítulos no se juzgaba lo suficientemente rigurosa

desde una perspectiva lógica y, para subsanar esta deficiencia, se opta por dividir el libro en párrafos.

La primera edición de las obras de san Agustín dividida en párrafos es la realizada por Amerbach (1505-1506). A partir de entonces se otorga toda la importancia a la división en párrafos olvidando un tanto la antigua división en capítulos.

Con relación a *Contra Academicos* la división en libros es ciertamente de san Agustín. La división de cada libro en capítulos, aunque muy antigua, parece ser posterior a san Agustín.

Ahora bien, es preciso leer las obras de san Agustín, y en concreto el *Contra Academicos*, como san Agustín deseó que fuesen leídas. Para él la unidad literaria es el libro. Por esto cada libro es necesario leerlo como un todo, evitando toda clase de divisiones en capítulos o apartados.

La estructura lógica de *Contra Academicos* ha sido analizada desde diferentes puntos de vista. Se la ha analizado, por ejemplo, a la luz del *Protréptico* de Aristóteles y del *Hortensio* de Cicerón juzgando que san Agustín adopta la misma estructura de estas obras: un preámbulo en el cual se plantea el problema que se va a tratar, y que contiene igualmente la dedicatoria a una persona real; la discusión sobre dicho problema entre los diferentes interlocutores y, en fin, una parte oratoria o discurso continuo realizado por el autor mismo de la obra.

Desde esta perspectiva *Contra Academicos* consta, en primer lugar, de un prólogo o dedicatoria en donde san Agustín exhorta a Romaniano a entregarse plenamente a la filosofía. Retoma esta exhortación en el prólogo al libro II en donde dirá a Romaniano: «*Ergo adgrederere mecum philosophiam... philosophemur*». A continuación viene la discusión propiamente dicha, objeto esencial de la obra, y en fin, la parte oratoria o discurso continuo que ocupará la mayor parte del libro III.

Sin embargo, si se presta atención principalmente a los diferentes temas que san Agustín trata en *Contra Academicos* y a la forma de tratarlos, podemos comprobar que esta obra consta de dos partes bien diferenciadas. Estas dos partes están separadas entre sí, desde un punto de vista cronológico, por un espacio de siete días. La primera de ellas consta de tres diálogos entre Licencio y Trigeccio desarrollándose dichos diálogos en días diferentes. Esta primera parte de *Contra Academicos* es expuesta en el libro I. Su estructura es la siguiente:

Libro I

Proemio (1,1-4).

Primer día. Primer diálogo, entre Licencio y Trigeccio, sobre la relación entre verdad y felicidad (2,5-4,10).

Segundo día. Segundo diálogo, entre Licencio y Trigeccio, sobre el tema del error (4,11-5,15).

Tercer día. Tercer diálogo, entre Licencio y Trigeccio, sobre el tema de la sabiduría y la adivinación (6,16-9,25).

Recapitulación (24-25).

Después de esta primera parte, los interlocutores de *Contra Academicos* dedican siete días al estudio y a las labores más urgentes del campo. Después de estos días reanudan de nuevo el diálogo. Esta segunda parte de *Contra Academicos* se expone en los libros II y III, y se desarrolla en cinco diálogos y una *oratio continua*. Los interlocutores son ahora, sobre todo, Agustín y Alipio. Su estructura es la siguiente:

Libro II

Proemio (II,1,1-3,9).

Primer día, por la mañana. Cuarto diálogo, entre Agustín y Alipio, sobre la teoría de la verdad de los académicos y sobre las nociones de probabilidad y verosimilitud (4,10-6,13).

Primer día, por la tarde. Quinto diálogo, entre Agustín, Alipio y Licencio, sobre el tema de la verosimilitud y la posibilidad de encontrar la verdad (6,14-10,24).

Segundo día. Sexto diálogo, entre Trigeccio y Licencio, sobre el tema de la verosimilitud (11,25-13,30).

Libro III

Tercer día. a) Séptimo diálogo, entre Alipio y Agustín, sobre el tema de la relación entre la fortuna y la filosofía y sobre la diferencia entre el filósofo y el sabio (1,1-3,6).

b) Octavo diálogo, entre Alipio y Agustín, sobre el mismo tema anterior: *sapiens scire sapientiam* (4,7-6,13).

c) *Oratio continua* de Agustín (7,15-20,43).

Epílogo (20,44-45).

Forma literaria de Contra Academicos: el diálogo

La forma literaria de *Contra Academicos* es el diálogo. El diálogo fue el género literario empleado por Platón y, en algunas de sus obras, por Aristóteles. Posteriormente lo emplearán no pocos autores pertenecientes a las diferentes escuelas filosóficas helenísticas.

El diálogo, como forma literaria, fue igualmente adoptado por no pocos autores latinos como Cicerón, Varrón, Tácito. El cristianismo adoptó esta forma literaria muy pronto. De entre los autores cristianos anteriores y contemporáneos de san Agustín que lo adoptaron, se encuentran entre otros Minucio Félix, Tertuliano, Lactancio y san Jerónimo en algunas de sus obras de juventud. San Agustín se hace ampliamente eco de esta forma literaria del diálogo como expresión filosófica en su Carta a Dióscoro (*Ep.* 118).

En *Contra Academicos* san Agustín toma fundamentalmente como modelo a Cicerón. Trata de imitarlo tanto en la forma literaria

como en numerosas expresiones. No obstante, Agustín se separa con frecuencia de Cicerón tanto en el tema como en la forma de desarrollarlo e incluso, con frecuencia, hasta en el mismo estilo literario. Las diferentes intervenciones de los interlocutores no se presentan a través de largos discursos como en Cicerón, sino de diálogos vivos, rápidos, en donde las posiciones de unos y otros son problematizadas, modificadas y corregidas. En esto el *Contra Academicos* está más cerca del diálogo socrático que de los diálogos de Cicerón. Por otra parte, este diálogo *Contra Academicos* finaliza con un largo discurso continuo u *oratio perpetua*, realizado por el mismo Agustín. Esta *oratio perpetua* será el punto culminante del diálogo. En ella Agustín aborda y clarifica los temas más complejos y difíciles de la discusión.

Contra Academicos consta, por consiguiente, de una parte dialéctica, expresada en forma de diálogo, y de una parte retórica u *oratio perpetua*. San Agustín une la dialéctica con la retórica. La dialéctica procede a través de la interrogación. San Agustín dirá que no hay mejor medio para buscar la verdad que proceder a través de preguntas y respuestas. La retórica, por el contrario, procede a través del discurso continuo o de la *oratio perpetua*.

En *Contra Academicos* san Agustín afirma que existen dos formas de exponer un tema: ya sea interrogando o ya a través de un discurso continuo. La diferencia entre estas dos formas de exposición, la dialéctica y la retórica, no se encuentra tanto en la forma externa como en su finalidad. La dialéctica trata de enseñar (*docere*) la verdad, mientras que la retórica busca el conmover (*movere*) al oyente. Pero una y otra son complementarias: el *disputator* ha de ser al mismo tiempo *dictor* y el *dictor* ha de ser a su vez *disputator*.

San Agustín hace uso de la retórica o del discurso continuo sólo después de haber preparado a sus interlocutores, a través de la discusión dialéctica, no sólo a elevar el espíritu hacia la verdad sino igualmente a comprenderla.

En *Contra Academicos* podemos constatar, por otra parte, que la fuerza y el rigor dialéctico se interrumpen con frecuentes digresiones. Es otra de las características propias del estilo literario y pedagógico de Agustín y que, con frecuencia, hace difícil o laboriosa la lectura de sus obras. Estas digresiones forman parte de su método pedagógico. Para llegar a la contemplación de la verdad es preciso preparar el alma. El espíritu ha de ejercitarse, ha de realizar una verdadera gimnasia intelectual para prepararse a dicha contemplación. Y ello porque la sabiduría es tal que es imposible el soportar la irradiación de su luz a los ojos no adaptados a ella. El alma precisa de ojos sanos y limpios para contemplar la verdad. Y ésta es precisamente la función encomendada a estas digresiones que hace Agustín en sus diálogos. Es lo que él llamada *exercitatio animi*.

Esta *exercitatio animi* consiste en analizar y reflexionar sobre las cosas familiares o que, a primera vista, se nos presentan como tales, con el fin de purificarnos y prepararnos a la comprensión de las realidades inteligibles. Con ello Agustín no hace más que seguir el método platónico expuesto de forma clara y precisa por Platón mediante la alegoría o mito de la caverna (*República* VII,1,515c-516b).

Pero san Agustín va más allá que Platón. La *exercitatio animi* se fundamenta en una espiritualidad de inspiración claramente paulina. El espíritu humano ha sido creado a imagen de Dios. Esta imagen ha sido obscurecida por el pecado. *De-formada* esta imagen, es preciso *re-formarla*, renovarla tanto en la memoria como en la inteligencia y en el amor. La *exercitatio animi* consigue su fin cuando el alma llega a ser capaz de soportar la luz de la Verdad pudiendo contemplarla.

Contra Academicos es, por lo mismo, un diálogo eminentemente pedagógico. No es exclusivamente un diálogo informativo. Es, ante todo y esencialmente, un diálogo formativo. En él trata de

Introducción

hacer que los diferentes interlocutores, como posteriormente sus lectores, recorran un camino que les llevará a elevarse hasta la región de la felicidad. Las metáforas del viaje (*peregrinatio*), del ejercicio o de la gimnasia (*exercitatio animi*) significan la experiencia que es preciso realizar para llegar a contemplar la Sabiduría.

Contra Academicos no se reduce, por consiguiente, a una serie de argumentos puramente teóricos; trata de hacer llegar a Licencio, a Trigeccio e igualmente a Alipio y a Romaniano hasta la Sabiduría de Dios que es Cristo. Este camino (*via*) que san Agustín les invita y ayuda a recorrer es, ante todo, un camino de conversión. Se trata, por consiguiente, de que ellos mismos, y con ellos el lector, recorran el camino que él mismo recorrió hasta llegar a encontrar a Cristo, Sabiduría de Dios.

* * *

El texto latino de la presente edición es el establecido por los Benedictinos de la Congregación de Saint-Maur (París, 1679-1700). Este texto es el que posteriormente reproducirá Migne en *Patrologia Latina* (París, 1845-1849), t. 32, col. 905-958. Los Maurinos establecen su edición fundamentalmente sobre dos manuscritos, el *Corbeiensis* (hoy denominado *Parisinus* 12224) del siglo IX, y el *Germanensis* (hoy *Parisinus* 12193).

Jaime García Álvarez

CONTRA LOS ACADÉMICOS

CONTRA ACADEMICOS

Libro primero

SOBRE LA VERDAD Y LA FELICIDAD

Capítulo I

DEDICATORIA A ROMANIANO

1. ¡Ojalá, Romaniano, la virtud pudiese arrebatarle a la Fortuna, su contraria, al hombre hecho para sí, como ella, a su vez, no está dispuesta a ser arrebatada por nadie!

Pues estoy plenamente convencido de que la virtud te hubiera echado una mano declarando que le pertenecías, y, al conducirte a la posesión de bienes más seguros, no permitiría verte, incluso en momentos de prosperidad, esclavo del azar.

Pero ya sea a causa de nuestros méritos, o por simple necesidad de nuestra naturaleza, es claro que el alma divina, unida a las cosas mortales, no logra arribar al puerto de la sabiduría, donde se halle al abrigo de los vientos propicios o adversos de la Fortuna, a no ser que ésta, favorable o adversa, la guíe allí.

Por esto, no me queda más que hacer votos para alcanzar, si es posible, de Dios, que rige el destino de todo, te conceda encontrarte contigo mismo —pues será la manera más fácil de que estés

LIBER PRIMUS

[1.1.1] O utinam, Romaniane, hominem sibi aptum ita uicissim uirtus fortunae repugnanti posset auferre, ut ab ea sibi auferri neminem patitur, iam tibi profecto iniecisset manus, sui que iuris te esse proclamans, et in bonorum certissimorum possessionem traducens ne prosperis quidem casibus seruire permetteret, sed quoniam ita comparatum est siue pro meritis nostris siue pro necessitate naturae, ut diuinum animum mortalibus inhaerentem nequaquam sapientiae portus accipiat, ubi neque aduersante fortunae flatu neque secundante moueatur, nisi eo illum ipsa uel secunda uel quasi aduersa perducatur, nihil pro te nobis aliud quam uota restant, quibus ab illo cui haec curae sunt deo, si possumus, impetremus, ut te tibi reddat —ita enim facile reddet et nobis— sinatque mentem illam

con nosotros— y permita que tu espíritu, que hace tiempo suspira por esto, ascienda finalmente hasta el hábito de la verdadera libertad.

Pues tal vez lo que vulgarmente se llama *Fortuna* esté sometido a ciertas leyes secretas e, igualmente, lo que denominamos en las cosas *casualidad* no sea más que efecto del desconocimiento de sus razones y sus causas. Y en cada acontecimiento nada sucede próspero o adverso que no se halle en concordancia y en armonía con todo el universo. Esta doctrina, divulgada por los oráculos de las más ricas doctrinas y sumamente extraña a las inteligencias profanas, la Filosofía, a la que te invito, promete demostrar esta verdad a los que la aman. Por ello, aunque te acontezcan sucesos improprios de ti, no te desanimes. Pues si es verdad que la divina Providencia actúa en cada uno de nosotros, y no lo dudamos, créeme que las cosas te acontecen como deben acontecer.

En efecto, entraste en la vida humana, llena de tantos errores, con unas cualidades humanas tan grandes que no ceso de admirar, y también desde el comienzo mismo de la adolescencia, edad en la que la razón aún es débil y camina con pasos vacilantes, te encontraste igualmente con abundantísimas riquezas. Éstas comenzaron a arrastrar hacia el abismo de los placeres tu ánimo juvenil, que

tuam quae respirationem iam diu parturit, aliquando in auras uerae libertatis emergere. Etenim fortasse quae uulgo fortuna nominatur occulto quodam ordine regitur nihilque aliud in rebus casum uocamus, nisi cuius ratio et causa secreta est, nihilque seu commodi seu incommodi contingit in parte, quod non conueniat et congruat uniuerso. Quam sententiam uberrimarum doctrinarum oraculis editam remotamque longissime ab intellectu profanorum se demonstraturam ueris amatoribus suis ad quam te inuito philosophia pollicetur. Quam ob rem cum tibi tuo animo indigna multa accidunt, ne te ipse contemnas. Nam si diuina prouidentia pertenditur usque ad nos, quod minime dubitandum est, mihi crede, sic tecum agi oportet, ut agitur. Nam cum tanta quantam semper admiror indole tua ab ineunte adulescentia adhuc infirmo rationis atque lapsante uestigio humanam uitam errorum omnium plenissimam ingredereris, excepit te circumfluentia diuitiarum, quae illam aetatem

parecía buscar con avidez lo hermoso y lo bello, de no haberte rescatado de ese abismo los vientos tenidos como desfavorables de la Fortuna, cuando te hallabas a punto de ser anegado por ellos.

2. Pero, si al ofrecer a nuestros conciudadanos luchas de osos y espectáculos nunca vistos hasta ahora por ellos, hubieras sido tú ovacionado con largos aplausos de los espectadores entusiasmados; si te encumbrasen sobre las nubes las voces de los insensatos, cuyo número es infinito; si nadie se atreviera a tenerte como enemigo; si las inscripciones municipales realizadas en bronce te proclamaran patrono no sólo de tus conciudadanos sino también de las ciudades cercanas; si te erigieran estatuas y te colmasen de honores; si te otorgaran poderes aún mayores que los que conllevan las funciones municipales; si te preparasen espléndidas mesas para tus festines de cada día en que cada cual pudiera pedir y obtener con toda seguridad lo que necesita e, incluso, poder dar satisfacción a sus deseos o gustos y, además, recibiesen otras muchas cosas sin haberlas pedido; y si tu misma hacienda familiar, fiel y diligentemente administrada por los tuyos, resultara suficiente para cubrir tus gastos; si además estuvieras viviendo en lujosas mansiones dotadas

atque animum, quae pulchra et honesta uidebantur, auide sequentem inlecebrosis coeperat absorbere gurgitibus, nisi inde te fortunae illi flatus, qui putantur aduersi, eripuissent paene mergentem.

[1.1.2] An uero si edentem te munera ursorum et numquam ibi antea uisa spectacula ciuibus nostris theatricus plausus semper prosperrimus accepisset, si stultorum hominum, quorum inmensa turba est, conflatis et consentientibus uocibus ferreris ad caelum, si nemo tibi esse auderet inimicus, si municipales tabulae te non solum ciuium sed etiam uicinorum patronum aere signarent, conlocarentur statuae, influerent honores, adderentur etiam potestates, quae municipalem habitum supercrescerent, conuiuuis cotidianis mensae opimae struerentur, quod cuique esset necesse, quod cuiusque etiam deliciae sitirent, indubitanter peteret, indubitanter hauriret multa etiam non petentibus funderentur, resque ipsa familiaris diligenter a tuis fideliterque administrata idoneam se tantis sumptibus paratamque praeberet, tu interea uiueres in aedificiorum

de magníficos baños, con toda clase de juegos honestamente permitidos, con cacerías y festines; y si fueras celebrado por tus clientes, tus conciudadanos y, en fin, proclamado por todo el mundo como el más humano, el más generoso, el más distinguido y el más afortunado de los hombres, dime, por favor, Romaniano, ¿quién se atrevería a mencionarte una vida feliz distinta que fuese la única y verdadera? ¿Quién pretendería convencerte no sólo de que no eras feliz, sino de que eras tanto más desgraciado cuanto más inconsciente lo eras de tu desgracia? ¡Y qué fácil es hablarte ahora de lo que te han advertido en tan poco tiempo tantos y tan grandes reveses como has sufrido! En realidad no precisas del ejemplo de los demás para convencerte de que, en todo aquello que los mortales consideran como bienes, no hay más que inconstancia, fragilidad y abundancia de miserias. Ahora esta buena experiencia tuya nos va a permitir, en alguna medida, poder convencer a los demás.

3. Aquella disposición personal que te ha inclinado siempre a desear lo bello y lo bueno, a ser más liberal que rico, por la que nunca preferiste ser más poderoso que justo, a no claudicar jamás frente a la adversidad y la injusticia, te diré que es un no sé qué

exquisitissimis molibus, in nitore balnearum, in tesseris, quas honestas non respuit in uenatibus in conuiuibus, in ore clientium, in ore ciuium, in ore denique populorum humanissimus liberalissimus mundissimus fortunatissimus iactareri quisquam tibi, Romaniane, beatæ alterius uitæ, quæ sola beatæ est, quisquam quaeso mentionem facere auderet? Quisquam tibi persuadere posset non solum te felicem non esse sed eo maxime miserum, quo tibi minime uidereris? Nunc uero quam te breuiter admonendum tot et tanta quæ pertulisti aduersa fecerunt. Non enim tibi alienis exemplis persuadendum est, quam fluxa et fragilia et plena calamitatum sint omnia, quæ bona mortales putant, cum ita ex aliqua parte bene expertus sis, ut ex te caeteris persuadere possimus.

[1.1.3] *Illud ergo, illud tuum, quo semper decora et honesta desiderasti, quo te liberalem magis quam diuitem esse maluisti, quo numquam concupisti esse potentior quam iustior, numquam aduersitatibus improbitatibusque cessisti, illud ipsum inquam, quod in te diuinum nescio quo uitæ huius somno uterinoque sopitum est, uariis illis durisque*

divino que hay en ti y que está como aletargado bajo el sueño de esta vida; pero hete aquí que una oculta Providencia se ha propuesto despertarlo con diversas y violentas sacudidas.

Despiértate, despiértate, te lo ruego; te sentirás, créeme, sumamente feliz por no haberte dejado arrastrar por los bienes de este mundo que con sus halagos cautivan sólo a los incautos. Intentaban también seducirme a mí, ocupado en exaltar cada día estos bienes, a no haberme obligado un dolor de pecho a abandonar mi vana profesión y a refugiarme en el seno de la Filosofía. Ella es ahora la que me alimenta y me cuida en este lugar de sosiego tan deseado por mí. Ella es la que me ha liberado totalmente de aquella superstición, a la que yo te arrastré fatalmente conmigo. Pues ella enseña, y enseña con verdad, que no es digno de estima alguna y sólo merece nuestro desprecio aquello que vemos con nuestros ojos mortales y afecta a la percepción de nuestros sentidos. Ella nos promete conocer claramente al Dios sumamente verdadero e inefable, y ya casi me lo deja entrever a través de luminosas nubes.

4. Nuestro Licencio vive aquí, conmigo, entregado de lleno al estudio. Se ha dado a la Filosofía de tal modo que, renunciando a las seducciones y placeres propios de la juventud, me atrevería,

iactationibus secreta prouidentia excitare decreuit. Euigila, euigila, oro te; multum, mihi crede, gratulaberis, quid paene nullis prosperitatibus, quibus tenentur incauti, mundi huius tibi dona blandita sunt, quae me ipsum capere moliebantur cotidie ista cantantem, nisi me pectoris dolor uentosam professionem abicere et in philosophiae gremium confugere coegisset. Ipsa me nunc in otio, quod uehementer optauimus, nutrit ac fouet, ipsa me penitus ab illa superstitione, in quam te mecum praecipitem dederam, liberauit. Ipsa enim docet et uere docet nihil omnino colendum esse totumque contemni oportere quicquid mortalibus oculis cernitur, quicquid ullus sensus attingit. Ipsa uerissimum et secretissimum deum perspicue se demonstraturam promittit et iam iamque quasi per lucidas nubes ostentare dignatur.

[1.1.4] In hac mecum studiosissime uiuit noster Licentius, ad eam totus a iuuenalibus inlecebris uoluptatibusque conuersus est ita, ut eum non temere patri audeam imitandum proponere. Philosophia est enim, a cuius uberibus

sin temor alguno, a proponérselo como modelo a su padre. Tal es la Filosofía de la que nadie se siente excluido debido a su edad. Para estimularte a retenerla y aliviar tu insaciable sed de ella, pues la conozco bien, he querido enviarte un pequeño ensayo. Confío que mi deseo no te sea inútil, sino que te resulte agradable y, por decirlo de alguna manera, te animes a entregarte a ella. Te he enviado transcrito el debate que entre sí tuvieron Trigecio y Licencio. Habiéndonos retenido el servicio militar durante algún tiempo al joven Trigecio, lo suficiente como para olvidar el sacrificio que conllevan los estudios, nos lo devolvió lleno de un inmenso deseo y ardiente pasión por las grandes y nobles artes liberales.

Pocos días después de habernos establecido en la campiña, y tras haberles exhortado y animado al estudio, al verlos mucho más dispuestos y ansiosos de lo que yo me había imaginado, intenté entonces probar de qué eran capaces a su edad; porque me parecía que un libro de Cicerón, el *Hortensio*, les había ganado en gran medida para la Filosofía.

Ayudándome, pues, de un amanuense, para que nuestro trabajo no se lo llevara el viento, no permití que nada se perdiese. En este libro podrás leer precisamente los temas por ellos tratados y sus opiniones e, incluso, mis palabras y las de Alipio.

se nulla aetas queretur excludi. Ad quam auidius retinendam et hauriendam quo te incitarem, quamuis tuam sitim bene nouerim, gustum tamen mittere uolui. Quod tibi suauissimum et, ut ita dicam, inductorium fore peto, ne frustra sperauerim. Nam disputationem quam inter se Trygetius et Licentius habuerunt, relatam in litteras tibi misi. Illum enim quoque adulescentem quasi ad detergendum fastidium disciplinarum aliquantum sibi usurpasset militia, ita nobis magnarum honestarumque artium ardentissimum edacissimumque restituit, pauculis igitur diebus transactis posteaquam in agro uiuere coepimus, cum eos ad studia hortans atque animans ultra quam optaueram paratos et prorsus inhiantes uiderem, uolui temptare pro aetate quid possent, praesertim cum Hortensius liber Ciceronis iam eos ex magna parte conciliasse philosophiae uideretur. Adhibito itaque notario, ne aurae laborem nostrum discernerent, nihil perire permisi. Sane in hoc libro res et sententias illorum, mea uero et Alypii etiam uerba lecturus es.

Capítulo II
SOBRE LA FELICIDAD

5. Habiéndonos reunido todos, por invitación mía, en un lugar idóneo, en el momento que me pareció más conveniente, les dije:

—¿Dudáis acaso de que nos conviene conocer la verdad?

—De ninguna manera, respondió Trigecio. Y los otros asintieron con un gesto de su rostro.

—Y seguí preguntando: Suponiendo que incluso sin conocer la verdad pudiésemos ser felices, ¿pensáis que nos seguiría siendo necesario el conocimiento de la verdad?

Tomó la palabra Alipio y dijo:

—En esta cuestión me considero ser el árbitro más seguro. Pero, al tener ya comprometido el viaje para ir a la ciudad, os ruego que alguien me sustituya en la discusión. Además resulta mucho más fácil el delegar en otro la función de juez que la de ser defensor de una u otra parte. Por tanto, en lo sucesivo, no esperéis de mí que intervenga en favor de alguna de ellas.

Todos asintieron a su petición. Y yo repetí mi pregunta.

—Es cierto que queremos ser felices, dijo Trigecio. Y si lo podemos conseguir sin la verdad, entonces no tendríamos que buscarla.

[1.2.5] Cum igitur omnes hortatu meo unum in locum ad hoc congregati essemus, ubi oportunum uisum est: Numquidnam dubitatis, inquam, uerum nos scire oportere? —Minime, ait Trygetius caeterique se uultu ipso approbasse significauerunt. —Quid, si, inquam, etiam non comprehenso uero beati esse possumus, necessariam ueri comprehensionem arbitramini? —Hic Alypius: Huius quaestionis, inquit, iudicem me tutius puto, cum enim iter mihi in urbem sit constitutum, oportet me onere alicuius suscipiendae partis releuari, simul quod facilius iudicis partes quam cuiusquam defensoris cuipiam delegare possum. Quare dehinc pro alterutra parte ne a me quicquam expectetis. —Quod ei cum concessum esset ab omnibus et ego rogationem repetissem: Beati certe, inquit Trygetius, esse uolumus, et si ad hanc rem possumus absque ueritate peruenire, quaerenda nobis ueritas non est. —Quid hoc ipsum?

—Y, ¿qué os parece esto?, añadí yo: ¿Creéis que podemos ser felices aun sin haber hallado la verdad?

—Respondió entonces Licencio: Claro que podemos, pero a condición de buscarla.

En este momento, solicité, con un gesto, el parecer de los demás.

—Intervino, pues, Navigio: Me convence lo que ha dicho Licencio. Tal vez la felicidad podría consistir en vivir buscando la verdad.

—Dinos, entonces, qué entiendes tú por felicidad, le replicó Trigecio, para que pueda yo responderte con precisión.

—¿Piensas, dije yo, que vivir feliz no es otra cosa que vivir en conformidad con aquello que hay de mejor en el hombre?

—No quiero pronunciarme sobre esto sin antes reflexionar, respondió él. Pero creo yo que debes definirme qué es ese *mejor* de que hablas.

—¿Quién dudará, le dije yo, que nada hay más noble en el hombre que aquella parte del alma a cuyo dominio debe someterse el resto del hombre? Y para que no me pidas una nueva definición, te diré que esa parte del alma puede llamarse *mente*, o *razón*. Si no te parece así, mira a ver cómo definirías tú mismo la vida feliz o lo que hay de más noble en el hombre.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, respondió.

inquam; existimatisne beatos nos esse posse etiam non inuenta ueritate? —Tunc Licentius: Possumus, inquit, si uerum quaeramus. —Hic cum ego caeterorum sententiam nutu flagitassem: Mouet me, inquit Nauigius, quod a Licentio dictum est. Potest enim fortasse hoc ipsum esse beate uiuere, in ueritatis inquisitione uiuere. —Defini ergo, ait Trygetius, quid sit beata uita, ut ex eo colligam quid respondere conueniat. —Quid censes, inquam, esse aliud beate uiuere nisi secundum id quod in homine optimum est uiuere? —Temere, inquit, uerba non fundam; nam id ipsum optimum quid sit, definiendum mihi abs te puto. —Quis, inquam, dubitauerit nihil esse aliud hominis optimum quam eam partem animi, cui dominantia optemperare conuenit caetera quaeque in homine sunt? Haec autem, ne aliam postules definitionem, mens aut ratio dici potest. Quod si tibi non uidetur, quaere quomodo ipse definias uel beatam uitam uel hominis optimum. —Adsentior, inquit.

6. —Entonces, le dije yo, volvamos al centro de nuestra discusión, ¿te parece que sin haber encontrado la verdad, con simplemente buscarla, puede uno vivir feliz?

—Yo, dijo él, sigo manteniendo mi opinión: de ningún modo.

—Y vosotros, ¿qué opináis?

—Estoy enteramente de acuerdo, dijo Licencio, ya que nuestros predecesores, a los que, por tradición, tenemos por sabios y felices, vivieron bien y dichosos con sólo haber buscado la verdad.

—Os agradezco, les dije, que me hayáis hecho moderador de esta cuestión junto con Alipio a quien, os lo confieso, ya comenzaba yo a tenerle envidia. Pues uno de vosotros afirma que la felicidad consiste en la sola búsqueda de la verdad y el otro en la posesión de la misma. En cambio, Navigio ha manifestado poco antes ponerse de tu parte, Licencio. Espero ahora, con suma curiosidad, saber cómo defiende cada uno de vosotros su opinión. Se trata de una cuestión importante y, por lo mismo, merecedora de una buena discusión.

—Si el tema es importantes, dijo Licencio, exige también hombres bien preparados.

—En esta casa de campo, le contesté yo, no busques lo que es difícil de encontrar en cualquier parte del mundo. Pero explícanos,

[1.2.6] *Quid ergo? ut ad propositum, inquam, redeamus, uidetur tibi non inuento uero beate posse uiui, si tantum quaeratur? —Repeto, inquit, sententiam illam meam minime uidetur. —Vos, inquam, quid opinamini? —Tum Licentius: Mihi prorsus, inquit, uidetur, nam maiores nostri, quos sapientes beatosque accepimus, eo solo, quod uerum quaerebant, bene beateque uixerunt. —Ago gratias, inquam, quod cum Alypio me iudicem fecistis, cui, fateor, inuidere iam coeperam. Quoniam igitur alteri uestrum uidetur beatam uitam sola inuestigatione ueritatis, alteri non nisi inuentione posse contingere, Nauigius autem paulo ante ostendit in tuam, Licenti, partem se uelle transire, magnopere spectro, quales sententiarum uestrarum patroni esse possitis. Res enim magna est et diligenti discussione dignissima. —Si res magna est, ait Licentius, magnos uiros desiderat. —Noli quaerere, inquam, praesertim in hac uilla,*

sobre todo, de dónde has sacado eso que has dicho, no a la ligera, según creo, y en qué razones lo fundamentas. De hecho, los grandes problemas cuando son tratados por inteligencias pequeñas, éstas, de ordinario, son engrandecidas.

Capítulo III UNA DIFICULTAD

7. —Puesto que estoy viendo, dijo él, que nos urges con insistencia a que disputemos entre nosotros, confío que sea, sin lugar a duda, para nuestra utilidad, y pregunto ¿por qué no puede ser feliz el que busca la verdad aunque no llegue a encontrarla jamás?

—Porque queremos, respondió Trigecio, que el hombre feliz sea en todo un perfecto sabio. Ahora bien, quien aún busca, no es perfecto. Por tanto, no veo cómo afirmas tú que pueda ser feliz.

—¿Tiene para ti, dijo Licencio, algún valor la autoridad de los mayores?

—No la de todos, contestó Trigecio.

—¿La de quiénes, entonces?

—La de aquellos que fueron sabios.

—Y prosiguió preguntando Licencio, ¿no te parece que Carnéades fue sabio?

quod ubiuis gentium reperire difficile est, et potius explica, cur id quod abs te non temere, ut opinor, prolatum est et qua tibi ratione uideatur. Nam et maximae res cum a paruis quaeruntur, magnos eos solent efficere.

[1.3.7] Quoniam te, inquit, uideo magno opere nos urgere, ut aduersum inuicem disputemus, quod te utiliter uelle confido, quaero, cur beatus esse non possit qui uerum quaerit, etiamsi minime inueniat. —Quia beatum, inquit Trygetius, uolumus esse perfectum in omnibus sapientem. Qui autem adhuc quaerit, perfectus non est. Hunc igitur quomodo asseras beatum omnino non uideo. —Et ille: Potest apud te uiuere, inquit auctoritas maiorum? —Non omnium, inquit Trygetius. —Quorum tandem? —Ille: Eorum scilicet, qui sapientes fuerunt. —Tum Licentius: Carneades, inquit, tibi sapiens non uidetur? —Ego, ait,

—No soy griego, respondió Trigeo. Ignoro quién fue ese tal Carnéades.

—Entonces, insistió Licencio, ¿qué opinas de nuestro Cicerón? Tras unos momentos de silencio, dijo Trigeo:

—Fue un sabio.

—Continuó Licencio, luego su opinión en esta materia, ¿tiene algún valor para ti?

—Ciertamente, sí.

—Escucha lo que dice, pues me parece que lo has olvidado. Nuestro Cicerón creyó que es feliz quien busca la verdad, aunque no sea capaz de llegar a encontrarla.

—¿Dónde ha dicho eso Cicerón?, preguntó Trigeo.

—¿Quién ignora, replicó Licencio, que Cicerón defendió con insistencia que el hombre nada puede conocer, y que al sabio no le queda otra opción que buscar la verdad sin descanso? Porque si asintiera a lo que es incierto, aunque por casualidad fuese verdadero, no podría verse libre de error, y esto es la falta más grave de un sabio. Por esto, si hemos de creer que el sabio es necesariamente feliz y, además, que la sola búsqueda de la verdad es la tarea más noble de la sabiduría, ¿cómo podríamos

Graecus non sum; nescio Carneades iste qui fuerit. —Quid, inquit Licentius, de illo nostro Cicerone quid tandem existimas? —Hic cum diu tacuisset: Sapiens fuit, inquit. —Et ille: Ergo eius de hac re sententia habet apud te aliquid ponderis? —Habet, inquit. —Accipe igitur quae sit; nam eam tibi excidisse arbitrator. Placuit enim Ciceroni nostro beatum esse, qui ueritatem inuestigat, etiamsi ad eius inuentionem non ualeat peruenire. —Ubi hoc, inquit, Cicero dixit? —Et Licentius: Quis ignorat eum adfirmasse uehementer nihil ab homine percipi posse nihilque remanere sapienti nisi diligentissimam inquisitionem ueritatis, propterea quia, si incertis rebus esset assensus, etiamsi fortasse uerae forent, liberari errore non posset, quae maxima est culpa sapientis? Quam ob rem si et sapientem necessario beatum esse credendum est et ueritatis sola

dudar de que la vida feliz pueda consistir realmente en la sola búsqueda de la verdad?

8. —¿Me permitís, dijo Trigecio, volver sobre aquello que afirmé un tanto a la ligera?

—Esto, intervino yo, no se suele conceder a los que disputan movidos no tanto por el deseo de hallar la verdad cuanto por mostrar la vanidad de su ingenio pueril. Por tanto, teniendo en cuenta, sobre todo, que os estáis formando y educando conmigo, no sólo lo concedo sino que os impongo como un mandato la conveniencia de retornar a discutir sobre aquello que fue afirmado un tanto ligeramente.

Y Licencio añadió:

—Pienso que en Filosofía es un progreso importante tener en menos la victoria en la discusión que el hallazgo de lo justo y lo verdadero. Por tanto, acato gustosamente tus mandatos y tu opinión, y permito a Trigecio (pues esto es ya de mi competencia) que vuelva de nuevo sobre las afirmaciones que piensa haber emitido sin suficiente reflexión.

—Estaréis de acuerdo conmigo, intervino entonces Alipio, que aún no es tiempo de que yo ejerza mi función de moderador. Y puesto que mi viaje, planificado con suficiente antelación,

inquisitio perfectum sapientiae munus est, quid dubitamus existimare beatam uitam etiam per se ipsa inuestigatione ueritatis posse contingere?

[1.3.8] *Tum ille: Licetne tandem ad ea, quae temere concessa sunt, rursum redire? —Hic ego: Illi hoc non solent concedere, inquam, quos ad disputandum non inueniendi ueri cupiditas sed ingenii iactantia puerilis impellit. Itaque apud me, praesertim cum adhuc nutriendi educandique sitis, non solum conceditur sed etiam in praeceptis habeatis uolo ad ea uos discutienda redire oportere, quae concesseritis incautius. —Et Licentius: Non paruuum in philosophia profectum puto, inquit, cum in comparatione recti uerique inueniendi contemnitur a disputante uictoria. Itaque libenter obsequor praeceptis et sententiae tuae et Trygetium ad id, quod temere se concessisse arbitratur —res enim mei iuris est— redire permitto. —Tum Alypius: Suscepti a me officii nondum partes esse uosmetipsi mecum recognoscitis. Sed quoniam iam dudum disposita*

me obliga a interrumpir mi turno de moderador, confío, no obstante, que aquel que comparte conmigo el encargo de moderador, no rehúse asumir la autoridad de ambos, hasta mi regreso, pues estoy viendo que vuestra discusión se va a prolongar durante bastante tiempo.

Una vez que Alipio se ausentó, dijo Licencio a Trigecio:

—¿Qué es lo que afirmaste sin reflexionar?

—Afirmé un poco a la ligera, respondió Licencio, que Cicerón fue un sabio.

—¿Por tanto, no fue Cicerón un sabio, cuando precisamente fue él quien introdujo y perfeccionó la Filosofía dentro de la cultura latina?

—Aun concediéndote que fuera un sabio, dijo Trigecio, no puedo, sin embargo, aprobar todas sus opiniones.

—Pienso que vas a tener que refutar otras muchas de sus ideas y mostrar así que no eres un imprudente al rechazar esta afirmación de la que venimos tratando.

—¿Y si estoy dispuesto a probar que éste fue el único caso desahucado de su pensamiento? Me da la impresión de que a ti sólo te interesa qué valor tienen las razones que voy a alegar para demostrar mi afirmación.

—Continúa, dijo Licencio: ¿Cómo me atreveré yo a enfrentarme a quien se declara adversario de Cicerón?

profectio interrumpere me compellit, pro meo quoque munere gemina tam sibi potestatem particeps mecum iudicii non renuet usque in reditum meum; ideo enim hoc uestrum certamen longius progressurum. —Et cum discessisset: Quod, inquit Licentius, temere concesseras? profer. —Et ille: Temere dedi, inquit, Ciceronem fuisse sapientem. —Ergone Cicero sapiens non fuit, a quo in latina lingua philosophia et inchoata est et perfecta? —Etsi concedam, inquit, esse sapientem, non omnia tamen eius probo. —Atqui oportet multa eius alia refellas, ut non impudenter hoc, de quo agitur, improbare uidearis. —Quid, si hoc solum non recte illum sensisse adfirmare paratus sum? Vestra, ut opinor, nihil interest, nisi cuius ponderis ad id quod uolo adserendum rationes adferam. —Perge, inquit ille. —Quid enim, inquit, audeam contra eum, qui se Ciceronis aduersarium profitetur?

9. Intervino entonces Trigeccio:

—Quisiera, dijo Trigeccio, tú que eres nuestro moderador, que prestes atención a cómo has definido anteriormente la vida feliz; pues has dicho que era feliz quien vive en conformidad con la parte del alma que conviene gobierne a las demás. Y tú, Licencio, quiero me concedas ahora (con la libertad, que nos otorga ampliamente la Filosofía, he sacudido el yugo de la autoridad) que aún no es perfecto quien busca la verdad.

Tras un prolongado silencio, añadió Licencio:

—No estoy de acuerdo.

—¿Por qué?, explícate, dijo Trigeccio. Soy todo oídos y deseo vivamente escuchar cómo un hombre puede ser perfecto y andar aún buscando la verdad.

—Quien no ha llegado hasta el fin, replicó Licencio, confieso que ese tal no es aún perfecto. Creo, no obstante, que sólo Dios conoce dicha verdad, o quizá también el alma del hombre, una vez haya abandonado este cuerpo, es decir, su cárcel tenebrosa. Y en cuanto al hombre, su fin es buscar con perfección la verdad. Buscamos un ser perfecto, pero con todo que sea un hombre.

Añadió Trigeccio:

[1.3.9] Hic Trygetius: Volo attendas, ait, tu iudex noster, quem ad modum superius beatam uitam definieris; dixisti namque eum beatum esse, qui secundum eam partem animi uiuit, quam caeteris conuenit imperare. Tu autem, Licenti, uolo uel nunc mihi concedas —iam enim libertate, in quam maxime nos uindicaturam se philosophia pollicetur, iugum illud auctoritatis excussi— perfectum non esse, qui adhuc ueritatem requirat. —Tum ille post diuturnum silentium: Non concedo, inquit. —Et Trygetius: Cur quaeso? explica. Istic sum enim et aueo audire, quo pacto possit et perfectus homo esse et adhuc quaerere ueritatem. —Hic ille: Qui ad finem, inquit, non peruenit, fateor, quod perfectus non sit. Veritatem autem illam solum deum nosse arbitror aut forte hominis animam, cum hoc corpus, hoc est tenebrosum carcerem, dereliquerit. Hominis autem finis est perfecte quaerere ueritatem; perfectum enim quaerimus, sed tamen hominem. —Et Trygetius: Non

—Luego entonces, el hombre no puede ser feliz. ¿Y cómo es posible que no pueda conseguir ser feliz cuando tan ardientemente lo desea? Pero el hombre puede ser feliz, puesto que puede vivir en conformidad con aquella parte del alma que debe ejercer su dominio en el hombre. Luego el hombre puede hallar la verdad. Y si no, repliéguese sobre sí mismo y abandone el deseo apasionado de la verdad, de modo que al no poder conseguirla, evite ser necesariamente un desdichado.

—Sin embargo, repuso Licencio, la felicidad del hombre consiste precisamente en esto, en la búsqueda perfecta de la verdad: en esto consiste el llegar al fin, más allá del cual ya no se puede progresar. Luego quien busca la verdad con menos empeño del que debe, no logrará el fin del hombre, sin embargo, quien se esfuerza por encontrar la verdad cuanto puede y debe, aunque no llegue a encontrarla, es un hombre feliz; pues ha hecho todo aquello para lo que ha nacido. Y si no la encuentra, es porque carece de aquello que la naturaleza no le ha dado.

Finalmente, al ser el hombre necesariamente feliz o desdichado, ¿no es de locos afirmar que es infeliz aquel que se pasa día y noche buscando, en cuanto puede, la verdad? Luego será feliz.

igitur potest beatus esse homo. Quomodo enim, cum id quod magnopere concupiscit adsequi nequeat? Potest autem homo beate uiuere, si quidem potest secundum eam partem animi uiuere, quam dominari in homine fas est. Potest igitur uerum inuenire. Aut colligat se et non concupiscat uerum, ne, cum id adsequi non potuerit, necessario miser sit. —At hoc ipsum est beatum hominis, ait ille, perfecte quaerere ueritatem; hoc enim est peruenire ad finem, ultra quem non potest progredi. Quisquis ergo minus instanter quam oportet ueritatem quaerit, is ad finem hominis non peruenit; quisquis autem tantum, quantum homo potest ac debet, dat operam inueniendae ueritati, etiamsi eam non inueniat, beatus est; totum enim facit, quod ut faciat, ita natus est. Inuentio autem si defuerit, id deerit quod natura non dedit. Postremo cum hominem necesse sit aut beatum esse aut miserum, nonne dementis est eum, qui dies noctesque quantum potest instat inuestigandae ueritati, miserum dicere? Beatus

Además, pienso que la definición que me diste me viene como anillo al dedo, pues si es feliz, como realmente lo es, quien vive de acuerdo con la parte del alma a la que le corresponde reinar sobre las demás, y si esta parte se llama razón, pregunto: ¿No vive según la razón quien busca con rectitud la verdad? Y si esto es absurdo, ¿por qué dudamos decir que el hombre es feliz, sólo porque busca la verdad?

Capítulo IV QUÉ ES EL ERROR

10. —Me parece, respondió Trigeo, que todo el que yerra ni vive según la razón ni verdaderamente es feliz. Ahora bien, yerra quien busca siempre y jamás encuentra. Por tanto, tú debes demostrar una de estas dos cosas: o que puede ser feliz el que yerra, o que aquel que busca siempre la verdad, sin encontrarla, no yerra.

—Respondió Licencio: El hombre feliz no puede estar en el error.

Y tras unos momentos de silencio, añadió:

—El error no está en el buscar la verdad, porque se busca rectamente para no caer en el error.

Insistió Trigeo:

igitur erit. Deinde illa definitio mihi, ut arbitror, uberius suffragatur; nam si beatus est, sicuti est, qui secundum eam partem animi uiuit, quam regnare caeteris conuenit, et haec pars ratio dicitur, quaero, utrum non secundum rationem uiuat qui quaerit perfecte ueritatem. Quod si absurdum est, quid dubitamus beatum hominem dicere sola ipsa inquisitione ueritatis?

[1.4.10] *Mihi, ait ille, nec secundum rationem uiuere nec beatus omnino quisquis errat uidetur. Errat autem omnis, qui semper quaerit nec inuenit. Unde tibi unum e duobus monstrandum est, aut errantem beatum esse posse aut eum, qui quod quaerit numquam inuenit, non errare. —Hic ille: Beatus errare non potest. Et cum diu siluisset: Non autem errat, inquit, cum quaerit, quia ut non erret quaerit. —Et Trygetius: Ut non erret quidem, inquit, quaerit, sed errat, cum minime*

—El hombre, en verdad, busca para no errar, pero cuando no encuentra, yerra. Has pensado que sería ventajoso para ti afirmar que ese hombre no quiere caer en el error, como si nadie errase contra su voluntad o como si alguien, sin quererlo, cayese en el error.

Entonces, viendo que Licencio tardaba en responder, les dije:

—Debéis definir en qué consiste el error; así podréis ver con mayor facilidad sus límites tras haber penetrado en su mismo sentido.

—Me siento incapaz para definir algo, dijo Licencio, aunque sea más fácil definir el error que delimitarlo.

—Lo definiré yo, dijo Trigecio, pues me resulta muy fácil, no por mi talento, sino por una razón importante. Porque errar es andar siempre indagando sin jamás encontrar.

—Si yo pudiera refutar con facilidad esta definición, respondió Licencio, ganaría mucho mi opinión. Pero, o bien porque el tema es de suyo arduo o porque al menos a mí así me lo parece, os pido que dejemos para mañana el problema, porque a pesar de darle vueltas insistentemente en mi interior, hoy no encuentro respuesta alguna que dar.

Pensando que se podía conceder la petición, sin que nadie se opusiese, nos levantamos para dar un paseo; mientras estábamos

inuenit. Ita autem tibi profuturum putasti, quod errare non uult, quasi nemo erret inuitus aut quisquam omnino erret nisi inuitus. —Tum ego, cum ille diu cunctaretur quid responderet: Definiendum uobis est, inquam, quid sit error; facilius enim eius fines potestis uidere, in quem iam penitus ingressi estis. —Ego, inquit Licentius, definire aliquid idoneus non sum, quamuis errorem definire sit facilius quam finire. —Ego, ait ille, definiam, quod mihi facillimum est non ingenio, sed causa optima. Nam errare est utique semper quaerere, numquam inuenire. —Ego, inquit Licentius, si uel istam definitionem facile possem refellere, iam dudum causae meae non defuissem. Sed quoniam aut res ipsa per se ardua est aut ita mihi apparet, peto a uobis, ut usque in crastinam lucem quaestio differatur, si nihil hodie quod respondeam reperire potuero, cum id sedulo mecum ipse uoluam. —Quod cum concedendum putarem non

conversando de mil cosas entre nosotros, Licencio seguía ensimismado en sus pensamientos. Pero dándose cuenta de que no sacaba nada, prefirió distraerse, y se juntó a nuestra conversación. Después, al caer ya la tarde, volvieron de nuevo a la discusión. Pero yo les mandé concluir y les persuadí dejarlo para el día siguiente. De allí marchamos a los baños.

11. Al día siguiente, estando todos reunidos, les dije: continuad la discusión que iniciasteis ayer.

Tomando la palabra Licencio, dijo:

—Abandonamos la discusión, si no me engaño, a petición mía, porque la definición del error me resultaba muy difícil.

—Ciertamente en eso no te equivocas, le respondí. Te deseo con agrado que esto sea para ti un buen augurio para el resto de la discusión.

—Escucha, pues, lo que ayer hubiera dicho, dijo él, si no me hubieses interrumpido. El error, pienso yo, consiste en afirmar lo falso por verdadero. Pero jamás puede admitir esto quien piense que es necesario buscar la verdad, ya que no puede admitir la falsedad quien no admite nada. Por tanto no puede caer en el error.

renuentibus caeteris, deambulatum ire surreximus nobisque inter nos multa uariaque sermocinantibus ille in cogitatione defixus fuit. Quod cum frustra esse sensisset relaxare animum maluit et nostro se miscere sermoni. Postea cum aduesperasceret, in eundem conflictum redierant; sed modum imposui persuasique, ut in alium diem differri paterentur. Inde ad balneas.

[1.4.11] Postridie autem cum consedissemus: Proferte, inquam, quod heri coeperatis. —Tum Licentius: Distuleramus, inquit, disputationem, nisi fallor, rogatu meo cum erroris definitio difficillima mihi esset. —Hic plane, inquam, non erras, quod ut tibi omen sit ad reliqua, libenter optauerim. —Audi ergo, inquit, quod heri etiam, nisi intercessisses, protulissem. Error mihi uidetur esse falsi pro uero approbatio. In quem nullo pacto incidit, qui ueritatem quaerendam semper existimat; falsum enim probare non potest, qui probat nihil; non igitur potest errare.

Pero puede ser feliz muy fácilmente, pues, para no alejarnos demasiado, si se nos permitiera vivir cada día como ayer vivimos, no se me ocurre motivo alguno para no tenernos por felices. Pues vivimos con una inmensa paz interior, guardando nuestra alma de toda contaminación corporal, alejados del fuego pasional, entregados, en la medida que al hombre es posible, al ejercicio de la razón, es decir, viviendo según aquella parte divina del espíritu, en que ayer convenimos por definición que consistía la felicidad. Pues bien, según mi opinión, hemos buscado únicamente la verdad sin llegar a lograrlo. Luego, el hombre con la sola búsqueda de la verdad, aunque no llegue a alcanzarla, puede llegar a ser feliz. Mira, pues, con qué facilidad tu definición es rechazada sin grandes conocimientos. Pues has dicho que el error consistía en buscar siempre y no encontrar jamás. Y qué decir si alguien nada busca y le preguntamos, por ejemplo, si ahora es de día, y nos responde inmediatamente y sin reflexionar que, según su modo de ver, es de noche, ¿no te parece que se equivoca? Pues bien, esta clase de errores tan significativos no los incluye tu definición.

Beatus autem esse facillime potest; nam ne longius abeam, si nobis ipsis, ut heri licuit, cotidie uiuere liceret, nihil mihi occurrit, cur nos beatos appellare dubitaremus. Viximus enim magna mentis tranquillitate ab omni corporis labe animum uindicantes et a cupiditatum facibus longissime remoti, dantes, quantum homini licet, operam rationi, hoc est secundum diuinam illam partem animi uiuentes, quam beatam esse uitam hesterna inter nos definitione conuenit; atqui, ut opinor, nihil inuenimus, sed tantummodo quaesiuius ueritatem. Potest igitur sola inquisitione ueritatis, etiamsi eam inuenire minime possit, homini beata uita contingere. Nam definitio tua uide quanta facilitate excludatur notione communi. Etenim errare esse dixisti semper quaerere et numquam inuenire. Quid, si quisquam nihil quaerat et interrogatus uerbi gratia, utrumnam modo dies sit, temere statimque noctem esse opinetur atque respondeat, nonne tibi uidetur errare? Hoc igitur erroris genus uel immanissimum non complexa est definitio tua. Quid, si etiam non

Además, ¿puede, acaso, darse una definición más viciosa que aquella que hasta incluye a los que no yerran? Tengo para mí que, si alguien quiere ir a Alejandría y para ello sigue el camino correcto, tú no puedes decir que él se equivoca. Y si después de haber recorrido este camino durante algún tiempo y por causas diferentes se ve obligado a interrumpir su viaje, incluso, llegase a morir, ¿no podríamos decir que buscó en todo momento y no encontró lo que buscaba y, sin embargo, no cayó en el error?

—No buscó siempre, replicó Trigeccio.

12. —Tienes razón, añadió Licencio, y tu observación es correcta. De ahí se deduce el que no sea válida tu definición, puesto que yo no he dicho que sea feliz el que busca siempre la verdad. Esto es imposible que suceda. Primero, porque el hombre no existe siempre y, segundo, porque desde el momento mismo en que comienza a existir, la edad no le permite buscar la verdad. A no ser que tú pienses que la palabra *siempre* quiera decir que no se puede perder ningún momento de los dedicados a buscar la verdad. En este caso deberíamos retornar al citado ejemplo de Alejandría. Suponte, pues, que alguien, siempre que la edad o las ocupaciones se lo permitan, se pone en camino, y sin desviarse jamás, como

errantes complexa est, potestne definitio ulla esse uitiosior? Nam si quis Alexandriam quaerat et ad eam recto pergat itinere, non opinor potes eum errantem uocare. Quid, si eandem uiam uariis impeditus causis longo agat tempore et in ea morte praeueniatur, nonne et semper quaesiuit et numquam inuenit nec errauit tamen? —Non, inquit ille, semper quaesiuit.

[1.4.12] Recte dicis, ait Licentius, et bene admones. Inde enim prorsus nihil ad rem pertinet definitio tua; non enim ego beatum esse dixi, qui semper quaerat ueritatem. Quod ne fieri quidem potest, primo quia non semper homo est, deinde quia non ex quo tempore incipit esse homo, ex eo iam potest aetate impediende uerum quaerere. Aut si semper id putas dicendum, si nihil temporis, quo iam quaerere potest, perire patitur, rursus tibi Alexandriam redeundum est. Fac enim quemquam, ex quo tempore iter agere uel aetate uel negotio sinitur, pergere occipere illam

indiqué anteriormente, muere antes de llegar. Si dices que se equivocó, ciertamente te engañarías y mucho, aunque durante todo el tiempo de que dispuso ni dejó de buscar ni pudo llegar a donde se dirigía. Por lo cual, si mi explicación del error es verdadera y, de acuerdo con ella, no cae en el error quien busca rectamente la verdad, aunque no llegue a encontrarla, es feliz porque vive según la razón. Y si, por otra parte, tu definición no es válida, y aunque no lo fuese, yo no debería preocuparme, por hallarse mi causa suficientemente probada con sólo las razones que he dado, ¿por qué, pues, dime, no queda ya resuelta esta cuestión que hemos venido discutiendo?

Capítulo V QUÉ ES LA SABIDURIA

13. —¿Me concedes, dijo Trigecio, que la sabiduría es el camino recto de la vida?

—Te lo concedo sin duda alguna, añadió Licencio, no obstante, te pido que me definas qué es la sabiduría, para ver si ambos entendemos lo mismo.

—¿No te parece, contestó Trigecio, que se encuentra suficientemente definida en los términos con que te he preguntado? Por otra

uiam atque, ut supra dixi, cum deuiet nusquam, antequam perueniat, tamen uita excedere, multum profecto errabis, si tibi errasse iste uidebitur, quamuis omni quo potuit tempore nec quaerere desierit nec inuenire potuerit quo pergebat. Quam ob rem si et mea descriptio uera et secundum eam non errat ille, qui perfecte quaerit, quamuis non inueniat ueritatem, beatusque est ob eam rem, quod secundum rationem uiuit, tua uero definitio et frustrata est et, si non esset, nihil eam curare deberem, si ex eo solum, quod ego definiui, satis causa firmata est, cur quaeso nondum est ista inter nos quaestio dissoluta?

[1.5.13] *Hic Trygetius: Dasne, inquit, sapientiam rectam uiam esse uitae? —Do, inquit, sine dubio; sed tamen uolo mihi sapientiam definias, ut sciam, utrum quae mihi eadem tibi esse uideatur. —Et ille: Parum tibi, ait, uidetur definita hoc ipso, quod nunc interrogatus es? etiam quod*

parte, me has concedido lo que yo quería. Si no me engaño, ciertamente la sabiduría se llama el camino recto de la vida.

—Nada me parece tan ridículo como esa definición, añadió Licencio.

—Es posible, dijo Trigecio, no obstante vayamos despacio, por favor, para que la reflexión evite tu sonrisa, pues nada hay más humillante que una risa merecedora de irrisión.

—Y, ¿qué?, dijo Licencio. ¿No admites que la muerte es lo contrario a la vida?

—Sí, lo admito, respondió Trigecio.

—Pues a mí, dijo Licencio, me parece que no hay camino mejor de vida que el que recorre cada uno para no caer en la muerte.

Trigecio manifestó su conformidad. Por consiguiente, si un caminante procura evitar un atajo porque ha oído que abundan atracadores, y sigue el camino recto para evitar la muerte, ¿acaso no sigue el camino recto de la vida y, sin embargo, a ese camino nadie lo llama *sabiduría*? ¿Cómo, pues, la sabiduría es el único camino recto de la vida? Te concedí que la sabiduría era eso, pero no únicamente eso. Ya que una definición no debe incluir en sí nada que le sea ajeno. Por tanto, si haces el favor, defíneme de nuevo qué es para ti la sabiduría.

uolui concessisti. Si enim non fallor, recta uia uitae sapientia nominatur. —Tum Licentius: Nihil mihi tam ridiculum quam ista definitio uidetur, inquit. —Fortasse, ait ille; pedetemtim tamen quaeso, ut ratio praeueniat risum tuum. nihil enim est foedius risu inrisione dignissimo. —Quid enim, ait ille, nonne fateris uitae mortem esse contrariam? —Fateor, ait. —Mihi igitur, inquit ille, uia uitae nulla magis uidetur quam ea, qua quisque pergit, ne in mortem incidat. —Adsentiebatur Trygetius. —Ergo si uiator quispiam deuerticulum uitans, quod a latronibus obsideri audierit, recta ire pergat atque ita euadat interitum, nonne et uiam uitae et rectam secutus est? Et eam sapientiam nominat nemo? Quomodo igitur omnis recta uitae uia sapientia est? Concessi enim esse, sed non solam. —Definitio autem nihil complecti debuit, quod esset alienum. Itaque rursus defini, si placet: quid tibi uidetur esse sapientia?

14. Trigeccio, tras unos momentos de silencio, dijo:

—Aquí tienes una nueva definición, si es que has decidido no terminar con esto. La sabiduría es el camino recto que conduce a la verdad.

—También esto, dijo Licencio, se refuta fácilmente. Pues, según Virgilio, la madre de Eneas le dijo: «Encamínate ya, y dirige tus pasos por donde te lleva el camino», y siguiendo dicho camino llegó al punto indicado, es decir, a la verdadera meta. Intenta, si te parece, demostrar que el lugar donde él puso el pie al caminar puede llamarse sabiduría. Aunque intento vanamente hacer añicos tu definición, esto en nada favorece mi causa. Pues has dicho que la sabiduría no es la verdad misma, sino el camino que conduce a ella. Por tanto, quien hace uso de este camino, usa realmente de la sabiduría y quien hace uso de la sabiduría es necesariamente sabio. Luego, será sabio quien busca rectamente la verdad, aunque no haya aún llegado a ella.

Pues, según mi opinión, no se concibe camino mejor que lleve a la verdad que la búsqueda diligente de la misma. Será sabio quien utilice únicamente este camino. Ahora bien, ningún sabio es infeliz, y, por otra parte, todo hombre o es feliz o desdichado. Por consiguiente, lo que da la felicidad será no tanto el hallazgo cuanto la búsqueda misma, por sí, de la verdad.

[1.5.14] *Diu ille tacuit; deinde: En, inquit, iterum definio, si hoc tu numquam finire statuisti. Sapientia est uia recta, quae ad ueritatem ducat. —Similiter et hoc, inquit ille, refellitur; nam cum apud Vergilium Aeneae dictum est a matre: «perge modo et, qua te ducit uia, dirige gressum»: sequens hanc uiam ad id, quod dictum erat, id est ad uerum peruenit. Contende, si placet, ubi pedem ille incedens posuit sapientiam posse dici; quamquam stulte prorsus istam descriptionem tuam conor effringere; nam causam meam nulla plus adiuuat. Etenim sapientiam non ipsam ueritatem, sed uiam, quae ad eam ducat, esse dixisti. Quisquis ergo hac utitur uia, sapientia profecto utitur, et qui sapientia utitur, sapiens sit necesse est; sapiens igitur erit ille, qui perfecte quaesierit ueritatem, etiamsi ad eam nondum peruenerit. Nam uia, quae ducit ad ueritatem, nulla, uti opinior, intellegitur melius quam diligens inquisitio ueritatis. Hac igitur sola uia utens iam iste sapiens erit. Et nemo sapiens miser; omnis autem homo aut miser aut beatus: beatum igitur faciet non tantum inuentio, sed ipsa per se inuestigatio ueritatis.*

15. Entonces dijo Trigeccio sonriendo:

—Justamente todo esto me sucede a mí por haber hecho concesiones al adversario en algo en realidad sin importancia, como si yo fuera un experto en dar definiciones o creyera que en el debate hay algo totalmente inútil. ¿Qué sucederá si te pido nuevamente que me des la definición de algo y, fingiendo no entender nada, te insisto de nuevo que defines uno por uno cada uno de sus términos y cuanto se sigue de ellos? ¿O acaso no estaré en mi propio derecho al exigir una definición más obvia, si con derecho se me pide a mí que defina la sabiduría? ¿Acaso la naturaleza no ha querido que en nuestra alma exista una noción más clara que la de *sabiduría*? Pero ignoro de qué manera esta noción, una vez ha abandonado el puerto de nuestra mente y, por decirlo de algún modo, ha desplegado el velamen de las palabras, he aquí, que al instante mil falsas interpretaciones amenazan su naufragio. Por lo cual, o no se me pida la definición de la sabiduría, o bien nuestro moderador tenga a bien ejercer su patrocinio.

Como la noche nos impedía ya la escritura y, por otra parte, viendo yo que surgía de nuevo una gran discusión, aplacé el debate para el día siguiente, ya que habíamos iniciado la discusión a la

[1.5.15] Tum ille arridens: Merito mihi, inquit, ista contingunt, dum aduersario in re non necessaria fidenter assentior; quasi uero ego sim magnus definitor aut quicquam in disputando magis superuacaneum puto. Quis enim modus erit, si ego rursus uelim definiri abs te aliquid et rursus eiusdem definitionis uerba et consequentium item singillatim omnia fingens, quod nihil intellegam, definiri flagitem? Nam quid planissimum non meo iure definiri cogam, si iure a me sapientiae definitio postulatur? Cuius enim uerbi in animis nostris aperti natura esse uoluit quam sapientiae? sed nescio quo modo, cum mentis nostrae ueluti portum notio ipsa reliquerit et uerborum sibi quasi uela tetenderit, occurrent statim calumniarum mille naufragia. Quam ob rem aut definitio sapientiae ne requiratur aut iudex noster in eius patrocinium dignetur descendere. —Tum ego, cum iam stilum nox impediret et quasi de integro magnum quiddam disserendum uiderem oboriri, in alium diem

caída del sol, después de haber dedicado casi el día entero a poner en orden las tareas del campo y además al estudio del primer libro de Virgilio.

Capítulo VI LA SABIDURÍA: UNA NUEVA DEFINICIÓN

16. Al despuntar el día —pues la tarde anterior habíamos dejado todo bien organizado con el fin de poder disponer de tiempo libre suficiente— sin pérdida de tiempo se retomó la discusión.

Comencé diciéndole a Trigeccio:

—Ayer me pediste que, dada mi función de moderador, pasase a ser defensor de la sabiduría; como si ella tuviese que temer a algún enemigo con vuestro discurso, o bien que al ser defendida por alguien, se viese en tal apuro, como para recabar una ayuda mayor. Pues entre vosotros no existe otro deseo que el de saber qué es la sabiduría y, por esta razón, ninguno de vosotros dos la impugna, más bien los dos la deseáis. Y si tú crees que te has equivocado al definir la sabiduría, no por eso has de abandonar la defensa del resto de tu opinión.

Por consiguiente, te voy a dar ni más ni menos que una definición de la sabiduría, que ni es mía ni es nueva, sino de hombres de

distuli. Nam disputare coeperamus sole iam in occasum declinante diesque paene totus cum in rebus rusticis ordinandis tum in recensione primi libri Vergilii peractus fuit.

[1.6.16] Deinde mox ut inluxit —ita enim res erant pridie constitutae, ut largum esset otium— statim peragendum negotium susceptum est. Tum ego: Heri postulasti, inquam, Trygeti, ut a iudicis munere ad sapientiae patrocinium descenderem, quasi uero quemquam in sermone uestro aduersarium sapientia pateretur aut ullo defendente ita laboraret, ut maius implorare deberet auxilium. Nam neque inter uos aliud quaerendum natum est quam quid sit sapientia —in quo eam uestrum neuter oppugnat, quia uterque desiderat— neque si tu in definienda sapientia defecisse te putas, propterea reliqua defensione sententiae tuae tibi deserenda est. Itaque a me nihil aliud habebis quam definitionem

la antigüedad, y me sorprende que vosotros no la recordéis. No es la primera vez que habéis oído que la sabiduría es la ciencia de las cosas humanas y divinas.

17. Cuando creía que Licencio, una vez oída la anterior definición, permanecería largo tiempo buscando la respuesta, he aquí que al instante tomó la palabra:

—Entonces, ¿por qué no llamamos sabio a aquel hombre depravado, a quien conocemos muy bien, por llevar una vida tan libertina? Me refiero a Albicerio, que residiendo en Cartago durante muchos años, a cuantos iban a consultarle les daba unas respuestas realmente maravillosas y ciertas. Podría recordar innumerables casos si no hablase a quienes están mejor informados que yo, pero de momento son suficientes muy pocos para lo que pretendo. ¿Acaso no es verdad (se refería a mí) que no encontrando en casa una cuchara, y habiéndole consultado por indicación tuya, me respondió con rapidez y total seguridad no sólo qué objeto era el que buscaba, sino también el nombre de su dueño y el lugar donde estaba escondido? Asimismo, estando yo presente, omito el hecho de que no se equivocó absolutamente en nada de lo que se le preguntaba, cuando un muchacho que llevaba unas monedas de las

sapientiae, quae nec mea nec noua est, sed et priscorum hominum et quam uos miror non recordari. Non enim nunc primo auditis sapientiam esse rerum humanarum diuinarumque scientiam.

[1.6.17] Hic Licentius, quem post istam definitionem diu putabam quaesitum esse quod diceret, subiecit statim: Cur ergo non, quaeso, sapientem uocamus flagitiosissimum illum hominem, quem ipsi bene nouimus per innumera scorta solere dissolui, Albicerium dico illum, qui apud Karthaginem multos annos consulentibus mira quaedam et certa respondit? Innumerabilia commemorare possem, nisi et apud eos loquerer, qui experti sunt, et paucis nunc satis sit ad id quod uolo. Nonne cochlearium —mihi autem dicebat— cum domi non inueniretur, tuo iussu percontatus non solum quid quaeretur uerum etiam nominatim, cuius res esset et ubi lateret, citissime uerissimeque respondit? Item me praesente —omitto illud, quod in eo quod rogabatur nihil omnino falsus est, sed cum puer qui nummos ferebat, certam eorum partem, cum ad

cuales había robado una parte, cuando nos acercábamos a él, ordenó se le contasen todas las monedas y le obligó, ante nuestros ojos, a devolver las robadas, antes de haber visto él las monedas o haber oído de nosotros cuánto se le había llevado.

18. ¿No te hemos oído contar a ti lo que al muy docto y preclaro varón Flaciano llenaba de admiración? Éste, estando en tratos de compra de un terreno, fue a consultar el asunto a aquel adivino, para que le dijera, si le era posible, en lo que estaba. Inmediatamente le indicó no sólo la clase de negocio sino también —y esto lo contaba con sorprendente admiración— el nombre mismo de la finca, que por ser tan raro hasta el mismo Flaciano apenas lo recordaba.

No puedo referir sin cierto estupor lo que respondió a un amigo nuestro, discípulo tuyo, cuando tratando de mofarse, le preguntó con cierta arrogancia le dijese en qué estaba pensando. Le respondió que estaba pensando en un verso de Virgilio. Él, completamente desconcertado, al no poder negarlo, siguió preguntándole de qué verso se trataba. Albicerio, que apenas había frecuentado la escuela de gramática, no dudó en recitar con seguridad y armonía dicho verso.

eum pergeremus, furatus esset, omnes sibi numerari iussit coegitque illum ante oculos nostros quos abstulerat reddere, priusquam omnino ipse aut eosdem nummos uidisset aut quantum sibi allatum fuerit audisset e nobis.

[1.6.18] *Quid, quod doctissimum et clarissimum uirum Flaccianum mirari solitum esse abs te accepimus, qui cum de fundo emendo esset locutus, ad illum diuinum rem ita detulit, ut quid egisset, si potis esset, ediceret? Atque ille statim non modo negotii genus sed etiam, in quo ille uehementer clamabat admirans, ipsum fundi nomen pronuntiauit, cum ita esset absurdum, ut uix eius Flaccianus ipse meminisset. Iam illud sine stupore animi non queo dicere, quod amico nostro, discipulo tuo, sese uolenti exagitare flagitanteque insolenter, ut diceret, quid secum ipse tacitus uolueret, Vergilii uersum eum cogitare respondit. Cum ille obstupefactus negare non posset, perrexit quaerere, quisnam uersus esset; nec Albicerius, qui grammatici scholam uix transiens uidisset aliquando, uersum ipsum securus et garrulus canere dubitauit. Num igitur aut res*

¿Acaso no eran humanas las cosas que se le consultaban?, ¿o, sin la ayuda de la ciencia divina, podía responder con tanta certeza y verdad? Pues bien, lo uno y lo otro es absurdo. Porque cosas humanas son las propias de los hombres: como la plata, el dinero, las fincas e, incluso, el mismo pensamiento. Y ¿quién no considera con razón cosas divinas aquellas por las cuales el hombre alcanza la adivinación misma? Luego Albicerio fue un sabio, si admitimos que la sabiduría es, según dicha definición, la ciencia de las cosas humanas y divinas.

Capítulo VII DEFENSA DE LA DEFINICIÓN ANTERIOR DE SABIDURÍA

19. Entonces intervino Trigecio:

—En primer lugar, no llamo *ciencia* al conocimiento que induce alguna vez a error a quien lo profesa. Pues la ciencia no sólo está constituida de cosas comprendidas por la inteligencia, y comprendidas además de tal modo que jamás nadie deba cometer error, ni dudar ante cualquier dificultad. Por eso algunos filósofos han dicho con verdad que la ciencia no puede encontrarse más que en el sabio, el cual no sólo debe conocer con certeza lo que sostiene y

humanae non erant, de quibus ille consulebatur, aut sine rerum diuinarum scientia tam certa consulentibus et uera respondit? At utrumque absurdum est. Nam et humanae res nihil sunt aliud quam res hominum, ut argentum nummi fundus postremo ipsa etiam cogitatio, et res diuinas quis non recte arbitretur esse, per quas homini diuinatio ipsa contingit? Sapiens ergo fuit Albicerius, si sapientiam rerum humanarum diuinarumque scientiam illa definitione concedimus.

[1.7.19] Hic ille: Primo, inquit, ego scientiam non appello, in qua ille, qui eam profitetur, aliquando fallitur. Scientia enim non solum comprehensis sed ita comprehensis rebus constat, ut neque in ea quis unquam errare nec quibuslibet aduersantibus impulsus nutare debeat. Unde uerissime a quibusdam philosophis dicitur in nullo eam posse nisi in sapiente inueniri, qui non modo perceptum habere debet id, quod tuetur

defiende, sino también tenerlo como verdadero e incuestionable. Ahora bien, sabemos que el adivino del que nos hablaste ha dicho muchas cosas falsas frecuentemente. Y esto lo sé, no sólo por habérmelo dicho otros, sino que, estando presente, yo mismo lo he constatado alguna vez. ¿Debo, pues, llamarlo sabio habiendo dicho con frecuencia cosas falsas, cuando, incluso, no le concedería tal nombre, aunque hubiese dicho cosas verdaderas, pero dudando?

Esto mismo que he dicho consideradlo igualmente de los arúspices, augures y de todos aquellos que consultan los astros o interpretan los sueños. O, mostradme, si podéis, alguno de los hombres antes mencionados que, habiéndosele consultado, no haya dudado jamás de sus respuestas o, en última instancia, hayan dicho algún disparate. De los adivinos pienso que no debo preocuparme, porque ellos hablan por inspiración de un espíritu extraño.

20. —Además, admitiéndote que las cosas de los hombres son cosas humanas, ¿piensas tú que es nuestro lo que el azar puede darnos o arrebatarlos? O cuando hablamos de ciencia de las cosas humanas ¿acaso entendemos por ella la que nos da a conocer cuántas y qué clase de fincas poseemos, cuánto oro o plata tenemos y, finalmente, en qué versos de otros estamos pensando? Ciencia de

ac sequitur, uerum etiam inconcussum tenere. Scimus autem illum, quem commemorasti, multa saepe false dixisse, quod non solum aliis mihi referentibus comperi sed praesens aliquando ipse percepi. Eumne igitur scientem uocem, cum saepe falsa dixerit, quem non uocarem, si cunctanter uera dixisset? Hoc me de aruspibus et de auguribus et de his omnibus, qui sidera consulunt, et de coniectoribus dixisse putatote aut aliquem ex hoc genere hominum proferte si potestis, qui consultus numquam de responsis suis dubitauerit, numquam postremo falsa responderit. Nam de uatibus nihil mihi puto esse laborandum qui mente loquuntur aliena.

[1.7.20] *Deinde res humanas esse ut concedam res hominum, quidquam tu existimas nostrum esse, quod nobis uel dare uel eripere casus potest? Aut cum rerum humanarum scientia dicitur, ea dicitur, qua quisque nouit uel quot uel quales fundos habeamus, quid auri, quid argenti, quid denique alienorum carminum cogitemus? Illa est*

las cosas humanas es aquella que conoce la luz de la prudencia, la hermosura de la templanza, el vigor de la fortaleza, la santidad de la justicia. Éstas son las cosas que, sin temor alguno a la Fortuna, podemos decir que realmente son nuestras y que si las hubiese conocido Albicerio, créeme, jamás hubiera vivido tan disoluta y lujuriosamente. Tampoco creo que se deba enumerar entre nuestras cosas lo que respondió aquel a quien se le había consultado en qué verso estaba pensando. Y no porque con ello niegue que las nobles disciplinas pertenezcan en cierto modo a nuestro espíritu, sino porque está permitido incluso a los incultos cantar y recitar versos de otro. Por tanto, cuando tales cosas vienen a nuestra memoria, no es extraño que puedan ser percibidas por ciertos espíritus despreciables de la atmósfera, a los que se llama *genios*, y admito que nos pueden superar en agudeza y penetración de los sentidos, pero no en la razón. Y además, ignoro de qué modo tan secreto y alejado de nuestros sentidos sucede esto. Pues si admiramos a la pequeña abeja que, tras haber fabricado la miel con una meticulosa destreza, en la que aventaja al hombre, torna a volar de nuevo a otra parte, no por eso debemos preferirla ni siquiera compararla con nosotros.

humanarum rerum scientia, quae nouit lumen prudentiae, temperantiae decus, fortitudinis robur, iustitiae sanctitatem. Haec enim sunt, quae nullam fortunam metuentes uere nostra dicere audemus; quae si Albicerius ille didicisset, numquam, mihi crede, tam luxuriose deformiterque uixisset. Quod autem dixit, quem uersum uolueret animo ille, a quo consulebatur, neque hoc puto inter res nostras esse numerandam, non quo negem honestissimas disciplinas ad possessionem quandam nostri animi pertinere, sed quia uersum alienum etiam imperitissimis canere ac pronuntiare concessum est. Ideo talia cum in memoriam nostram incurrerint, non mirum, si sentiri possunt ab huius aeris animalibus quibusdam uilissimis, quos daemones uocant, a quibus nos superari acumine ac subtilitate sensuum posse concedo, ratione autem nego, atque id fieri nescio quo modo secretissimo atque a nostris sensibus remotissimo. Non enim, si miramur apiculam melle posito nescio qua sagacitate, qua hominem uincit, undeunde aduolare, ideo eam nobis praepondere aut saltem comparare debemus.

21. —Pues yo hubiese preferido mucho más que Albicerio, interrogado por alguien deseoso de saber, le hubiese enseñado el arte de la métrica, o forzado por alguno de los que le consultaban, hubiese declamado sus propios versos sobre un tema propuesto de improviso. Tú sueles recordar lo que el mismo Flaciano había dicho muchas veces cuando se burlaba y despreciaba, con gran altura de miras, este género de adivinación y que atribuía a no sé qué despreciable espíritu, como él decía, el cual movía e inspiraba a Albicerio lo que éste solía responder. Y aquel varón doctísimo preguntaba a los que se maravillaban de tales cosas, si Albericio sería capaz de enseñar la gramática, la música o la geometría. ¿Quién, pues, de los que le conocían, no admitía que era sumamente ignorante de todo esto? Por esto exhortaba Flaciano, finalmente, que aquellos que habían aprendido tales disciplinas, prefiriesen sin duda alguna su inteligencia a tales adivinaciones y trabajasen para instruirse en ellas y enriquecer su mente con estas disciplinas, con las que se rebasa y trasciende la naturaleza etérea de esos *genios* invisibles.

[1.7.21] Itaque uellem magis iste Albicerius ab eo, qui discere cuperet, interrogatus ipsa metra docuisset uel coactus a quopiam consultorum de re sibi statim proposita uersus proprios cecinisset. Quod eundem Flaccianum saepe dixisse soles commemorare, cum illud diuinationis genus magna mentis altitudine derideret atque despiceret idque nescio cui abiectissimae animulae —sic enim dicebat— tribueret, quo ille quasi spiritu admonitus uel inflatus haec respondere solitus esset. Quaerebat enim uir ille doctissimus ab his, qui talia mirarentur, num grammaticam uel musicam uel geometricam posset Albicerius docere. Quis autem illum nosset et non istorum omnium imperitissimum fateretur? Quam ob rem ad extremum hortabatur, ut animos suos hi, qui talia didicissent, illi diuinationi sine dubitatione praeferrent darentque operam his disciplinis instruere atque adminiculare suam mentem, quibus aeriam istam inuisibilium animantium naturam transilire et eam supereuolare contingeret.

Capítulo VIII
EL ADIVINO Y EL SABIO

22. Y siendo las cosas divinas mucho mejores y más excelsas que las humanas por consenso general, ¿cómo podía Albicerio conocerlas cuando ni siquiera se conocía a sí mismo? A no ser que tú pienses que los astros, que a diario contemplamos, son algo grande si lo comparamos con Dios verdadero e inaccesible, al que rara vez la inteligencia capta, pero jamás los sentidos, pues estas cosas se muestran a nuestros ojos. No son ellas las cosas divinas que sólo con la sabiduría se pueden conocer; y todas las demás de las que abusan no sé qué adivinos por vana gloria o lucro, aún son de menos valor que los astros. Albicerio, después de todo, no participó de la ciencia de las cosas humanas y divinas, y ha resultado en vano atacar de esta manera nuestra definición.

Finalmente, como conviene que, lo que existe fuera de las cosas humanas y divinas, lo desdeñemos absolutamente y lo tengamos como despreciable, yo te pregunto: ¿En qué trata de indagar la verdad al que tú tienes por sabio?

—En las divinas, respondió; porque también la virtud en el hombre es, sin lugar a duda, cosa divina.

[1.8.22] *Iam res diuinae cum omnibus concedentibus meliores a gustioresque multo quam humanae sint, quo pacto eas ille adsequi poterat, qui quid esset ipse nesciebat, nisi forte existimans sidera, quae cotidie contemplamur, magnum quiddam esse in comparatione uerissimi et secretissimi dei, quem raro fortasse intellectus, sensus autem nullus attingit? Haec autem praesto sunt oculis nostris. Nec ista igitur sunt illa diuina, qualia se sola scire sapientia profitetur; caetera autem, quibus isti nescio qui diuinantes uel ad uanam iactantiam uel ad quaestum abutuntur, prae sideribus profecto uiliora sunt. Non igitur Albicerius rerum humanarum ac diuinarum scientiae particeps fuit frustra que abs te isto modo definitio nostra temptata est. Postremo cum quicquid praeter res humanas atque diuinas est, nos uilissimum ducere et omnino contemnere oporteat, quaero, in quibus rebus quaerat tuus ille sapiens ueritatem. —In diuinis, ait ille; nam uirtus etiam in homine sine dubitatione diuina est.*

—¿Luego Albicerio conocía ya esas cosas divinas que tu sabio no cesa de buscar?

Contestó entonces Licencio:

—Él conocía cosas divinas, pero no las que deben ser buscadas por el sabio. ¿Quién, pues, no quebranta toda norma de hablar, si se le concede la adivinación, pero se le niegan las cosas divinas de las que la adivinación recibe su nombre? ¿Por qué vuestra definición incluyó, si no me engaño, algo ajeno a la sabiduría?

23. Dijo entonces Trigecio:

—Que defienda esta definición, si lo desea, el que la ha formulado. Ahora quiero que tú me respondas para finalmente volver a lo que veníamos tratando.

—Soy todo oídos, respondió Licencio.

—¿Admites que Albicerio conocía la verdad?

—Te lo concedo.

—Entonces él era mejor que tu sabio.

—De ninguna manera, dijo; porque la clase de verdad que el sabio busca, no sólo no la consigue aquel delirante adivino, ni siquiera el mismo sabio mientras vive en este cuerpo; ya que la verdad es tan importante que es mejor buscarla siempre que encontrarla alguna vez.

—Has igitur Albicerius iam sciebat, quas tuus sapiens semper inquiret?

—Tum Licentius: Diuinas, ait, et ille nouerat, sed non eas, quae a sapiente quaerendae sunt. Quis enim non euertat omnem loquendi consuetudinem, si ei diuinationem concedat, adimat res diuinas, e quibus diuinatione nominata est? Quare illa uestra definitio, nisi fallor, nescio quid aliud, quod ad sapientiam non pertineret, inclusit.

[1.8.23] Tum Trygetius: Definitionem istam, inquit, defendet, si libebit, ille qui protulit. Nunc mihi tu responde, ut tandem ad id quod agitur ueniamus. —Istic sum, inquit ille. —Dasne, ait, Albicerium scisse uerum? —Do, inquit. —Melior igitur tuo sapiente. —Nulio modo, ait ille; nam quod genus ueri sapiens requirit, non solum ille delirus ariolus sed ne ipse quidem sapiens, dum in hoc corpore uiuit, adsequitur. Quod tamen tantum est, ut multo sit praestabilius hoc semper quaerere quam illud aliquando inuenire. —Necesse est, ait Trygetius, ut mihi in angustiis

—Necesito, dijo Trigeo, que tu definición me saque de estos apuros. Si ella te ha parecido defectuosa, porque incluye al que no podemos llamar sabio, yo te pregunto: ¿La aceptarías tú, si afirmamos que la sabiduría es la ciencia de las cosas humanas y divinas, pero especialmente las que pertenecen a la vida feliz?

—Ésa es cierta sabiduría, dijo, aunque no la única; pues la definición anterior se apropia de lo ajeno, mientras ésta descuida lo propio, por lo cual la primera debe ser acusada de avaricia y ésta de necesidad. Pues bien, con el fin de aclarar lo que pienso acerca de la definición, la sabiduría, me parece, que no sólo es ciencia de las cosas humanas y divinas, que pertenecen a la vida feliz, sino también búsqueda diligente. Si deseas, pues, dividir esta definición, la primera parte que pertenece a la ciencia, es propia de Dios; la segunda, que trata de la investigación, es propia del hombre. Dios es feliz por la primera, por la segunda el hombre.

Entonces intervino Trigeo:

—Me sorprende cómo afirmas que tu sabio ha perdido inútilmente el tiempo.

—¿Cómo va a perder el tiempo en su investigación, dijo Licencio, cuando obtiene tan grande recompensa? Por el solo

definitio illa subueniat. Quae si propterea tibi uitiosa uisa est, quia complexa est eum, quem non possumus uocare sapientem, quaero, utrum eam probes, si sapientiam rerum humanarum diuinarumque scientiam dicamus, sed earum, quae ad beatam uitam pertineant. —Est, inquit ille, et ista sapientia sed non sola. Unde superior definitio inuasit alienum, haec autem proprium deseruit; quare illa avaritiae, ista stultitiae coargui potest. Etenim ut iam ipse explicem definitione quod sentio, sapientia mihi uidetur esse rerum humanarum et diuinarum, quae ad beatam uitam pertineant, non scientia solum sed etiam diligens inquisitio. Quam descriptionem si partiri uelis, prima pars, quae scientiam tenet, dei est, haec autem, quae inquisitione contenta est, hominis. Illa igitur deus, hac autem homo beatus est. —Tum ille: Miror, inquit, sapientem tuum quomodo asseras frustra operam consumere. —Quomodo, inquit Licentius, frustra operam consumere, cum tanta mercede conquirit? nam

hecho de investigar, es sabio; y por ser sabio, es dichoso; ya que, en la medida de lo posible, procura apartar su mente de toda atadura corporal y concentrarse en sí mismo. En modo alguno consiente que las pasiones le importunen, sino que con ánimo tranquilo pone siempre su atención en sí mismo y en Dios, para que disfrute de la razón aquí, en que, según convenimos anteriormente, consiste la felicidad, y se encuentre preparado para recibir en el último momento de su vida lo que tanto deseó, y disfrutar justamente de la felicidad divina quien antes ha gozado de la humana.

Capítulo IX CONCLUSIÓN

24. Entonces, viendo que Trigecio tardaba algún tiempo en responder, intervine yo:

—No creo, Licencio, que a éste le falten argumentos, si le permitimos buscar con tranquilidad, pues ¿acaso no ha respondido a cualquier pregunta? Él mismo fue el primero que dedujo, cuando surgió la cuestión sobre la vida feliz, que sólo el sabio es necesariamente feliz, ya que la ignorancia, en opinión de los necios, es una desdicha. El sabio debe ser perfecto, pero no lo es aquel

hoc ipso, quo quaerit, sapiens est, et quo sapiens, eo beatus, cum ab omnibus inuolucris corporis mentem quantum potest euoluit et se ipsum in semet ipsum colligit, cum se non permittit cupiditatibus laniandum, sed in se atque in deum semper tranquillus intenditur, ut et hic, quod beatum esse supra inter nos conuenit, ratione perfruatur et extremo die uitae ad id quod concupiuit adipiscendum reperiat paratus fruaturque merito diuina beatitudine qui humana sit ante perfructus.

[1.9.24] Tum ego, cum Trygetius quid sibi esset respondendum diu quaereret: Non puto, inquam, Licenti, etiam huic argumenta defutura, si eum otiose quaerere permittamus. Quid enim ei quouis loco defuit ad respondendum? Nam primo ipse intulit, quoniam de beata uita quaestio nata est et beatum solum necesse est esse sapientem, si quidem stultitia etiam stultorum iudicio misera est, perfectum sapientem esse debere, non

que aún anda buscando qué sea la verdad, y por tanto tampoco es feliz.

En este momento, al objetarle tú con el peso de la autoridad, se sintió un tanto molesto y desconcertado con el nombre de Cicerón. Pero al momento se sobrepuso y con noble audacia se remontó a la cumbre de la libertad y de nuevo recuperó lo que se le había arrebatado violentamente de sus manos. Y te preguntó si te parecía que era perfecto el que anda todavía buscando. Porque, si decías que no era perfecto, Trigecio volvería de nuevo al principio y demostraría, en lo posible, con aquella definición que es perfecto el hombre que gobierna su vida de acuerdo con la ley de la razón, y, por consiguiente, no puede ser feliz más que el hombre perfecto.

Y te sacudiste este argumento con más astucia de lo que yo pensaba, llamando, al que busca con suma diligencia la verdad, hombre perfecto, arremetiendo muy seguro de ti y con toda claridad contra nuestra definición, en la que habíamos dicho que vida feliz era sólo aquella que obra según la razón. Trigecio te replicó abiertamente: porque se apoderó de tu posición de donde, arrojado tú, lo habrías perdido completamente todo, a no ser que un momento de descanso no hubiese repuesto tus fuerzas. ¿Dónde, pues, pusieron

autem perfectum esse qui adhuc uerum quid sit inquirat, unde ne beatum quidem. Cui loco tu cum molem auctoritatis obiceres, moleste aliquantum Ciceronis nomine perturbatus tamen se statim erexit et generosa quadam contumacia in uerticem libertatis exsiluit rursusque arripuit quod erat de manibus uiolenter excussum quaesiuitque abs te, utrum tibi perfectus qui adhuc quaereret uideretur, ut, si fatereris non esse perfectum, ad caput recurreret demonstraretque, si posset, per illam definitionem perfectum esse hominem, qui secundum legem mentis uitam gubernaret, ac per hoc beatum nisi perfectum esse non posse. Quo te laqueo cum expedisses cautius, quam putabam, et perfectum hominem esse diceres inquisitorem diligentissimum ueritatis ipsaque illa definitione, qua beatam uitam illam demum esse dixeramus, quae secundum rationem ageretur, tu praefidentius apertiusque pugnasses, ille tibi plane reposuit; nam occupauit praesidium tuum, unde pulsus omnino summam rerum amiseras, ni te indutiae reparassent. Ubi enim arcem

los académicos su ciudadela, cuya doctrina defiendes, a no ser en la definición del error? Y si esta noche, durante el sueño, no te hubiera vuelto a la mente esta definición, no tendrías nada que responder, al haber recordado esto mismo al exponer anteriormente la doctrina de Cicerón.

Por último, llegamos a la definición de la sabiduría, que con tanta astucia te empeñaste en rechazar que ni, incluso, Albicerio, tu mismo ayudante, hubiera comprendido tus estratagemas. ¡Con qué vigilancia, con cuánta fuerza te resistió Trigecio! ¡Cómo te tenía casi cercado y derribado, a no ser que te hubieras defendido en el último momento, con tu nueva definición, afirmando que la sabiduría humana es la búsqueda de la verdad, de la cual proviene, con el sosiego del alma, la vida feliz!

No responderá a este argumento, sobre todo si él pide gracia en prorrogar la parte que resta del día.

25. Para no alargarnos más, si os place, ciérrese ya esta disputa. Sería inútil prolongarla más. La cuestión ha sido tratada suficientemente según el fin propuesto. Y podría haberse finalizado totalmente con pocas palabras, si yo no hubiera querido ejercitaros y,

locauerunt Academicici, quorum tueris sententiam, nisi in erroris definitione? Quae tibi nisi noctu fortasse per somnium rediret in mentem, iam quid responderes non habebas, cum in exponenda Ciceronis sententia id ipsum tu ipse ante commemoraueris. Deinde uentum est ad definitionem sapientiae, quam cum tanta calliditate labefactare conareris, ut tua furta nec ipse auxiliator tuus Albicerius fortasse comprehenderet, quanta tibi uigilantia, quantis uiribus restitit, quam te paene inuoluit atque depressit, nisi te postremo tua definitione noua tutareris diceresque humanam esse sapientiam inquisitionem ueritatis, ex qua propter animi tranquillitatem beata uita contingeret! Huic iste sententiae non respondebit, praesertim si in proroganda diei uel parte, quae restat, reddi sibi gratiam postulabit.

[1.9.25] Sed, ne longum faciamus, iam, si placet, sermo iste claudatur, in quo immorari etiam superfluum puto. Tractata enim res est pro suscepto negotio satis; quae post pauca omnino posset uerba finiri, nisi

que es mi gran preocupación, probar vuestro esfuerzo y vuestros conocimientos. Habiéndome propuesto exhortaros vivamente a buscar la verdad, comencé a preguntaros qué importancia tenía para vosotros. Ahora bien, todos habéis puesto tanto interés, que no puedo desear más. Pues deseando ser felices, ya sea encontrando la verdad, ya sea buscándola con diligencia, pero si queremos ser felices, es necesario buscarla dejando de lado todas las otras ocupaciones. Por tanto, dejemos ya, como dije, esta discusión, y después de transcribirla, enviémosla, Licencio, sobre todo a tu padre, cuyo interés por la Filosofía conozco desde hace tiempo. Aunque todavía busco la ocasión oportuna para que se dedique a ella.

Él podría inflamarse con más vehemencia en estos estudios, cuando al verte a ti viviendo de este modo conmigo, no sólo de oídas, sino leyendo, conociere nuestros debates. Y si te agradan los académicos, como creo, prepárate bien para defenderlos, porque he decidido enjuiciarlos como reos.

Dicho esto, se nos comunicó que estaba preparada la comida, y nos levantamos.

exercere uos uellem neruosque uestros et studia, quae mihi magna cura est, explorare. Nam cum instituissem uos ad quaerendam ueritatem magnopere hortari, coeperam ex uobis quaerere, quantum in ea momenti poneretis; omnes autem posuistis tantum, ut plus non desiderem. Nam cum beati esse cupiamus, siue id fieri non potest nisi inuenta siue non nisi diligenter quaesita ueritate, postpositis caeteris omnibus rebus nobis, si beati esse uolumus, perquirenda est. Quam ob rem iam istam, ut dixi, disputationem terminemus et relatam in litteras mittamus, Licenti, potissimum patri tuo, cuius erga philosophiam iam prorsus animum teneo. Sed adhuc quae admittat quaero fortunam. Incendi autem in haec studia uehementius poterit, cum te ipsum iam mecum sic uiuere non audiendo solum uerum etiam legendo ista cognouerit. Tibi autem, si, ut sentio, Academici placent, uires ad eos defendendos ualidiores para; nam illos ego accusare decreui. —Quae cum essent dicta, prandium paratum esse nuntiatum est atque surreximus.

Libro II LOS ACADÉMICOS Y LA FILOSOFÍA

Capítulo I EXHORTACIÓN A ROMANIANO

1. —Si fuese tan necesario encontrar la sabiduría cuando se la busca, como necesario es para el sabio no estar privado de la disciplina y ciencia de la sabiduría, ciertamente toda sutileza, terquedad y pertinacia de los académicos o bien, como pienso yo a veces, toda doctrina válida para aquel tiempo, habría desaparecido con los años y enterrada a la vez con los restos de Carnéades y Cicerón. Pero sea ya por las muchas y diversas contrariedades de esta vida, como tú mismo, Romaniano, has experimentado, sea ya a causa de cierta torpeza de las mentes, o por la apatía o pereza de los indolentes; o a causa de la desesperanza de encontrar la verdad, porque la estrella de la sabiduría no resplandece con tanta facilidad a nuestra inteligencia como la luz sensible se manifiesta a nuestros ojos; o, incluso también —error este común a todos los pueblos—, porque los hombres, bajo la falsa idea de haber encontrado la verdad, ni la buscan con diligencia y, si algunos la buscan, se ven apartados

LIBER SECUNDUS

[2.1.1] Si quam necesse est disciplina atque scientia sapientiae uacuum esse non posse sapientem tam eam necesse esset inuenire, dum quaeritur, omnis profecto Academicorum uel calumnia uel pertinacia uel peruicacia uel, ut ego interdum arbitror, congrua illi tempori ratio simul cum ipso tempore et cum ipsius Carneadis Ciceronisque corporibus sepulta foret. Sed quia siue uitae huius multis uariisque iactationibus, Romaniane, ut in eodem te probas, siue ingeniorum quodam stupore uel socordia uel tarditate torpentium siue desperatione inueniendi —quia non quam facile oculis ista lux, tam facile mentibus sapientiae sidus oboritur— siue etiam, qui error omnino populorum est, falsa opinione inuentae a se ueritatis nec diligenter homines quaerunt, si qui quaerunt, et a quaerendi uoluntate

de querer buscarla. De aquí se sigue que la ciencia sea rara y sea compartida por muy pocos. Y, por lo mismo, las armas de los académicos, cuando nos enfrentamos a ellos, que no son espíritus mediocres, sino inteligentes y muy eruditos, nos parezcan invencibles y como forjadas por Vulcano.

Por eso, contra las olas y borrascas de la Fortuna, uno no sólo debe defenderse con los remos de todas las virtudes, sino también implorar la ayuda divina con suma devoción y piedad, para que nuestro firme deseo de dedicarnos a los buenos estudios siga su curso sin que nadie ni nada le impida alcanzar el puerto seguro y tranquilo de la Filosofía.

Éste es tu verdadero problema. De ahí mi temor por ti, mi deseo de liberarte y, si además merezco ser escuchado, no ceso de pedir cada día por ti para que tengas viento favorable. Elevo mis súplicas, sobre todo, al mismo Poder y Sabiduría del Dios. ¿Acaso no es así cómo los misterios nos presentan al Hijo de Dios?

2. —Mucho me ayudarás al elevar mis plegarias por ti, si no pierdes la esperanza de que seremos escuchados y te unes a nosotros no sólo con el deseo, sino también con la voluntad y con tu

auertuntur, euenit, ut scientia raro paucisque proueniat, eoque fit, ut Academicorum arma, quando cum eis ad manus uenitur, nec mediocribus uiris sed acutis et bene eruditis inuicta et quasi Vulcania uideantur. Quam ob rem contra illos fluctus procellasque fortunae cum obnitendum remis qualiumcumque uirtutum tum in primis diuinum auxilium omni deuotione atque pietate implorandum est, ut intentio constantissima bonorum studiorum teneat cursum suum, a quo eam nullus casus excutiat, quominus illam philosophiae tutissimus iucundissimusque portus accipiat. Haec prima tua causa est; hinc tibi metuo hinc te cupio liberari, hinc, si modo dignus sim, qui impetrem, cotidianis uotis auras tibi prosperas orare non cesso; oro autem ipsam summi dei uirtutem atque sapientiam. Quid est enim aliud, quem mysteria nobis tradunt dei filium.

[2.1.2] Multum me autem adiuuabis pro te deprecantem, si non nos exaudiri posse desperes nitarisque nobiscum et tu, non solum uotis sed etiam uoluntate atque illa tua naturali mentis altitudine, propter quam te

natural elevación de inteligencia, por la que te busco, y me llena de particular satisfacción, a la que no ceso de admirar, pero que en ti se halla envuelta, ¡oh pena!, por las preocupaciones domésticas, como el rayo por las nubes, y permanece oculta a muchos, por no decir a casi todos. Sin embargo, no puede ocultarse a mí, ni a uno y otro de tus íntimos amigos, que con cierta frecuencia no sólo hemos reconocido el rumor de tu voz, sino que igualmente hemos percibido algunos destellos que anuncian ya la cercanía del rayo. Para silenciar de momento lo restante y recordar un solo caso, pregunto yo, ¿quién gritó con voz tan potente y súbita, semejante al fragor de un trueno, y quién brilló con tan viva luz de espíritu, que con un solo grito de la razón y cierto centelleo de templanza, en un solo día, aplacó totalmente aquella pasión que apenas un día antes andaba desenfrenada? ¿Tardará, por fin, en aparecer algún día esta virtud para cambiar las risas de tantos incrédulos en horror y estupor? Y, ¿tras haber mostrado en la tierra signos, por así decir, del futuro, ya libre del peso de las cosas materiales, no retornará nuevamente al cielo? ¿Habrà formulado Agustín en vano tales juicios sobre Romaniano? No lo permita Aquel a quien estoy totalmente consagrado y he comenzado a conocer ya un poco.

quaero, qua singulariter delector, quam semper admiror, quae in te —pro nefas!— illis rerum domesticarum nubibus quasi fulmen inuoluitur et multos ac paene omnes latet, me autem et alium uel tertium familiarissimos tuos latere non potest, qui saepe non solum attente audiuimus murmura tua sed etiam nonnulla fulgora fulminibus propiora conspeximus. Quis enim, ut caetera pro tempore taceam et unum commemorem, quis, inquam, tam subito umquam tantum intonuit tantumque lumine mentis emicuit, ut sub uno fremitu rationis et quodam coruscamine temperantiae uno die illa pridie saeuissima penitus libido moreretur? Ergone non erumpet aliquando ista uirtus et multorum desperantium risus in horrorem stuporemque conuertet et locuta in terris quasi quaedam futurorum signa rursus proiecto totius corporis onere recurret in caelum? Ergone Augustinus de Romaniano frustra ista dixit? Non sinet ille, cui me totum dedi, quem nunc recognoscere aliquantum coepi.

Capítulo II
EXHORTACIÓN A LA FILOSOFÍA

3. Emprende, pues, conmigo el estudio de la Filosofía. En ella encontrarás la razón que estimula a menudo tus inquietudes, cuando la ansiedad y la duda te inquietan. No me da miedo en ti ni la apatía moral, ni la pereza intelectual. ¿Quién estuvo más pendiente de ti en nuestras conversaciones, cuando tus tareas te permitían un breve respiro? ¿Quién mostraba más agudeza de ingenio que tú? ¿No voy a estar agradecido contigo? ¿Acaso es insignificante lo que te debo? Siendo yo joven y sin recursos económicos, y viéndome obligado a continuar mis estudios en el extranjero, tú me recibiste en tu casa, te hiciste cargo de mis gastos, y lo que es más importante, me abriste el corazón. Cuando perdí a mi padre, tu amistad me sirvió de consuelo, me animaste con tus consejos, me ayudaste económicamente. Y en nuestra villa me hiciste partícipe de tu misma fama y prestigio, con tus atenciones, tu familiaridad y el honor de habitar en tu casa. Cuando partí a Cartago, con el propósito de obtener una posición más relevante, al confiarte mis proyectos y esperanzas sólo a ti y no a alguno de los míos, aunque te hizo titubear un poco tu innato amor a la patria, donde yo enseñaba

[2.2.3] Ergo adgrederere mecum philosophiam; hic est quicquid te anxium saepe atque dubitantem mirabiliter solet mouere. Non enim metuo aut a socordia morum aut a tarditate ingenio tuo. Quis te, quando aliquantum respirare concessum est, in sermonibus nostris uigilantior, quis acutior apparuit? Egone tibi gratiam non repensabo? An fortasse paululum debeo? Tu me adulescentulum pauperem ad peregrina studia pergentem et domo et sumptu et, quod plus est, animo exceperisti; tu patre orbatum amicitia consolatus es, hortatione animasti, ope adiuuisti; tu in nostro ipso municipio fauore familiaritate communicatione domus tuae paene tecum clarum primatemque fecisti; tu Karthaginem inlustrioris professionis gratia remeantem, cum tibi soli et meorum nulli consilium meum spemque aperuissem, quamuis aliquantum illo tibi insito —quia ibi iam docebam— patriae amore cunctatus es, tamen ubi euincere

ya, al no poder doblegar el ímpetu juvenil, que aspiraba a aquello que le parecía que era mejor, tú, gracias a tu extraordinaria benevolencia y moderación, pasaste de disuadirme a ser mi apoyo y ayuda. Me procuraste cuanto necesitaba para mi viaje. Y después de haber protegido mi cuna, es decir, el nido de mis estudios, al tratar de levantar ya el vuelo, tú seguiste de nuevo apoyando mis esfuerzos. Y habiéndome embarcado, cuando tú te hallabas ausente, sin comunicarte mi propósito, tú en modo alguno tomaste a mal que no te avisara como tenía por costumbre, y no achacaste mi comportamiento a otra cosa más que a mi orgullo, y con todo tú seguiste fiel en tu amistad, teniendo presente más la íntima y pura intención de mí espíritu, que el abandono de los hijos por el maestro.

4. En fin, si de momento disfruto de mi descanso. Si he remontado el vuelo, liberándome de las ataduras de los vanos deseos. Si, una vez abandonada la carga y las preocupaciones pasajeras, ahora respiro, me recubro y vuelvo en mí. Si busco ardientemente la verdad, si comienzo ya a encontrarla. Si espero poder llegar a la sabiduría, Bien supremo, es porque tú fuiste quien me animó, tú quien me estimuló y tú quien lo ha hecho. Pero la fe mucho más que la

adulescentis cupiditatem ad ea quae uidebantur meliora tendentis nequiisti, ex dehortatore in adiutorem mira beniuolentiae moderatione conuersus es. Tu necessariis omnibus iter adminiculasti meum; tu ibidem rursus, qui cunabula et quasi nidum studiorum meorum foueras, iam uolare audentis sustentasti rudimenta; tu etiam, cum te absente atque ignorante nauigassem, nihil suscensens, quod non tecum communicassem, ut solerem, atque aliud quiduis quam contumaciam suspicans mansisti inconcussus in amicitia nec plus ante oculos tuos liberi deserti a magistro quam nostrae mentis penetralia puritasque uersata est.

[2.2.4] Postremo quidquid de otio meo modo gaudeo, quod a superfluarum cupiditatum uinculis euolauis, quod depositis oneribus mortuarum curarum respiro resipisco redeo ad me, quod quaero intentissimus ueritatem, quod inuenire iam ingredior, quod me ad summum ipsum modum peruenturum esse confido, tu animasti, tu inpulisti, tu fecisti. Cuius autem minister fueris, plus adhuc fide concepi

razón me ha hecho comprender a Aquel de quien tú eras instrumento. Pues cuando estaba contigo, te di a conocer los secretos más íntimos de mi alma, cuando te declaré muchas veces con insistencia que a mí me parecía no haber suerte mejor que la que me permite el gusto de dedicarme al estudio de la Filosofía, ni otra vida feliz fuera de la que se vive filosofando, pero que yo me veía sujeto por la responsabilidad de tener que cuidar a los míos, cuya vida dependía de mi trabajo y, al mismo tiempo, de otras muchas instancias de la vida, como por cierta vergüenza de mi parte o el temor de llevar a mi familia a unos gastos inoportunos; tú, entonces, mostraste tan gran alegría y te inflamaste de un santo amor por esta vida que llegaste a decir que si conseguías, por fin, verte libre de los lazos de aquel inoportuno proceso que te tenía sujeto, romperías también todas mis ataduras hasta compartir tu fortuna conmigo.

5. Así pues, cuando te separaste, después de haber avivado en nosotros la llama de tal deseo, jamás hemos dejado de suspirar por la Filosofía. Y ya no pensábamos en otra cosa más que en aquella forma de vida que nos seducía y resultaba agradable. La planeábamos con constancia, pero sin excesivo ardor. Sin embargo, creíamos que era suficiente. Y como aquella llama, que habría de entu-

quam ratione comprehendi. Nam cum praesens praesenti tibi exposuissem interiores motus animi mei uehementerque ac saepius assererem nullam mihi uideri prosperam fortunam, nisi quae otium philosophandi daret, nullam beatam uitam, nisi qua in philosophia uiueretur, sed me tanto meorum onere, quorum ex officio meo uita penderet, multisque necessitatibus uel pudoris uel ineptae meorum miseriae refrenari, tam magno es elatus gaudio, tam sancto huius uitae inflammatus ardore, ut te diceres, si tu ab illarum importunarum litium uinculis aliquo modo eximereris, omnia mea uincula etiam patrimonii tui mecum participatione rupturum.

[2.2.5] Itaque cum admoto nobis fomite discessisses, numquam cessauimus inhiantes in philosophiam atque illam uitam, quae inter nos placuit atque conuenit, prorsus nihil aliud cogitare atque id constanter quidem, sed minus acriter agebamus, putabamus tamen satis nos agere. Et quoniam nondum aderat ea flamma, quae summa nos arreptura erat, illam

siasmarnos totalmente, aún no se había avivado del todo, al ir calentándonos poco a poco, pensábamos que era ya excesiva.

Pero hete aquí que ciertos libros, para ti llenos de contenido, como dice Celsino, exhalaban sobre nosotros los buenos aromas de Arabia, destilando sobre aquella pequeña llama unas pocas gotas de precioso perfume. Lo que sucedió fue algo increíble, Romano, verdaderamente increíble, mucho más de lo que tú te puedes imaginar, ¿qué diré de más?, pues que ellas provocaron en mí un incendio acerca de mí mismo y que a mí mismo me parecía increíble.

¿Qué interés podían tener para mí los honores, la pompa humana, el deseo de vana gloria o, en fin, los incentivos y halagos de esta vida? Al momento entré totalmente en mí mismo.

Volví los ojos como de paso, lo confieso, hacia aquella religión que de niño me fue inculcada y permanecía impresa en la misma médula de mis huesos. Y, en verdad, ella era la que, sin darme cuenta, me arrastraba hacia sí. Titubeante, con prisa y perplejo, comencé a leer al apóstol Pablo. Pues, pensaba yo: ciertamente estos hombres no habrían podido realizar tan grandes obras ni haber vivido como nos consta que vivieron, si sus escritos y su doctrina hubieran sido contrarias a bien tan grande. Y me lo leí todo entero con suma atención y piedad.

qua lenta aestuabamus arbitrabamur esse uel maximam, cum ecce tibi libri quidam pleni, ut ait Celsinus, bonas res Arabicas ubi exhalarunt in nos, ubi illi flammulae instillarunt pretiosissimi unguenti guttas paucissimas, incredibile, Romaniane, incredibile et ultra quam de me fortasse et tu credis —quid amplius dicam?— etiam mihi ipsi de me ipso incredibile incendium concitarunt. Quis me tunc honor, quae hominum pompa, quae inanis famae cupiditas, quod denique huius mortalis uitae fomentum atque retinaculum commouebat? Prorsus totus in me cursim redibam. Respexi tamen, confiteor, quasi de itinere in illam religionem, quae pueris nobis insita est et medullitus implicata; uerum autem ipsa ad se nescientem rapiebat. Itaque titubans properans haesitans arripio apostolum Paulum. Neque enim uere, inquam, isti tanta potuissent uixissentque ita, ut eos uixisse manifestum est, si eorum litterae atque rationes huic tanto bono aduersarentur. Perlegi totum intentissime atque castissime.

6. Entonces, con la ayuda de los rayos de aquella luz que caían sobre mí, se me descubrió la radiante hermosura de la Filosofía, de manera que hubiera podido mostrarla, no me refiero a ti que has tenido siempre hambre de esta desconocida, sino a tu mismo adversario, de quien no sé si para ti es más un estímulo o un obstáculo, aunque ellos, abandonando y despreciando los baños, las hermosas pomaradas, los convites espléndidos y refinados, los bufones domésticos y, en fin, cuanto excita vivamente a cualquier clase de deleites, convertido en amante tierno y respetuoso, se lanzase lleno de admiración y apasionada impaciencia hacia la hermosura de aquel rostro. Porque él, hemos de confesarlo, posee una cierta elegancia de alma o, mejor dicho, como cierta semilla de hermosura, que, a punto de explotar en verdadera floración, muestra su frondosidad de forma tortuosa e irregular entre el fango de los vicios y la maleza de las opiniones engañosas. Y, sin embargo, no cesa de resurgir el verdor de las hojas y manifestarse, cuanto puede, a la vista de muy pocos que con mirada aguda y atenta penetran en el interior de la espesura. De ahí su hospitalidad, y los muchos gestos de cortesía y finura con que sus banquetes resultan sumamente

[2.2.6] Tunc uero quantulocumque iam lumine asperso tanta se mihi philosophiae facies aperuit, ut non dicam tibi, qui eius incognitae fame semper arsisisti, sed si ipsi aduersario tuo, a quo nescio utrum plus exercearis quam inpediaris, eam demonstrare potuissem, ne ille et Baias et amoena pomaria et delicata nitidaque conuiuia et domesticos histriones, postremo quidquid eum acriter commouet in quascumque delicias abiciens et relinquens ad huius pulchritudinem blandus amator et sanctus mirans anhelans aestuans aduolaret. Habet enim et ille, quod confitendum est, quoddam decus animi uel potius decoris quasi sementem, quod erumpere in ueram pulchritudinem nitens tortuose ac deformiter inter scabra uitiorum et inter opinionum fallacium dumeta frondescit; tamen non cessat frondescere et paucis acute ac diligenter in densa intuentibus quantum sinitur, eminere. Inde est illa hospitalitas, inde in conuiuuiis multa humanitatis condimenta, inde ipsa elegancia nitor

agradables, de ahí la elegancia, la belleza y el gusto exquisito en todas las cosas y esa delicadeza humana que lo inunda todo de un discreto encanto.

Capítulo III AMOR A LA BELLEZA Y AMOR A LA SABIDURÍA

7. Esto es lo que en lenguaje popular se llama «Filocalia». No desprecies este vocablo a causa de su uso no literario, porque Filocalia y Filosofía son términos casi sinónimos y no sólo quieren aparecer como de la misma familia, y lo son.

¿Qué es, pues, la Filosofía? El amor de la sabiduría. Y, ¿qué es la Filocalia? El amor de la belleza. Pregúntaselo a los Griegos. ¿Y qué es la sabiduría? ¿No es ella la verdadera belleza? Realmente son hermanas e hijas de un mismo padre. La primera —la Filocalia—, arrancada de su cielo por el atractivo del placer y encerrada en la caverna popular, ha conservado, no obstante, la semejanza del nombre, para advertir al que la usa a no despreciarla. Su hermana —la Filosofía—, que vuela libremente, la reconoce con frecuencia, sea sin alas, harapienta y pobre, pero raramente logra liberarla, pues la Filocalia no conoce su origen, la Filosofía sí.

mundissima facies rerum omnium et undique cuncta perfundens adumbratae uenustatis urbanitas.

[2.3.7] *Philocalia ista uulgo dicitur. Ne contemnas nomen hoc ex uulgi nomine. Nam philocalia et philosophia prope similiter cognominatae sunt et quasi gentiles inter se uideri uolunt et sunt. Quid est enim philosophia? amor sapientiae. Quid philocalia? amor pulchritudinis. Quare de Graecis. Quid ergo sapientia? nonne ipsa uera est pulchritudo? Germanae igitur istae prorsus et eodem parente procreatae; sed illa uisco libidinis detracta caelo suo et inclusa cauea populari uiciniam tamen nominis tenuit ad commonendum aucupem, ne se contemnat. Hanc igitur sine pennis sordidatam et egentem uolitans libere soror saepe agnoscit, sed raro liberat; non enim philocalia ista unde genus ducat, agnoscit nisi philosophia.*

Toda esta fábula (pues me he convertido de repente en un Esopo) te la contará Licencio en dulces versos, pues es casi un poeta consumado.

Por consiguiente, si aquél, tu adversario, tan apasionado de la falsa belleza, pudiese contemplar por un momento con ojos sanos y puros la verdadera belleza, ¡con cuánta satisfacción se echaría en brazos de la Filosofía! Y, ¿al reconocerte te abrazaría como verdadero hermano? ¿Te extrañas de mis palabras y quizás sonríes? ¿Y si te lo hubiera explicado como era mi intención? ¿Y si tú hubieses podido por lo menos oír la voz de la Filosofía aunque no ver el rostro? Te admirarías ciertamente, y no te reirías ni desesperarías. Créeme, de nadie hay que desesperar, y menos aún de hombres como él. Los ejemplos no son pocos ni raros. Tal clase de aves se escapa fácilmente y fácilmente remonta el vuelo ante la gran admiración de muchas que siguen prisioneras en sus jaulas.

8. Pero volvamos, Romaniano, a nosotros, y filosofemos. Te manifestaré mi agradecimiento; tu hijo ha comenzado ya a filosofar. Yo modero su celo, para que crezca más fuerte y más seguro una vez formado en las disciplinas liberales necesarias, de las cuales no debes temer ser un profano. Te deseo sólo una plena libertad.

Quam totam fabulam —nam subito Aesopus factus sum— Licentius tibi carmine suavius indicabit; poeta est enim paene perfectus. Ergo ille, si ueram pulchritudinem, cuius falsae amator est, sanatis renudatisque paululum oculis posset intue ri, quanta uoluptate philosophiae gremio se inuolueret? quomodo ibi te cognitum sicut uerum fratrem amplecteretur? Miraris haec et forsitan rides. Quid, si haec explicarem, ut uolebam? quid, si saltem uox, si adhuc facies uideri a te non potest, ipsius philosophiae posset audiri? Mirareris profecto sed non rideres, non desperares. Crede mihi, de nullo desperandum est, de talibus autem minime; omnino sunt exempla. Facile euadit, facile reuolat hoc genus auium multis inclusis multum mirantibus.

[2.3.8] Sed ad nos redeamus, nos, inquam, Romaniane, philosophemur; reddam tibi gratiam, filius tuus coepit philosophari. Ego eum reprimo, ut disciplinis necessariis prius excultus uigentior et firmior insurgat. Quarum te ne metuas expertem, si bene te noui, auras tibi liberatas tantum opto.

¿Y qué diré de tus dotes naturales? ¡Ojalá no fuesen tan raras en los hombres como son ciertas en ti! Quedan dos defectos, dos obstáculos para llegar al conocimiento de la verdad, pero no me dan excesivo miedo por ti. No obstante, me preocupa te consideres poca cosa, y pierdas la esperanza de hallarla o presumas haberla encontrado.

El primer obstáculo, si se da, desaparecerá tal vez con esta discusión. Con frecuencia has criticado a los académicos con tanta mayor energía cuanto menos preparado estabas en esta materia, pero también con mayor placer cuanto más te seducía el amor a la verdad. Así, pues, con tu ayuda, disputaré con Alipio, y te convenceré fácilmente de lo que quiero, al menos con probabilidad, pues no llegarás a ver la verdad misma de no consagrarte totalmente a la Filosofía.

En cuanto al segundo obstáculo, por el que presumes haber hallado la verdad, aunque ya te has distanciado de nosotros buscando y dudando, sin embargo, si en tu espíritu queda algún residuo de superstición, desaparecerá completamente, bien cuando te envíe alguna de nuestras discusiones sobre religión, o bien cuando de viva voz pueda tratar contigo muchas de estas cosas.

Nam de indole quid dicam? Utinam non tam rara esset in hominibus, quam certa est in te! Restant duo uitia et impedimenta inueniendae ueritatis, a quibus tibi non multum timeo; timeo tamen, ne te s contempnas atque inuenturum esse desperes, aut certe ne inuenisse te credas. Quorum primum si tamen inest, ista tibi fortasse disputatio detrahet. Saepius enim suspensuisti Academicis eo quidem grauius, quo minus eruditus esses, eo libentius, quod ueritatis amore inliciebaris. Itaque iam cum Alypio te fautore confligam et tibi facile persuadebo quod uolo, probabiliter tamen; nam ipsum uerum non uidebis, nisi in philosophiam totus intraueris. Illud autem alterum, quod te fortasse aliquid inuenisse praesumis, quamuis a nobis iam quaerens dubitansque discesseris, tamen, si quid superstitionis in animum reuolutum est, eicietur profecto, uel cum tibi aliquam inter nos disputationem de religione misero uel cum praesens tecum multa contulero.

9. De momento no hago otra cosa que liberarme de mis vanas y perniciosas opiniones. Pues no tengo la menor duda de que me vaya mejor a mí que a ti. En una sola cosa envidio tu buena suerte: el que estés disfrutando solo de la amistad de *mi querido* Luciliano. ¿Acaso sientes celos porque he dicho *mi querido*? ¿Pero qué otra cosa he dicho sino que es *tuyo* y de todos cuantos somos una misma cosa? ¿Y a qué suplicarte para que satisfagas mi deseo? Te lo suplico por mí, como sabes y es tu deber. Pero ahora os digo a los dos: tened mucho cuidado de creer que sabéis algo, si al menos no lo sabéis como el que: uno, dos, tres y cuatro suman diez ($1 + 2 + 3 + 4 = 10$).

Guardaos igualmente de creer que no llegaréis a conocer ninguna verdad en Filosofía, o de que jamás pueda ser conocida. Creedme, pues, a mí, o mejor creed al que dijo: «*Buscad y encontraréis*» (Mt 7,7). No hay que perder la esperanza de conocer la verdad, y veréis que ella será más evidente que el anterior cálculo numérico.

Pero volvamos ya a nuestro tema. He comenzado demasiado tarde a temer que mi introducción sobrepase la medida, lo cual es un grave defecto. Pues la medida es, sin lugar a duda, cosa divina. Pero puede engañar cuando guía suavemente. Seré más prudente cuando llegue a ser sabio.

[2.3.9] Ego enim nunc aliud nihil ago, quam me ipse purgo a uanis perniciosisque opinionibus. Itaque non dubito melius mihi esse quam tibi. Unum tantum est, unde inuideam fortunae tuae, quod solus frueris Luciliano meo. An et tu inuides, quia dixi «meo»? sed quid dixi aliud quam tuo et omnium, quicumque unum sumus? De quo tamen ut subuenias desiderio meo, quid te rogem? Tu te ipse pro me roga quantum scis, quia debes. Sed nunc ambobus dico: cauete, ne quid uos nosse arbitremini, nisi quod ita didiceritis saltem, ut nostis unum duo tria quattuor simul collecta in summam fieri decem. sed item cauete, ne uos in philosophia ueritatem aut non cognituros aut nullo modo ita posse cognosci arbitremini. Nam mihi credite, uel potius illi credite, qui ait: quaerite et inuenietis, nec cognitionem desperandam esse et manifestiorem futuram, quam sunt illi numeri. Nunc ad propositum ueniamus. Iam enim sero coepi metuere, ne hoc principium modum excederet, et non est leue. Nam modus procul dubio diuinus est, sed fefellerit, cum dulciter ducit. Ero cautior, cum sapiens fuero.

Capítulo IV
LA DOCTRINA DE LOS ACADÉMICOS

10. Después de la última discusión, recogida en el libro primero, nos tomamos casi siete días de descanso, dedicándonos a comentar los tres libros de Virgilio siguientes al primero, estudiándolos en el momento, según nuestro parecer, más conveniente. Sin embargo, con esta lectura, Licencio se apasionó tanto por el estudio de la poesía que me pareció una obligación moderarlo un tanto. No aceptaba de buen grado dejar su ocupación para dedicarse a otra. Pero, al fin, tras hacer un cálido elogio en la medida de mis posibilidades del valor de la Filosofía, accedió sin resistencia a reemprender la cuestión de los académicos que había quedado aplazada.

Por suerte amaneció un día resplandeciente y apacible, que parecía más bien puesto para serenar nuestros espíritus que para otra cosa. Nos levantamos un poco antes que de costumbre, y ayudamos un poco a los granjeros en lo más urgente.

Entonces dijo Alipio:

—Antes de escuchar vuestra disputa sobre los académicos, desearía me leáis el discurso que decís haber tenido, estando yo

[2.4.10] Post pristinum sermonem, quem in primum librum contulimus, septem fere diebus a disputando fuimus otiosi, cum tres tamen Vergilii libros post primum recenseremus atque, ut in tempore congruere uidebatur, tractaremus. Quo tamen opere Licentius in poeticae studium sic inflammatus est, ut aliquantum mihi etiam reprimendus uideretur. Ita enim ab hac intentione ad nullam se rem deuocari libenter ferebat. Tandem tamen ad retractandam quam distuleramus de Academicis quaestionem cum a me, quantum potui, lumen philosophiae laudaretur, non inuitus accessit. Et forte dies ita serenus effulserat, ut nulli prorsus rei magis quam serenandis animis nostris congruere uideretur. Maturius itaque solito lectos reliquimus paululumque cum rusticis egimus quod tempus urgebat. —Tum Alypius: Antequam uos, inquit, audiam de Academicis disputantes, uolo mihi legatur sermo ille uester,

ausente, porque de ahí ha surgido la ocasión de esta discusión, y de ninguna manera podré, sin oíros, evitar caer en el error o al menos no encontrarme en apuros.

Tras haber satisfecho su deseo, y haber empleado en la lectura casi toda la mañana, decidimos regresar, por fin, a casa abandonando nuestro entretenido paseo.

—Te ruego, dijo Licencio, que antes de la comida, si no tienes inconveniente, me hagas una breve síntesis de toda la doctrina de los académicos, para que no se me escape ningún elemento que pueda serme favorable.

—Lo haré con sumo gusto, le respondí, para que, pensativo en esta cuestión, comas un poco menos.

—No estés tan seguro de ello, dijo él, pues muchas veces he observado que muchos, y sobre todo mi padre, sentían tanto más apetito cuanto mayores eran sus preocupaciones. Y tú mismo, ¿no has observado también que cuando más reconcentrado en las cuestiones de métrica, gracias a mí está la mesa segura? En realidad, esto me sorprende cuando lo pienso. ¿Quiere, entonces, decir que cuando mantenemos fijo nuestro espíritu en otra cosa, mayor es el apetito que sentimos? ¿O qué hay que, cuando estamos ocupados en

quem dicitis me absente perfectum; non enim possum aliter, cum inde huius disceptationis occasio nata sit, in audiendis uobis non aut errare aut certe laborare. —Quod cum factum esset et in eo paene totum antemeridianum tempus consumptum uideremus, redire ab agro qui deambulantes nos acceperat, domum instituimus. —Et Licentius: Quaeso, inquit, ante prandium mihi breuiter totam Academicorum sententiam ex ponendo repetere ne graueris, ne quid in ea me fugiat, quod pro partibus meis sit. —Faciam, inquam, et eo libentius, quo de hac re cogitans parum prandeam. —Ne, inquit ille, istinc securus sis; nam et multos et maxime patrem meum saepe animaduerti eo edaciorem, quo refertior curis esset. Deinde tu quoque de istis metris cogitantem non sic expertus es, ut cura mea mensa secura sit. Quod quidem apud me ipsum mirari soleo; quid enim sibi uult, quod tunc primum pertinacius appetimus, cum in aliud intendimus animum? aut quis est, qui manibus et

nuestro interior, el espíritu ejerce su dominio sobre nuestras manos y nuestros dientes?

—Escucha más bien, le respondí, cuanto me has preguntado sobre los académicos, porque, si continúas dando vueltas a la medida métrica, deba soportar tu falta de moderación no solo en las comidas sino también en la discusión. Y si me olvido de algo importante en mi argumentación, Alipio lo expondrá.

—Es necesaria tu buena fe, dijo Alipio, porque si hay temor de que nos ocultes algo, creo será muy difícil sorprender al que me ha enseñado estas cosas, como todos saben, y especialmente al exponer la verdad no debería preocuparte tanto el éxito de la victoria cuanto tu recto modo de pensar.

Capítulo V

EXPOSICIÓN DE LA DOCTRINA DE LOS ACADÉMICOS

11. Procederé de buena fe, le dije, porque está en tu derecho exigirlo. Según los académicos, el hombre no puede conseguir el conocimiento de aquellas cosas, objeto de la Filosofía —pues Carnéades afirmaba no preocuparle lo demás— y, no obstante, que el hombre puede ser sabio. Y toda función del sabio, como tú,

dentibus nostris occupatis nobis nimis imperiosus fit? —Audi potius, inquam, de Academicis quod rogaueras, ne te metra ista uolentem non solum in epulis sine metro sed etiam in quaestionibus patiar. Si quid autem pro mea parte occultabo, prodet Alypius. —Bona fide tua opus est, inquit Alypius; nam si metuendum est, ne aliquid occultes, a me deprehendi posse difficile arbitror eum, a quo me ista didicisse nullus qui me nouit ignorat, praesertim cum in prodendo uero non magis uictoriae quam animo tuo consulturus sis.

[2.5.11] *Agam, inquam, bona fide, quoniam de iure praescribis. Nam et Academicis placuit nec homini scientiam posse contingere earum dumtaxat rerum, quae ad philosophiam pertinent —nam caetera curare se Carneades negabat— et tamen hominem posse esse sapientem sapientisque totum munus, ut abs te quoque, Licenti illo sermone*

Licencio, has expuesto a lo largo de tu precedente disertación, consiste en la búsqueda de la verdad.

De donde se concluye que el sabio no debe dar su asentimiento a enunciado alguno, porque se mantendría necesariamente en el error si diera su asentimiento a enunciados inciertos, lo cual no es lícito al sabio. Y no sólo afirmaban que todo era incierto, sino que, incluso, lo confirmaban con múltiples razones. Y que la verdad no puede comprenderse parece tomarla de aquella definición del estoico Zenón, que enseña: Puede conocerse como verdadera aquella representación impresa en el alma por el objeto de donde se origina, y no como representación de otro objeto. Dicho de otra manera más breve y más clara: La verdad puede ser reconocida por ciertos signos que no puede tener lo que es falso. Y los académicos se empeñaron tenazmente en demostrar que estos signos no pueden encontrarse. De ahí que en defensa de su tesis alegaban el desacuerdo de los filósofos, los engaños de los sentidos, los sueños y alucinaciones, los sofismas y sorites.

Y habiendo aprendido del mismo Zenón que no hay nada más vil y despreciable que la opinión, de ahí concluyeron con gran astucia que, si nada puede ser percibido y el opinar es de necios, el sabio no debe afirmar nada.

dissertum est, in conquisitione ueri explicari; ex quo confici, ut nulli etiam rei sapiens adsentiat; erret enim necesse est, quod sapienti nefas est, si adsentiat rebus incertis. Et omnia incerta esse non dicebant solum uerum etiam copiosissimis rationibus adfirmabant. Sed uerum non posse comprehendi ex illa Stoici Zenonis definitione arripuisse uidebantur, qui ait id uerum percipi posse, quod ita esset animo inpressum ex eo, unde esset, ut esse non posset ex eo, unde non esset. Quod breuius planiusque sic dicitur, his signis uerum posse comprehendi, quae signa non potest habere quod falsum est. Hoc prorsus non posse inueniri uehementissime ut conuincerent incubuerunt. Inde dissensiones philosophorum, inde sensuum fallaciae, inde somnia furoresque, inde pseudomenoe et soritae in illius causae patrocinio uiguerunt. Et cum ab eodem Zenone accepissent nihil esse turpius quam opinari, confecerunt callidissime, ut, si nihil percipi posset et esset opinatio turpissima, nihil umquam sapiens approbaret.

12. Esto provocó una gran antipatía hacia ellos; porque parecía lógico que quien nada afirma, nada puede hacer. Razón por la cual parecían describir los académicos a su sabio, desde el momento en que nada debe afirmar, como un hombre en permanente estado de soñolencia y abandono de todos sus deberes. Ellos, entonces, introdujeron un cierto probabilismo, que llamaban verosimilitud, y sostenían que el sabio en absoluto se inhibía de sus obligaciones porque tenía una norma a seguir; y la verdad, sea a causa de no sé qué oscuridad natural o a causa de la semejanza con otras cosas, todavía estaba oculta o confusa. Aunque sugerían que la privación, o en cierto modo suspensión del asentimiento, era la gran actividad del sabio.

Creo haber hecho una breve exposición de todo el pensamiento de los académicos, como tú deseabas, Alipio, sin haberme separado en nada de tus indicaciones, es decir, he procedido, como suele decirse, de buena fe. Ya que si no he expuesto algo como es o he omitido algo, ha sido involuntariamente. Por tanto, según el testimonio de mi conciencia, hay buena fe. Es evidente que se debe instruir al hombre que se engaña y desconfiar del que pretende engañar. El primero tiene necesidad de un buen maestro, el segundo, ser un discípulo precavido.

[2.5.12] Hinc eis inuidia magna conflata est; uidebatur enim esse consequens, ut nihil ageret qui nihil adprobaret. Unde dormientem semper et officiorum omnium desertorem sapientem suum Academici describere uidebantur, quem nihil approbare censebant. Hic illi inducto quodam probabili, quod etiam uerisimile nominabant, nullo modo cessare sapientem ab officiis asserebant, cum haberet quid sequeretur, ueritas autem siue propter naturae tenebras quasdam siue propter similitudinem rerum uel obruta uel confusa latitaret, quamuis et ipsam refrenationem et quasi suspensionem assensionis magnam prorsus actionem sapientis esse dicebant. Videor mihi breuiter totum, ut uoluisti, exposuisse nihilque recessisse a praescriptione, Alypi, tua, id est egisse, ut dicitur, bona fide. Si enim aliquid uel non ita, ut est, dixi uel forte non dixi, nihil uoluntate a me factum est. Bona ergo fides est ex animi sententia. Homini enim homo falsus docendus, fallax cauendus debet uideri, quorum prius magistrum bonum, posterius discipulum cautum desiderat.

Capítulo VI
DISCUSIÓN SOBRE EL PENSAMIENTO
DE LOS ACADÉMICOS

13. Dijo entonces Alipio:

—Te agradezco que hayas satisfecho el deseo de Licencio y a mí me hayas aligerado de un peso. Pues no debías de temer tanto el haber omitido algo hecho con intención de probarme (pues, ¿qué otra razón podría haber para hacerlo?), cuanto el sentirme obligado a señalártelo. Por lo cual, no te sea incómodo exponer cuanto falta, no tanto respecto a mi pregunta cuanto a lo expuesto sobre la diferencia entre la Nueva y la Antigua Academia.

—Confieso que me resulta muy incómodo, dijo. Me harías, pues, un gran favor (ya que no puedo negar que lo que preguntas interesa a nuestra disputa) si, mientras descanso un momento, me aclarases en mi presencia estos nombres y enseñases el origen de la Nueva Academia.

—Pensaría, dijo Alipio, que quieres también alejarme de comer, si no supiese que la duda de Licencio te ha dado mucho miedo y no nos hubiese impuesto como tarea aclararle antes de la comida las dificultades que encierra la cuestión.

[2.6.13] Tum Alypius: Gratum, inquit, habeo, cum et Licentio a te satisfactum est et me onere inposito releuasti. Non enim magis tibi uerendum erat, ne quid explorandi mei causa minus a te diceretur —nam alio modo qui fieri poterat?— quam mihi, si in quoquam te prodere fuisset necesse. Quare faxis, ut illud quod deest non tam percontationi quam ipsi percontanti de differentia nouae ac ueteris Academiae ne te pigeat exponere. —Prorsus, inquam, fateor, piget. Quare beneficium dederis —nam hoc quod commemoras ad rem maxime pertinere negare non possum— si me paululum conquiescente apud me distinguere ista nomina et causam nouae Academiae aperire uolueris. —Crederem, inquit, me quoque a prandio te auocare uoluisse, ni et magis te a Licentio territum dudum putarem et eius postulatio ita nobis praescripsisset, ut ei ante prandium quidquid huius inuolutionis esset expediretur.

Y cuando iba a continuar su diálogo, nuestra madre (pues nos encontrábamos ya en casa) comenzó a llamarnos para comer, de modo que ya no hubo tiempo para continuar la discusión.

14. Habiendo tomado el alimento suficiente para acallar nuestro apetito, regresamos de nuevo a la pradera. Y Alipio comenzó diciendo:

—Acepto tu parecer y no me atreveré a rechazarlo. Si nada se me ha olvidado será gracias a tu enseñanza y a mi memoria. Pero si me he equivocado en algo, tú lo corregirás, para que en adelante no tema semejantes compromisos.

Pienso que la escisión de la Nueva Academia no fue debida tanto contra la Antigua Academia como contra los estoicos. Pues de ninguna manera se ha podido decir que fue una ruptura, porque era absolutamente necesario discutir y resolver un problema introducido por Zenón. De hecho, no es imprudente pensar que la opinión sobre la imposibilidad de afirmar con certeza, aunque no había originado grandes controversias, ha permanecido en el espíritu de los antiguos académicos. Esto se puede probar fácilmente con la autoridad del mismo Sócrates y Platón y de otros pensadores de la antigüedad, los cuales creyeron que uno puede

—Et cum reliqua dicere tenderet, mater nostra —nam domi iam eramus— ita nos trudere in prandium coepit, ut uerba faciendi locus non esset.

[2.6.14] Deinde, cum tantum alimentorum accepissemus, quantum compescendae fami satis esset, ad pratum regressis nobis Alypius: Paream, inquit, sententiae tuae nec ausim recusare. Si enim nihil me fugerit, gratabor cum doctrinae tuae tum etiam memoriae meae. At si in quoquam fortasse aberrauero, recurabis id, ut deinceps huius modi delegationem non pertimescam. Nouae Academiae discidium non tam contra ueterem conceptum quam contra stoicos arbitrator esse commotum. Nec uero discidium putandum, si quidem a Zenone inlatam nouam quaestionem dissolui discuti que oportebat. Nam de non percipiendo quamuis nullis conflictationibus agitata, incolens tamen etiam ueterum Academicorum mentes sententia non inpudenter existimata est. Quod etiam ipsius socratis platonisque ac reliquorum ueterum auctoritate

defenderse del error a condición de no dar su asentimiento temerariamente. Sin embargo, no introdujeron en las escuelas una particular discusión sobre esta materia, ni llegaron a investigar puntualmente si era posible o no conocer con certeza la verdad.

Fue Zenón quien de modo imprevisto y brusco introdujo y defendió que nada puede conocerse con certeza a no ser aquello que de tal manera es verdadero, que se distingue de lo falso por notas de disimilitud, y que el sabio no debe afirmar como opinable. Arcesilao, habiendo conocido esto, negó que el hombre pudiera encontrar la verdad, y que la vida del sabio no se debía exponer al naufragio de la opinión. De donde concluyó también que no se debía asentir a ninguna cosa.

15. Estando así las cosas la Academia Antigua parecía sentirse más reforzada que debilitada. Apareció entonces un cierto Antíoco, discípulo de Filón que, según opinión de muchos, buscaba más su gloria que la verdad, y enfrentó las opiniones de ambas Academias.

Éste afirmaba que los nuevos académicos habían intentado introducir una doctrina nueva y muy alejada del pensamiento de

probatu facile est, qui se hactenus crediderunt posse ab errore defendi, si se assensionem non temere commisissent, quamvis propriam de hac re disputationem in scholas suas non introduxerint nec ab illis enucleate aliquando quaesitum sit, percipi necne ueritas possit. Quod cum Zeno rude ac nouum intulisset contenderetque nihil percipi posse, nisi quod uerum ita esset, ut dissimilibus notis a falso discerneretur, neque opinionem subeundam esse sapienti atque id Arcesilas audiret, negauit huius modi quicquam posse ab homine reperiri neque illi opinionis naufragio sapientis committendam esse uitam. Unde etiam conclusit nulli rei esse adsentendum.

[2.6.15] Verum cum ita res se habeat, ut uetus Academia magis aucta quam oppugnata uideretur, extitit Philonis auditor Antiochus, qui, ut nonnullis uisus est, gloriae cupidior quam ueritatis in similitudinem adduxit Academiae utriusque sententias. Dicebat enim rem insolitam et ab opinione ueterum remotissimam Academicos nouos conatos inducere.

los antiguos. En favor de su tesis aducía la autoridad de los antiguos físicos y de otros grandes filósofos. Atacaba, incluso, a los mismos académicos porque pretendían tomar como norma lo verosímil, mientras reconocían ignorar la misma verdad. Había, también, recogido multitud de argumentos, los cuales creo deben pasarse por alto en este momento. Y además defendía con todo ahínco que el sabio podía conseguir la verdad. Esta creo que fue la controversia entre los antiguos y los nuevos académicos. Y si fue de otra manera, te suplico, por él y por mí, que des una total información a Licencio. Por el contrario, si fue tal como yo he podido exponer, entonces continuad la discusión iniciada.

Capítulo VII CRÍTICA DE LOS CONCEPTOS DE VEROSÍMIL Y PROBABLE

16. Entonces intervine yo diciendo:

—Nuestro discurso se ha prolongado más de lo que pensaba. Y tú, Licencio, ¿por cuánto tiempo guardarás aún silencio? ¿Has oído quiénes son los académicos?

Pero él sonríe un tanto avergonzado y algo desconcertado por mi interpelación.

In quam rem ueterum physicorum aliorumque magnorum philosophorum implorabat fidem ipsos etiam Academicos oppugnans, qui se ueri simile contenderent sequi, cum ipsum uerum se ignorare faterentur, multaue argumenta collegerat, quibus nunc supersedendum arbitror, nihil tamen magis defendebat quam percipere posse sapientem. Hanc puto inter Academicos nouos ac ueteres controuersiam fuisse. Quae si secus se habet, ut Licentium plenissime informes pro utroque postulauerim. Si uero ita est, ut dicere potui, susceptam disputationem peragite.

[2.7.16] Tum ego: Quamdiu, inquam, Licenti, in isto nostro longiore quam putabam sermone conquiescis? audisti, qui sint Academici tui? —At ille uerecunde adridens et aliquantum hac compellatione turbator:

—Siento, dijo, haber afirmado con tanta insistencia contra Trigeccio, que la felicidad consiste en la búsqueda de la verdad. En realidad este problema me desconcierta de tal modo, que casi me siento un desgraciado, mientras que a vosotros, si tenéis un poco de humanidad, os debo parecer digno de compasión. Pero, ¿por qué me estoy atormentando tan neciamente?, o ¿por qué tengo tanto miedo cuando me apoyo en causa tan noble? No me dejaré convencer si no es por la verdad.

—Le dije, ¿te agradan entonces los nuevos académicos?

—Muchísimo, respondió él.

—¿Luego te parece que dicen la verdad?

Cuando estaba a punto de decir sí, una sonrisa de Alipio le hizo ser más prudente y permaneció dudoso unos instantes. Y después continuó:

—Repite la pregunta.

—¿Te parece, le repetí, que los académicos dicen la verdad?

Y después de unos momentos de silencio, dijo:

—Si existe la verdad, no lo sé; pero es probable. Y no veo más que hasta donde la vista alcanza.

—¿Sabes, le dije, que ellos a lo probable le dan también el nombre de *verosímil*?

—Así parece, respondió él.

Paenitet me, inquit, tantopere adfirmasse contra Trygetium beatam uitam in ueritatis inquisitione consistere. Nam me ista quaestio ita perturbat, ut uix non miser sim, qui certe uobis, si quid humanitatis geritis, uideor miserandus; sed quid me ipse ineptus crucio? aut quid exhorreo tanta causae bonitate subnixus? Prorsus non cedam nisi ueritati. —Placentne, inquam, tibi noui Academici? —Plurimum, inquit. —Ergo uerum tibi uidentur dicere? —Tum ille cum iam esset assensusus arrisione Alypii cautior factus haesit aliquantum et deinde Repete, inquit, rogatiunculam. —Verumne, inquam, tibi uidentur Academici dicere? —Et rursus cum diu tacuisset: Utrum, ait, uerum sit, nescio; probabile est tamen. Neque enim plus uideo quod sequar. —Probabile, inquam, scisne ab ipsis etiam ueri simile nominari? —Ita, inquit, uidetur. —Ergo, inquam, ueri similis

—Luego la doctrina de los académicos es verosímil.

—Así es, afirmó él.

—Entonces le dije: Te ruego que prestes mucha atención. Si uno, al ver a tu hermano, dice que se parece a tu padre a quien no conoce, ¿no te parecerá un necio o un insensato?

Tras permanecer algún tiempo en silencio, respondió:

—No me parece absurdo.

17. Comenzaba a responderle, cuando me interrumpió diciendo:

—Espera un momento, por favor.

Y, sonriendo un poco, añadió:

—Dime, te lo ruego, ¿estás ya seguro de tu victoria?

—Admitamos, le respondí, que estoy seguro; no por eso debes abandonar la parte que sostienes, porque nuestra discusión ha sido organizada especialmente para tu ejercicio y eliminar tu inclinación a la controversia.

—Pero, ¿no he leído, dijo, los académicos, o no soy tan erudito en las disciplinas con las que tú, buen conocedor, me atacas?

—Ni siquiera, le respondí, aquellos que por primera vez defendieron esta opinión habían leído a los académicos. Y si te falta erudición y cultura, tu inteligencia no sea tan incapaz que, sin haberte

est Academicorum sententia. —Ita, inquit. —Quaeso attende, inquam, diligentius. si quisquam fratrem tuum uisum patris tui similem esse affirmet ipsumque tuum patrem non nouerit, nonne tibi insanus aut ineptus uidebitur? —Et hic diu tacuit; tum ait: Non mihi hoc uidetur absurdum.

[2.7.17] Cui ego cum respondere coepissem: Expecta, inquit, quaeso paululum. Ac post arridens: Dic mihi, ait, oro te, iamne certus es de uictoria tua? —Tum ego: Fac me, inquam, certum esse; non ideo tamen tu causam tuam debes deserere, praesertim cum haec inter nos disputatio suscepta sit exercendi tui causa et ad elimandum animum prouocandi. —Numquidnam, inquit, aut Academicos legi aut tot disciplinis eruditus sum, quibus tu ad me instructus aduentas? —Academicos, inquam, nec illi legerant, a quibus primo sententia ista defensa est. Eruditio autem disciplinarumque copia si te deficit, non usque adeo tamen ingenium

atacado, sucumbas sin oponer resistencia a mis pocas preguntas y palabras. Comienzo a temer que, antes de lo que deseo, te vaya a sustituir Alipio, y ante un adversario así no andaré tan seguro.

—¡Ojalá!, dijo él, me sea ya vencido, para oíros, más aún, para veros alguna vez a vosotros discutiendo; será para mí el espectáculo más bello que se me pueda ofrecer. Y puesto que habéis decidido conservar este discurso antes que dejarlo perderse, y recoger por escrito las palabras que brotan de vuestros labios para que, como se dice, no dejéis caer nada en tierra. De esta manera podremos nosotros leerlos. En realidad no sé por qué motivo, pero cuando estamos ante las personas que disputan, el debate penetra en nuestro espíritu, si no con mayor provecho, ciertamente sí con más agrado.

18. —Te lo agradecemos, le respondí; pero esa imprevista efusión de alegría te ha llevado, sin pensarlo, a decir que no se te puede brindar espectáculo alguno más bello. ¿Y qué sería si vieras a tu padre indagar la verdad y discutir todo esto con nosotros, él que como ninguno, tras una prolongada sed, tratará apasionadamente de apagarla en la Filosofía? Pensaría que soy el más afortunado del mundo. Pero de ti, ¿qué pensar y decir?

tuum esse debet inualidum, ut nullo facto impetu paucissimus uerbis meis rogationibusque succumbas. Illud enim iam uereri coepi, ne tibi citius quam uolo succedat Alypius, quo aduersario non ita securus deambulabo. —Ergo utinam, inquit ille, iam uincar, ut aliquando uos audiam disserentes et, quod plus est, uideam, quo mihi spectaculo nihil potest felicius exhiberi. Nam quoniam placuit uobis ista fundere potius quam effundere, si quidem ore prorumpentia stilo excipitis nec in terram, ut dicitur, cadere sinitis, legere etiam uos licebit, sed nescio quo modo, cum admouentur oculis idem ipsi, quos inter sermo caeditur, bona disputatio si non utilius, at certe laetius perfundit animum.

[2.7.18] *Gratum habemus, inquam; sed repentina ista gaudia tua temere illam sententiam euadere coegerunt, qua dixisti nullum tibi spectaculum exhiberi posse felicius. Quid, si enim patrem illum tuum, quo profecto nemo philosophiam est post tam longam sitim haustus ardentius, nobiscum ista quaerentem ac disserentem uidebis, cum ego me fortunatiorem numquam putabo, quid te tandem sentire ac dicere*

En este momento se le saltaron a Licencio algunas lágrimas; y, cuando pudo hablar, con las manos extendidas y mirando al cielo, dijo:

—¿Y cuándo, Dios mío, veré esto? Pero todo se puede esperar de ti.

En este momento todos nos echamos a llorar, despreocupándonos de la discusión. Procurando sobreponerme, sin apenas poder concentrarme, le dije:

—¡Ea, ánimo! Recupera tus fuerzas, porque te he advertido hace tiempo que, como futuro defensor de la Academia, te prepares cuanto puedas. No creo que «el temblor se apodere de los miembros del cuerpo antes de que suene la trompeta» (Virgilio, *Aeneid.* XI,424), o que con el ansia del ver combatir a otros, desees contarte tan pronto prisionero.

Entonces Trigeccio, al ver nuestros rostros serenos, dijo:

—¿Por qué este hombre tan honesto no habría de desear que Dios le pudiera conceder un favor antes de habérselo pedido? Créeme, Licencio, y ya que no encuentras qué responder y deseas ser vencido, me pareces *hombre de poca fe*.

Nos reímos todos. Y le respondió Licencio:

—Habla ahora, hombre feliz, no porque poseas la verdad sino ciertamente porque no la buscas.

conuenit? —Hic uero ille aliquantum lacrimauit et, ubi loqui potuit, porrecta manu caelum suspiciens: Et quando ego, inquit, deus, hoc uidebo? sed nihil est de te desperandum. —Hic cum paene omnes ab intentione disputationis remitti in lacrimas coepissemus, oblutans mecum et uix me colligans: Age potius, inquam, et in uires tuas redi, quas ut congereres undeunde posses patronus Academiae futurus, longe ante monueram, non opinor ideo, ut modo «ante tubam tremor occupet artus» aut ut uisendae alienae pugnae desiderio tam cito te optes esse captiuum. —Hic Trygetius, ubi satis attendit iam uultus nostros serenatos: Quidni iste optet, inquit, homo tam sanctus, ut hoc ei deus ante uota concesserit? Crede iam, Licenti; nam qui non inuenis quid respondeas, et adhuc ut uincere optas, paruae fidei mihi uideris. —Arrisimus. —Tum Licentius: Loquere beatus, inquit, non inueniendo uerum, sed certe non quaerendo.

19. Habiéndonos contagiado la alegría de nuestros jóvenes, dije:

—Presta atención a mi ruego y reemprende el camino, si puedes, con más decisión y energía.

—Estoy atento, respondió, en cuanto me es posible. Pues bien, y si el hombre que ha visto a mi hermano sabe, por haberlo oído decir a la gente, que se parecía a mi padre, y se lo cree, ¿se le puede considerar un insensato o un necio?

—¿Se le puede, pregunté, llamar al menos ignorante?

—No, por cierto, a no ser que presuma que lo sabe. Pero si admite como probable lo que la voz pública ha difundido con frecuencia de él, no se le puede acusar de temeridad.

Entonces, proseguí:

—Detengámonos a examinar, por unos momentos, esta cuestión y pongámosla ante nuestros ojos. Suponte, pues, que ese hombre, cualquiera que sea, de quien estamos hablado, se halla aquí presente. Tu hermano viene de alguna parte, y ese hombre pregunta:

—¿De quién es hijo éste muchacho?

Y se le responde:

—De un tal Romaniano.

Y al instante contesta:

—¿Cómo se parece a su padre! ¡Y qué cierto es lo que he oído decir a la gente!

En este momento tú o alguno otro dice:

[2.7.19] Qua hilaritate adulescentulorum cum essemus laetiores: Attende, inquam, rogationem et in uiam firmior et ualentior redi, si potes. —En adsum, inquit, quantum possum. Quid enim, si ille fratris mei uisor fama compertum habeat eum esse similem patris, potest insanus aut ineptus esse, si credit? —Stultusne, inquam, saltem dici potest? —Non continuo inquit, nisi se id scire contenderit. Nam si ut probabile sequitur quod crebra fama iactauit, nullius temeritatis argui potest. —Tum ego: Rem ipsam paulisper consideremus et quasi ante oculos constituamus. Ecce fac illum nescio quem hominem, quem describimus, esse praesentem; aduenit alicunde frater tuus. Ibi iste: cuius hic puer filius? Respondetur: cuiusdam Romaniani. At hic: quam patris similis est! quam non temere hoc ad me fama detulerat! Hic tu uel quis alius: nosti enim

—¿Luego conociste, buen hombre, a Romaniano?

—No lo he conocido, responde; sin embargo, me parece que su hijo se le asemeja mucho.

—Al oír esto, ¿podría alguien contener la risa?

—Respondió Licencio, de ninguna manera.

—Luego ya ves lo que se deduce de todo esto, añadí.

—Claro que lo veo y desde hace tiempo. No obstante, quiero escuchar de ti mismo tal conclusión, puesto que es necesario que comiences a suministrar alimento al que has hecho prisionero.

—¿Y por qué no concluir?, dije yo. La realidad misma pone igualmente de manifiesto que son objeto de risa tus académicos, al afirmar contentarse en la vida con lo verosímil, ignorando lo que es la verdad.

Capítulo VIII SOFISMAS DE LOS ACADÉMICOS

20. Trigeccio tomó entonces la palabra y dijo:

—La prudencia de los académicos me parece muy distinta de la necedad de aquel hombre que nos has descrito. Porque ellos mediante razonamientos encuentran lo que llaman verosímil. El necio, en cambio, ha prestado oído al rumor de la gente, cuya autoridad es del todo despreciable.

Romanianum, bone homo? Non noui, inquit; tamen similis eius mihi uidetur. Poteritne quisquam risum tenere? —Nullo modo, inquit. —Ergo, inquam, quid sequatur uides. —Iam dudum, inquit, uideo. Sed tamen ipsam conclusionem abs te audire uolo; oportet enim alere incipias quem cepisti. —Quidni, inquam, concludam? Ipsa res clamat similiter ridendos esse Academicos tuos, qui se in uita ueri similitudinem sequi dicunt, cum ipsum uerum quid sit ignorent.

[2.8.20] Tum Trygetius: Longe mihi, inquit, uidetur dissimilis Academicorum cautio ab huius quem descripsisti ineptia. Illi enim rationibus assequuntur quod dicunt esse ueri simile, iste autem ineptus famam secutus est, cuius auctoritate nihil est uilius. —Quasi uero,

—Como si no fuera, repliqué, más necio si dijese: Realmente no he conocido a su padre, ni por lo que dice la gente he sabido que se le parece, y, con todo, creo que se le asemeja.

—Ciertamente sería más necio, dijo, pero ¿a qué conduce esto?

—Pues a poner de manifiesto, respondí, que ellos son tan tontos que dicen: «No conocemos la verdad, pero este objeto que vemos es semejante a aquel que no conocemos».

Entonces le objetó Trigecio:

—Pero ellos usan el término *probable*.

A lo que repliqué:

—¿Cómo dices eso? ¿Niegas acaso que ellos hablen de lo que es verosímil?

Trigecio contestó:

—Lo he dicho con el fin de eliminar aquella semejanza. Pues me parece que «lo que se dice por la gente» ha sido introducido injustificadamente en vuestra discusión, porque los académicos no sólo no se fían de lo que ven nuestros ojos, ni de los mil ojos monstruosos de la fama, como imaginan los poetas. Pero, en definitiva, ¿qué defensor soy yo de la Academia? ¿O envidiáis acaso mi seguridad en esta discusión? Ahí tienes a Alipio, cuya llegada nos proporcione, ojalá, unas pequeñas vacaciones, pues sospechamos que hace tiempo tú justamente le temes.

inquam, non esset ineptior, si diceret: patrem quidem eius minime noui nec fama comperi, quam sit similis patris, et mihi tamen similis uidetur. —Ineptior certe inquit. Sed quorsum ista? —Quia tales, inquam, sunt qui dicunt: uerum quidem non nouimus, sed hoc quod uidemus eius quod non nouimus simile est. —Probabile, inquit, illi dicunt. —Cui ego: Quomodo istuc dicitis? an negas eos ueri simile dicere? —Et ille: Ego, inquit, ob hoc dicere uolui, ut illam similitudinem excluderem. Videbatur enim mihi fama inprobe intruisse in quaestionem uestram, cum Academici ne oculis quidem credant humanis, nedum famae mille quidem, ut poetae fingunt, sed monstrosis tamen luminibus. Nam quis ego tandem sum Academiae defensor? an in quaestione ista inuidetis securitati meae? En habes Alypium, cuius aduentus nobis quaeso ferias dederit, quem te iam dudum non frustra formidare arbitramur.

21. Habiéndose hecho silencio, los dos al mismo tiempo volvieron su mirada a Alipio.

—Yo desearía, les dijo, en la medida que me lo permitan mis fuerzas, apoyar de alguna manera vuestra causa, si no me infundiera miedo vuestra suerte. Pero podré alejar con facilidad tal temor, si la esperanza no me falla. Y, al mismo tiempo, me consuela que el actual adversario de los académicos haya tenido que soportar casi el peso de un Trigeoio rendido, y que ahora es probable, por vuestra misma confesión, que resulte vencedor. Lo que en gran medida temo es no poder evitar la acusación de haber abandonado mi oficio así como la presunción de haber ocupado la función de otro. Pienso, por tanto, que no habréis olvidado que se me ha confiado el cargo de juez.

Aquí intervino Trigeoio:

—Una cosa es aquello y otra diferente esto. Te rogamos que aceptes prescindir de ello alguna vez.

—No me opondré, respondió Alipio. No sea que, mientras deseo evitar el reproche de presunción o negligencia, caiga en las redes de la soberbia, que es el peor de los vicios, si es que quiero mantener el honor que me habéis otorgado más tiempo del concedido.

[2.8.21] Tum factio silentio oculos ambo in Alypium contulerunt. Tum ille: Vellem quidem, inquit, ut meae vires patiuntur, auxiliari aliquatenus partibus uestris, nisi mihi omen uestrum terrori esset. Sed hanc formidinem, ni me spes fefellerit, facile fugem. Simul enim solatur me, quod praesens Academicorum oppugnator onus Trygetii uicti paene subierit, et nunc eum uictorem uestra confessione probabile est. Illud magis ueeor, ne et deserti officii negligentiam et inuasi inpudentiam deuitare non possim. Non enim uos oblitos credo iudicis mihi munus fuisse delatum. —Hic Trygetius: Illud, inquit, aliud, hoc autem aliud est; quare quaesumus, ut te aliquando patiari priuatum. —Ne renuerim, ait, ne, cum inpudentiam uel negligentiam uitare cupio, in superbiae, quo uitio nihil est inmanius, laqueos incidam, si honorem mihi a uobis concessum diutius quam permittitis teneam.

Capítulo IX
LA VERDAD, EL MÁS IMPORTANTE
DE LOS PROBLEMAS

22. Por consiguiente, quiero que me digas, ¡oh distinguido acusador de los académicos!, cuál es tu función, es decir, a quiénes quieres defender cuando les atacas. Porque temo que, rebatiendo a los académicos, intentes mostrar que eres un académico.

—Tú, según pienso, sabes muy bien, le respondí, que existen dos clases de acusadores. Si con ligereza se ha dicho de Cicerón que acusaba a Verres para de este modo defender a los Sicilianos, de ello no se sigue necesariamente que quien acusa a alguno, tenga que defender a otro.

—¿Tienes, replicó Alipio, al menos base alguna sobre la que fundamentar tu tesis?

—Responder a tu pregunta, dijo él, resulta fácil, especialmente para mí, porque no me coge de sorpresa. Todo este problema lo tengo tratado a fondo conmigo mismo y le he dado vueltas largo tiempo en mi interior. Por lo cual, Alipio, escucha eso que, como creo, para ti es bien conocido: no pretendo mantener esta discusión por el simple antojo de discutir. Baste ya cuanto, a modo de introducción, hemos

[2.9.22] Proinde uelim mihi exponas, bone accusator Academicorum, officium tuum, id est, in quorum defensione hos oppugnes. Metuo enim, ne Academicos refellens Academicum te probare uelis. —Accusatorum, inquam, ut opinor, duo genera esse bene nosti. Non enim si a Cicerone modestissime dictum est ita eum esse Verris accusatorem, ut Siculorum defensor esset, propterea necesse est eum, qui aliquem accuset, habere alterum, quem defendat. —Et ille: saltem habesne tu quidquam, in quo sententia tua iam fundata constiterit? —Facile est, inquam, huic rogationi respondere mihi praesertim, cui repentina non est; iam hoc totum mecum egi et diu multumque uersaui animo. Quam ob rem audi, Alypi, quod, ut arbitror, iam optime scis: non ego istam disputationem disputandi gratia susceptam uolo. Satis sit quod cum istis adolescentibus prolusimus, ubi

expuesto con estos jóvenes, donde la Filosofía se ha chanceado casi a placer con nosotros. ¡Lejos de nosotros los cuentos infantiles! Se trata aquí de nuestra vida, de las costumbres, de nuestra alma, que trata de superar todos los obstáculos del mundo de la apariencia, y de triunfar de los placeres para regresar de nuevo, por así decir, a su patria de origen una vez abrazada la verdad y, con la templanza como esposa, reinar, con la seguridad de volver al cielo. ¿Comprendes lo que quiero decirte? Dejemos, pues, a un lado todo esto ya: *Se deben fabricar armas para un valiente guerrero* (Virgilio, *Aeneid.* VIII,441). Nada he deseado jamás menos que el ver, entre los que tanto tiempo han convivido juntos y se han relacionado frecuentemente, surgir entre ellos algún tema del que pueda brotar un nuevo conflicto.

Pero, por causa de la memoria, infiel guardiana del pensamiento, he querido que, lo que tantas veces hemos discutido entre nosotros, fuera transcrito, para que a estos jóvenes les sirva como medio de aprender a reflexionar sobre estos problemas y, al mismo tiempo, adiestrarse para el ataque y la defensa.

23. ¿No sabes, pues, que no he admitido hasta ahora ninguna cosa por cierta, y que me impiden buscarla los argumentos y disputas de

libenter nobiscum philosophia quasi iocata est. Quare auferantur de manibus nostris fabellae pueriles. De uita nostra de moribus de animo res agitur, qui se superaturum inimicitias omnium fallaciarum et ueritate comprehensa quasi in regionem suae originis rediens triumphaturum de libidinibus atque ita temperantia uelut coniuge accepta regnaturum esse praesumit securior rediturus in caelum. Vides quid dicam. Tollamus iam cuncta ista de medio «arma acri facienda uiro» nec quicquam minus semper optaui quam inter eos, qui secum multum uixerunt multumque sermocinati sunt, oriri aliquid unde nouus quasi conflictus exurgat. Sed propter memoriam, quae infida custos est excogitatorum, referri in litteras uolui, quod inter nos saepe pertractauimus, simul ut isti adulescentes et in haec attendere discerent et aggredi ac subire temptarent.

[2.9.23] Tunc ergo nescis nihil me certum adhuc habere quod sentiam, sed ab eo quaerendo Academicorum argumentis atque disputationibus

los académicos? Pues (para emplear su misma terminología) no sé cómo han podido meter en mi espíritu como cosa *probable* que el hombre no puede encontrar la verdad. Eso me volvió indolente y perezoso, sin atreverme a buscar aquello que no les fue dado descubrir a varones más doctos y agudos. Es decir, que no me atrevo a indagar nada ni defender doctrina alguna hasta que no esté plenamente convencido de que es posible descubrir la verdad, como lo están los académicos de lo contrario.

Por tanto, retira tu pregunta, por favor, y discutamos entre los dos con la mayor agudeza sobre la posibilidad de hallar la verdad. Por mi parte, creo tener muchas razones para oponerme a la tesis de los académicos. Toda la diferencia que de momento existe entre ellos y yo se reduce a esto: ellos consideran como probable la imposibilidad de encontrar la verdad, en cambio, para mí es probable la posibilidad de encontrarla. Pues el desconocimiento de la verdad o bien, en caso de que ellos finjan, es algo que responde a una situación particular mía, o bien ciertamente es algo común a mí y a ellos.

impediri? Nescio quo enim modo fecerunt in animo quandam probabilitatem —ut ab eorum uerbo nondum recedam— quod homo uerum inuenire non possit, unde piger et prorsus segnus effectus eram nec quaerere audebam, quod acutissimis ac doctissimis uiris inuenire non licuit. Nisi ergo prius tam mihi persuasero uerum posse inueniri, quam sibi illi non posse persuaserunt, non audebo quaerere nec habeo aliquid, quod defendam. Itaque istam interrogationem remoue, si placet; potius discutiamus inter nos, quam sagaciter possumus, utrumnam possit uerum inueniri. Et pro parte mea uideor mihi habere iam multa, quibus contra rationem Academicorum niti molior; inter quos et me modo interim nihil distat, nisi quod illis probabile uisum est non posse inueniri ueritatem, mihi autem inueniri posse probabile est. Nam ignoratio ueri aut mihi, si illi fingebant, peculiaris est aut certe utrisque communis.

Capítulo X

LA CONTROVERSIAS CON LOS ACADÉMICOS NO ES
UNA CUESTIÓN DE PALABRAS SINO DE REALIDAD

24. Entonces dijo Alipio:

—Ahora caminaré seguro, porque estoy viendo que tú vas a ser más bien un defensor que un acusador. Así pues, para no alejarnos del tema, veamos en primer lugar, te lo ruego, que al examinar esta cuestión, en que parece que yo he sustituido a los que han cedido ante ti, no degenera en una pura controversia verbal, como hemos reconocido con frecuencia, por sugerencia tuya, invocando la autoridad de T. Cicerón, lo cual sería un hecho vergonzoso.

Como dijese, entonces, Licencio, si no me falla la memoria, que le parecía bien la opinión de los académicos acerca de la probabilidad, tú le preguntaste enseguida, y lo confirmó sin titubear, si sabía que éstos llamaban a la probabilidad también *verosimilitud*. Lo sé muy bien, ya que de ti he aprendido, y no de ninguno otro, cuáles son las opiniones de los académicos. Si, pues, como dije, éstas se hallan fuertemente grabadas en tu espíritu, no entiendo por qué te atienes a las simples palabras.

—Créeme, le respondí, no se trata de una cuestión verbal, sino de un importante debate sobre la misma realidad. No creo, en verdad,

[2.10.24] Tum Alypius: Iam, inquit, securus incedam; uideo enim te non tam accusatorem quam adiutorem fore. Itaque ne longius abeamus, uideamus quaeso prius, ne per hanc quaestionem, in qua successisse uideor his, qui tibi cesserunt, in uerbi controuersiam decidamus, quod te ipso insinuante et auctoritate illa Tulliana turpissimum esse saepe confessi sumus. Cum enim, ni fallor, Licentius placuisse sibi diceret de probabilitate Academicorum sententiam, subiecisti, quod ille haud dubie confirmauit, sciretne hanc ab eisdem etiam ueri similitudinem nominari. Et bene noui, si quidem ex te mihi nota sunt, non absque te esse Academicorum placita. Quae cum, ut dixi, animo tuo infixae sint, quid uerba secteris ignoro. —Non est ista, inquam, mihi crede, uerborum, sed rerum ipsarum magna controuersia; non enim eos illos uiros fuisse

que los académicos fuesen hombres incapaces de atribuir a las cosas su respectivo nombre, sino que ellos, según me parece, han escogido tales términos para ocultar su pensamiento a los espíritus menos capaces y manifestarla a los más despiertos.

El porqué y el cómo me parece a mí esto así, lo expondré una vez aclarado, en primer lugar, lo que se supone han dicho los académicos, como adversarios del conocimiento humano.

No obstante me siento gratamente satisfecho de que nuestra conversación hoy haya llegado hasta el punto de poder conocer suficientemente y con claridad lo que buscábamos. Los académicos me han parecido siempre unos varones muy reflexivos y prudentes. Y si hay algo que discutamos de momento, será contra aquellos que imaginaron a los académicos como enemigos del conocimiento cierto de la verdad.

Y no pienses que me da miedo, ya que yo tomaría gustosamente las armas contra ellos mismos, si han defendido de buen grado la doctrina que leemos contenida en sus libros, y no con la intención de ocultar su verdadera doctrina, y no revelar imprudentemente ciertos aspectos sagrados de la verdad a las mentes corrompidas y profanas.

Esto lo haría yo hoy mismo si la puesta del sol no nos obligara a regresar a casa. Aquel día se disputó hasta este punto.

arbitror, qui rebus nescirent nomina imponere, sed mihi haec uocabula uidentur elegisse et ad occultandam tardioribus et ad significandum uigilantioribus sententiam suam. Quod quare et quomodo mihi uideatur exponam, cum prius illa discussero, quae ab eis tamquam cognitionis humanae inimicis dicta homines putant. Itaque perlibenter habeo huc usque hodie nostrum processisse sermonem, ut satis quid inter nos quaereretur aperteque constaret. Nam illi mihi uidentur graues omnino ac prudentes uiri fuisse. Si quid est autem, quod nunc disputabimus, aduersus eos erit, qui Academicos inuentioni ueritatis fuisse crediderunt. Et ne me teritum putes, etiam contra eos ipsos non inuitus armabor, si non occultandae sententiae suae causa ne ab eis temere pollutis mentibus et quasi profanis quaedam ueritatis sacra proderentur, sed ex animo illa, quae in eorum libris legimus, defenderunt. Quod hodie facerem, nisi nos solis occasus iam domum redire compelleret. —Hactenus illo die disputatum est.

Capítulo XI
SOBRE LA PROBABILIDAD

25. Al día siguiente lució también un sol suave y apacible. Pero apenas pudimos ocuparnos en las faenas domésticas, ya que una gran parte del tiempo la dedicamos a la correspondencia epistolar. Quedándonos tan sólo unas dos horas, nos fuimos a la pradera. Invitaba a ello la gran serenidad que reinaba en el cielo. Y decidimos aprovechar lo mejor posible el tiempo que nos quedaba de la jornada.

Llegados junto al árbol en que acostumbrábamos a reunirnos, y una vez estábamos ya acomodados, les dije:

—Puesto que hoy no vamos a discutir ningún problema de importancia, desearía que vosotros, jóvenes, me recordaseis cómo respondió ayer Alipio a la pequeña cuestión que os tenía preocupados.

—Fue tan breve la respuesta, dijo Licencio, que no resulta difícil recordarla. De su poca importancia a ti te corresponde valorarla. Pues, según creo, te mandó no hacer problema sobre las palabras cuando la realidad concreta resulta clara.

—¿Sois plenamente conscientes, dije yo, del significado y de la importancia que eso tiene?

[2.11.25] *Postridie autem, quamuis non minus blandus tranquillisque dies inluxisset, uix tamen domesticis negotiis euoluti sumus. Nam magnam eius partem in epistolarum maxime scriptione consumpseramus et, cum iam duae horae uix reliquae forent, ad pratum processimus. Nam inuitabat caeli nimia serenitas placuitque, ut ne ipsum quidem quod restiterat tempus perire pateremur. Itaque cum ad arborem solitam uentum esset et mansissemus loco: Velim uos, inquam, adulescentuli, quoniam non est hodie magna res aggredienda, in memoriam mihi reuocetis, quomodo hesterno die rogatiunculae, quae uos turbauit, Alypius responderit. —Hic Licentius: Tam breue est, inquit, ut nihil negotii sit hoc recordari; quam leue sit autem, tu uideris. Nam, ut opinor, uetuit te res cum constaret, de uerbis mouere quaestionem. —Et ego: Hoc ipsum, inquam, quid sit quamue habeat uim, satis animaduertistis?*

—A mí me parece, respondió Licencio, que comprendo lo que significa, pero te ruego nos lo aclares un poco más. Pues te he oído decir muchas veces que, para los que disputan, es inútil detenerse en lo verbal cuando se está de acuerdo sobre lo real de la cuestión. Pero esto es demasiado serio como para que se me pueda pedir una explicación.

26. —Por consiguiente, les dije, oíd de qué se trata. Los académicos denominan *probable* o *verosímil* aquello que puede movernos a obrar sin nuestro asentimiento. Digo *sin asentimiento*, cuando juzgamos que no es verdadero lo que hacemos o ignoremos que es verdad y, no obstante, obramos. Por ejemplo, si la noche anterior, estando tan serena y tan clara, alguien nos hubiera preguntado si hoy iba a salir el sol tan radiante, creo hubiéramos respondido: No lo sabemos, pero es probable que sí.

«Tales me parecen, dice el académico, todas las cosas que he considerado oportuno denominar probables o verosímiles. Si tú prefieres darles otro nombre, no me opongo. Me basta con que tú hayas comprendido bien lo que he intentado expresar, es decir, a qué clase de cosas doy este nombre. Pues no es propio del sabio el acuñar palabras nuevas, sino indagar la verdad de las cosas» (Cicerón, Varrón, frag. 33).

—Videor, inquit, mihi uidere quid sit; sed quaeso tu id paulisper exponas. Nam saepe abs te audiui turpe esse disputantibus in uerborum quaestione inmorari, cum certamen nullum de rebus remanserit. Sed hoc subtilius est, quam ut explicandum a me debeat flagitari.

[2.11.26] Audite ergo, inquam, quid sit, uos. Id probabile uel ueri simile Academicum uocant, quod nos ad agendum sine adsensione potest inuitare. Sine adsensione autem dico, ut id quod agimus non opinemur uerum esse aut non id scire arbitremur, agamus tamen: ut uerbi causa, utrum hesternae nocte tam liquida ac pura hodie tam laetus sol exorturus esset, si nos quispiam rogaret, credo, quod nos id scire negaremus, diceremus tamen ita uideri. «Talia» inquit Academicus «mihi uidentur omnia, quae probabilia uel ueri similia putauimus nominanda; quae tu si alio nomine uis uocare, nihil repugno. Satis enim mihi est te iam bene accepisse, quid dicam, id est quibus rebus haec nomina imponam. Non enim uocabulorum opificem, sed rerum inquisitorem decet esse sapientem».

¿Habéis comprendido suficientemente cómo los medios didácticos con los que trataba de haceros reflexionar han desaparecido de mis manos?

Los dos respondieron que lo habían entendido, y con la expresión de su mismo rostro esperaban mi respuesta.

—¿Creéis acaso, les dije, que Cicerón, de quien son las palabras citadas, fue tan desconocedor de la lengua latina que ponía a las cosas que él pensaba nombres impropios para designarlas?

Capítulo XII INSISTENCIA SOBRE EL MISMO TEMA

27. Entonces dijo Trigeccio:

—Puesto que la cuestión está clara no intentemos suscitar enfrentamientos a propósito de las palabras. Piensa, sobre todo, ahora, lo que has de responder al que a nosotros nos ha defendido contra quienes tú, de nuevo, intentas enfrentarte.

—Espera, por favor, un momento, interrumpió Licencio, pues no sé qué iluminación me está viniendo a la mente con la que veo que una demostración tan importante no debiste dejarla arrebatar con tanta facilidad.

Y luego, tras algunos momentos de silencio y en profunda reflexión, continuó:

Satisne intellexistis, quomodo mihi ludicra illa, quibus uos agitabam, de manibus excussa sint? —Hic cum ambo se intellexisse respondissent uultuque ipso responsionem postularent meam: Quid putatis, inquam Ciceronem, cuius haec uerba sunt, inopem fuisse latinae linguae, ut minus apta rebus, quas sentiebat, nomina imponeret.

[2.12.27] *Tum Trygetius: Iam, inquit, placet nobis, cum res nota sit, de uerbis nullas calumnias commouere. Quare uide potius, quid huic respondeas, qui nos liberauit, in quos tu impulsus temptas iterum inruere. —Et Licentius: Mane, ait quaeso; nam mihi subluceat nescio quid, quod uideam non tibi tam facile tantum argumentum eripi debuisse. Et cum defixus in cogitatione siluisset aliquantum: Rogo, inquit, nihil esse*

—Os aseguro que nada me parece más absurdo que decir que aquel que ignora qué es la verdad elija lo que es semejante a la verdad. Tu comparación no me preocupa. Porque cuando se me preguntó si, dado el estado actual de la atmósfera, va a llover al día siguiente, yo puedo muy bien responder que es verosímil, porque no niego tener un cierto conocimiento de la verdad. Yo sé, realmente, que este árbol no puede ahora mismo hacerse de plata, y sostengo, sin temeridad, que conozco otras muchas cosas verdaderas, y otras de las que veo semejantes a éstas las llamo *verosímiles*.

Y tú, Carnéades, o cualquiera otra peste griega, por no mencionar a los nuestros (¿por qué deberé dudar pasarme al bando de quien soy prisionero y le pertenezco por derecho de victoria?), cómo puedes afirmar que no sabes ninguna verdad y abrazarla como verosímil? Discúlpame si no he podido encontrar otro nombre. ¿Cómo, pues, discutir con un hombre que ni siquiera puede hablar?

28. A los tráfugas, dijo Alipio, no les tengo miedo, ¿cuánto menos a ese tal Carnéades contra quien, llevado por no sé qué juvenil o infantil ligereza, pensaste tú que se debían arrojar injurias más bien que verdaderos argumentos? Para corroborar su opinión,

uidetur absurdius quam dicere se ueri simile sequi eum, qui uerum quid sit ignoret; nec illa me tua similitudo conturbat. Nam recte ego interrogatus, utrum ex ista temperie caeli nulla in crastinum pluuia cogatur, respondeo esse ueri simile, qui me non nego nosse aliquid ueri. Nam scio arborem istam modo argenteam fieri non posse multaque talia uere non inpuenter me scire dico, quorum uideo esse similia ea, quae ueri similia nomino. Tu uero, Carneades, uel quae alia Graeca pestis, ut nostris parcam —quid enim dubitem in hanc partem transire ad eum, cui captiuus debeor iure uictoriae?— tu ergo, cum te nihil ueri scire dicas, unde hoc ueri simile sequeris? At enim non ei potui aliud nomen imponere. Quid ergo nobis disputandum est cum eo, qui nec loqui potest.

[2.12.28] Non ego, inquit Alypius, perfugas metuam; quanto minus ille Carneades, in quem nescio utrum iuuenali an puerili leuitate commotus maledicta potius quam aliquod telum putasti esse iaciendum. Nam illi quidem ad roborandam sententiam suam, quae semper tenuis

siempre fundamentada sobre lo probable, y para refutarte, le fue realmente fácil decir que nosotros nos encontramos tan lejos de descubrir la verdad que tú puedes servir para ti mismo de demostración importante. Pues, en realidad, una simple pregunta te ha hecho cambiar de partido tan fácilmente que casi no sabes dónde estás.

Dejemos, pues, para otro momento esta consideración y, también, el conocimiento de la certeza del árbol que tú mismo has confesado, poco antes, tener impreso en tu espíritu.

Y aunque tú te hayas elegido otro partido, conviene, no obstante, que seas instruido cuidadosamente sobre lo que he dicho anteriormente. Pues, según mi opinión, no habíamos aún entrado en el problema relativo a saber si es posible hallar la verdad. Pero yo creí que debía tratar, en la misma introducción de mi defensa, el problema frente al cual te había visto decaído y sin fuerzas, es decir, si no debería llamarse verosímil o probable, o con algún otro nombre, si es posible aquello con lo que los académicos dicen serles suficiente. Pues si tú te tienes ya por un auténtico poseedor de la verdad, de momento poco me importa. Y además, si no eres desagradecido a la ayuda que te he prestado, quizás tú me enseñarás esto mismo.

probabili fundata fuit. hoc interim aduersum te facile suffecerit, ita nos a ueri inuentione procul esse positos, ut tu tibi ipse magno argumento esse possis, qui ita una interrogatiuncula loco motus es, ut ubi tibi standum esset penitus ignorares. sed haec atque scientiam tuam, quam tibi inpressam de hac arbore paulo ante confessus es, in aliud tempus differamus. Quamuis enim iam alias partes delegeris, tamen sedulo docendus es, quid paulo ante dixerim. Nondum, ut opinor, in eam quaestionem, qua utrum inueniri uerum possit quaeritur, progressi fueramus, sed illud tantum in ipso uestibulo defensionis meae praescribendum putauit, in quo te lassum prostratumque prospexeram, hoc est utrum ueri simile an probabile an alio si quo nomine appellari potest, quod sibi Academici sat esse dicant, quaerendum non esse. Nam si tu optimus iam inuentor ueritatis tibi uideris, nihil ad me. Postea si ingratus non fueris huic patrocinio meo, eadem fortasse me docebis.

Capítulo XIII CONCLUSIÓN

29. Al ver que Licencio, avergonzado, comenzaba a temer el ataque de Alipio, intervino yo:

—Tú, Alipio, has preferido hablar de todo menos del modo de disputar nosotros con aquellos que no conocen el arte de la palabra.

—Puesto que ha tiempo ya, contestó él, que tanto yo como todos los demás conocemos que eres un experto en el dominio de la palabra y lo muestras ahora ampliamente con tu misma profesión, desearía que, en primer lugar, nos explicases la utilidad de esta indagación de Licencio que o es superflua, como yo pienso, y especialmente más superfluo es darle una respuesta, o bien si es útil, y no lo puedo yo explicar, te ruego vivamente que no te opongas a ejercer el oficio de maestro.

—Recuerda, le respondí, que te prometí ayer que trataríamos luego el problema de estos diferentes términos. Y el sol me avisa ahora que recoja en las cestas los juegos que había preparado para los muchachos, sobre todo porque los quería mostrar más como objetos de adorno que con el fin de ponerlos a la venta. Ahora, antes

[2.13.29] Hic ego, cum uerecunde Licentius Alypii impetum formidaret: Omnia potius, inquam, Alypi, loqui maluisti quam quem ad modum nobis cum his, qui loqui nesciant, disputandum sit. —Et ille: Quoniam olim cum mihi tum omnibus notum est et nunc tua professione satis indicas te loquendi peritum esse, uelim explices utilitatem primo huius inquisitionis suae, quae aut superflua est, ut opinor, et ei multo magis respondere superfluum est aut, si commoda uisa fuerit et a me explicari nequiuert, precario abs te impetrem, ut magistri officium ne grauere. —Meministi, inquam, heri me esse pollicitum de istis uocabulis post acturum. Et nunc ille sol admonet, ut quae ludicra pueris proposui redigam in cistas praesertim cum ea ornandi iam potius quam uendendi gratia proponam. Nunc antequam stilum nostrum tenebrae occupent,

que las tinieblas, compañeras habituales de los académicos, nos impidan seguir escribiendo, quiero que nosotros dejemos establecida hoy con toda claridad la cuestión a dilucidar mañana de madrugada.

Así pues, respóndeme, por favor: ¿Te parece a ti que los académicos han tenido acerca de la verdad una doctrina bien fundamentada y no han querido manifestarla imprudentemente a los no iniciados o insuficientemente purificados, o bien ellos, en realidad, están de acuerdo con lo que en sus controversias sostienen?

30. Intervino entonces Alipio:

—Yo no afirmaré a la ligera cuál fue su verdadero pensamiento. Porque tú conoces mejor que yo, en la medida que nos está permitido deducir de sus escritos, qué términos suelen ellos usar para exponer su doctrina. Pero si tú me pides mi opinión personal, pienso que aún no han descubierto la verdad.

Y añadido también que, a propósito de lo que me preguntabas acerca de los académicos, yo creo que la verdad no es posible encontrarla. Y esto es así no sólo por una opinión personal mía, como casi siempre tú has constatado en mí, sino también porque lo confirma la autoridad de los más grandes y excelentes filósofos, ante los cuales ya sea nuestra debilidad de espíritu, ya su misma

quae patronae Academicorum solent esse, uolo inter nos hodie plenissime constet, ad quam quaestionem nobis explicandam mane surgendum sit. Itaque responde quaeso, utrum tibi uideantur Academici habuisse certam de ueritate sententiam et eam temere ignotis uel non purgatis animis prodere noluisse, an uero ita senserint, ut eorum se disputationes habent.

[2.13.30] *Tum ille: Quid illis animi fuerit, inquit, non temere confirmabo. Nam quantum ex libris colligi datur, tu melius nosti, quae in uerba sententiam suam promere soleant; me autem de me ipso si consulis, inuentum nondum esse uerum puto. Addo etiam, quod de Academicis flagitabas, nec posse inueniri me putare non solum inolita quam semper fere animaduertisti opinione mea sed etiam auctoritate magnorum excellentiorumque philosophorum, quibus nos praebere colla siue inbecillitas nostra siue sagacitas ipsorum, ultra quam nihil iam inueniri*

sagacidad, difícil, pienso, de poder ser superada, nos fuerza, no sé cómo, a someternos.

—Precisamente esto es lo que yo quería, le dije. Pues me temía que al coincidir ambos en la misma opinión, quedase nuestra discusión interrumpida, no habiendo ningún adversario que nos obligase a proponer la cuestión sobre la mesa, con el fin de que, en lo posible, fuese analizada con sumo cuidado. Tanto es así, que, de haberse dado este caso, yo estaría dispuesto a pedirte que aceptaras la defensa de los académicos, de tal manera que tu interpretación pareciese que ellos no sólo habían disputado, sino que estaban convencidos de la imposibilidad de poder conocer la verdad.

Se trata, por consiguiente, entre nosotros de llegar a saber: si, según sus razonamientos, es probable que nada puede conocerse y que a ninguna cosa se debe prestar asentimiento. Si consigues demostrar esto, te consideraré gustosamente vencedor. Por el contrario, si yo puedo demostrar que es mucho más probable que el sabio puede llegar al conocimiento de la verdad, y que hay cosas a las que no siempre se debe suspender el asentimiento, ninguna razón, pienso yo, te impedirá aceptar mi opinión.

Mi proposición le agradó a Alipio y a todos los presentes.

Regresamos a casa ya bajo las sombras de la noche.

posse credendum est, nescio quo modo compellit. —Hoc est, inquam, quod uolui. Nam uerebar, ne, cum tibi quoque id uideretur quod mihi, disputatio nostra manca remaneret nullo existente, qui ex altera parte rem uenire in manus cogeret, ut diligenter quantum possumus uersaretur. Itaque si id euenisset, paratus eram te rogare, ut Academicorum partes ita susciperes, quasi tibi non solum disputasse sed etiam sensisse uiderentur uerum non posse comprehendi. Quaeritur ergo inter nos, utrum illorum argumentis probabile sit nihil percipi posse ac nulli rei esse assentiendum. Quod si optinueris, cedam libenter; si autem demonstrare potuero multo esse probabilius et posse ad ueritatem peruenire sapientem et ad sensionem non semper esse cohibendam, nihil habebis, ut opinor, cur non te in meam sententiam transire patiaris. —Quod cum illi placuisset et eis qui aderant, iam uespere obumbrati domum reuertimus.

Libro III SABIDURÍA Y FELICIDAD

Capítulo I BÚSQUEDA DE LA VERDAD

1. Después de aquel discurso, contenido en el libro segundo, al día siguiente nos instalamos en las salas de los baños, porque el cielo estaba muy nublado y no apetecía bajar a la pradera. Entonces inicié mi discurso de esta manera:

—Creo que sois suficientemente conscientes del tema sobre el que hemos decidido debatir. Pero antes de exponer el desarrollo de sus partes, os pido que escuchéis con atención algunas aclaraciones sobre la esperanza, la vida y las normas de nuestra conducta, y que no nos alejan de nuestro tema. Creo que nuestra tarea, ni es pequeña ni banal, sino una tarea necesaria e importantísima, cómo buscar la verdad con todo empeño. Sobre esto estamos de acuerdo Alipio y yo. Todos los demás filósofos han creído que aquel a quien ellos tenían por sabio había encontrado la verdad. Y los académicos declaran que su sabio debe buscarla con todas sus fuerzas y poner todo su interés en hallarla. Pero como la verdad se halla

LIBER TERTIUS

[3.1.1] Cum post illum sermonem, quem secundus liber continet, alio die consedissemus in balneis —nam erat tristior, quam ut ad pratum liberet descendere— sic exorsus sum: Arbitror uos iam satis animo aduertisse, qua de re inter nos discutienda quaestio constituta sit. Sed antequam ad partes meas ueniam, quae ad eam pertinent explicandam, pauca quaeso de spe de uita de instituto nostro non ab re abhorrentia libenter audiatis. Negotium nostrum non leue aut superfluum, sed necessarium ac summum esse arbitror, magnopere quaerere ueritatem. Hoc inter me atque Alypium conuenit. Nam et caeteri philosophi sapientem suum eam inuenisse putauerunt et Academici sapienti suo summo conatu inueniendam esse professi sunt idque illum agere sedulo,

oculta o se manifiesta confusamente, el sabio, para orientar su vida, debe atenerse a lo que se le ofrece como probable o verosímil.

Esto quedó ya establecido en vuestro debate de ayer. Pues mientras uno de vosotros afirmaba que es el hallazgo de la verdad lo que hace al hombre feliz, el otro sostenía que sólo se es feliz cuando se la busca con interés. Está claro que para nosotros nada se ha de anteponer a dicha búsqueda. Por esto os pregunto: ¿qué os parece cómo pasamos el día de ayer? Ciertamente se os permitió dedicaros de lleno a vuestros estudios. Pues tú, Trigecio, te deleitabas con los poemas de Virgilio, mientras Licencio se recreaba componiendo versos, cuyo amor a la poesía le entusiasmaba tanto, que sólo pensando en él he querido llevar a cabo este discurso, con el cual la Filosofía (pues ahora es el momento) no sólo ocupe y reclame para sí un lugar mucho más importante que el que ocupa la poética o cualquiera otra disciplina.

Capítulo II LA SABIDURÍA Y LA FORTUNA

2. Pero os ruego, por favor, ¿acaso no os compadecisteis ayer de nosotros? Nos retiramos a descansar con el propósito de levantarnos

sed quoniam uel lateret obruta uel confusa non emineret, ad agendam uitam id eum sequi, quod probabile ac ueri simile occurreret. Id etiam uestra pristina disceptatione confectum est. Nam cum alter inuenta ueritate beatum fieri asseruerit hominem, alter uero tantum diligenter quaesita, nulli nostrum dubium est nihil esse a nobis huic negotio praeponendum. Quam ob rem qualem uobis quaeso hesternum diem uidemur duxisse? Vobis quidem in studiis uestris uiuere licuit. Nam et tu, Trygeti, Vergilii te carminibus oblectasti et Licentius fingendis uersibus uacauit, quorum amore ita percussus est, ut propter eum maxime mihi istum sermonem inferendum putarem, quo in eius animo philosophia —nunc enim tempus est— maiorem partem non modo quam poetica sed quaeuis alia disciplina sibi usurpet ac uindictet.

[3.2.2] Sed quaeso uos, nonne miserti nostri estis, cum pridie ita cubitum issemus, ut ad dilatam quaestionem et prorsus ad nihil aliud

para continuar discutiendo exclusivamente la cuestión que traíamos entre manos. Pero hete aquí que nos vimos envueltos en múltiples tareas domésticas que apenas pudimos disponer de las dos últimas horas del día para respirar un poco y pasarlas juntos. Por esto, mi opinión fue siempre que el hombre ya sabio no tiene necesidad de nada; pero para hacerse sabio necesita de la Fortuna, a no ser que Alipio opine otra cosa.

Respondió entonces Alipio:

—Todavía no conozco bien la importancia que le otorgas a la Fortuna. Porque si para menospreciarla, crees que nos es necesaria, me uno a tu parecer. Pero si a la Fortuna no le otorgas otra función que la de suministrar aquellas cosas que, sin su favor, no pueden bastar para satisfacer las necesidades corporales, entonces no puedo pensar como tú. En efecto, o bien el que aún no es sabio, pero aspira a la sabiduría, a pesar de la resistencia y oposición de la misma Fortuna, puede conseguir todo lo que juzgamos necesario para vivir, o bien se ha de conceder que ella domina en toda la existencia del sabio, puesto que el sabio mismo no puede prescindir de las cosas que son necesarias para el cuerpo.

surgeretur, quod tanta de re familiari necessario peragenda extiterunt, ut his penitus occupati uix duas extremas diei horas in nosmet ipsos respirare possemus? Quare semper fuit sententia mea sapienti iam homini nihil opus esse; ut autem sapiens fiat, plurimum necessariam esse fortunam nisi quid aliud uidetur Alypio. —Tum ille: Quantum iuris, inquit, fortunae tribuas, nondum bene noui. Nam si ad contemnendam fortunam fortuna ipsa opus esse arbitraris, me quoque comitem in hanc sententiam do tibi; sin fortunae nihil aliud concedis quam ea, quae corporis necessitati non possunt nisi ipsa uolente suppetere, non ita sentio. Aut enim licet eadem repugnante atque inuita nondum sapienti, cupido tamen sapientiae ea sumere, quae uitae necessaria confitemur, aut concedendum est etiam in omni sapientis uita eam dominari cum et ipse sapiens his, quae corpori necessaria sunt, non indigere non possit.

3. Entonces, le dije, tú sostienes que la Fortuna es necesaria para quien desea la sabiduría, pero no para el sabio.

—No deja de tener interés repetir lo anteriormente dicho, replicó Alipio. Así, pues, te pregunto yo ahora: ¿crees que la Fortuna contribuye de algún modo al menosprecio de sí misma? Si lo crees, digo que aquel que aspira a la sabiduría tiene una gran necesidad de la Fortuna.

—Así lo creo, repliqué yo, puesto que el sabio gracias a ella puede despreciarla. No hay en esto absurdo alguno. Pues también nosotros de niños teníamos necesidad del pecho materno, que nos permitió después vivir y valernos por nosotros mismos sin necesidad de él.

—Para mí, dijo Alipio, está claro que coincidimos siempre que nuestras opiniones expresen perfectamente nuestro pensamiento, a no ser que a alguien le parezca bien discernir que no es ni la Fortuna ni la leche materna, sino otra cosa diferente, lo que nos hace menospreciar a aquélla y a ésta.

—No resulta difícil, repliqué yo, emplear otra comparación. Así como nadie puede atravesar el mar Egeo sin una nave u otro medio de navegación o, al menos, para no temer al mismo Dédalo, sin algún transporte apropiado para ello, o sin la ayuda de cierto poder

[3.2.3] *Dicis ergo, inquam, fortunam esse necessariam studioso sapientiae, sapienti uero negas. —Non ab re est eadem repetere, inquit. Itaque nunc etiam abs te quaero, utrum fortunam ad se ipsam contemnendam aliquid iuuare aestimes. Quod si arbitraris, dico sapientiae cupidum magnopere indigere fortuna. —Arbitror, inquam, si quidem per illam erit talis, qualis eam possit contemnere. Nec absurdum est; nam sic etiam paruis nobis ubera necessaria sunt, quibus efficitur, ut sine his postea uiuere ac ualere possimus. —Sententias, ait, nostras, si animi conceptio non dissonat, concordare mihi liquet, nisi forte disserendum cuiquam uidetur, quod fortunae uel uberum non ipsa ubera seu fortuna, sed alia res quaedam nos faciat contemtores. —Nihil magnum est, inquam, alio simili uti. Nam ut sine nauí uel quolibet uehiculo aut omnino, ne uel ipsum Daedalum timeam, sine ullis ad hanc*

misterioso, aunque no desee otra cosa que arribar a buen puerto y, una vez lo ha logrado, se halla dispuesto a minusvalorar y prescindir de cuanto le sirvió para llevar a término su travesía, igualmente, quien se propusiere alcanzar el puerto de la sabiduría, tierra firme y segura (pues, para omitir otras cosas, si fuere ciego o sordo no le es posible conseguirlo, porque esto depende de la Fortuna), me parece que para lograrlo es necesaria la ayuda de la Fortuna. Conseguido esto, aunque crea tener necesidad de ciertas cosas relativas a la salud corporal, sin embargo, es evidente que para ser sabio no tiene necesidad de ellas, sino sólo para la vida social.

—Por el contrario, respondió Alipio, si es ciego o sordo, pienso yo, despreciará con razón la adquisición de la sabiduría y hasta la misma vida para la cual se busca.

4. —Sin embargo, le dije yo, estando nuestra vida presente sometida al poder de la Fortuna, nadie, a no ser que viva, puede llegar a ser sabio, ¿no deberíamos, pues, confesar que necesitamos de su favor para llegar a la sabiduría?

rem accommodatis instrumentis aut aliqua occultiore potentia Aegeum mare nemo transmittit, quamuis nihil aliud quam peruenire proponat, quod cum ei euenerit, illa omnia, quibus aduectus est, paratus sit abicere atque contemnere, ita quisquis ad sapientiae portum et quasi firmissimum et quietissimum solum peruenire uoluerit —quoniam, ut alia omittam, si caecus ac surdus fuerit, non potest, quod positum est in potestate fortunae— necessariam mihi uidetur ad id quod concupiuit habere fortunam. Quod cum obtinuerit, quamuis putetur indigere quibusdam rebus ad corporis ualitudinem pertinentibus, illud tamen constat, non his opus esse, ut sapiens sit, sed ut inter homines uiuat. —Immo, ait ille, si caecus ac surdus sit, et sapientiam adipiscendam et ipsam uitam, propter quam sapientia quaeritur, mea sententia iure contemnet.

[3.2.4] Tamen, inquam, cum ipsa uita nostra, cum hic uiuimus, sit in potestate fortunae nec nisi uiuens quisque sapiens fieri possit, nonne fatendum est opus esse eius fauore, quo ad sapientiam peruehamur?

—Pero siendo la sabiduría, respondió él, sólo necesaria para los que viven, puesto que sin vida no hay necesidad alguna de sabiduría, no temo a la Fortuna caso de prolongarse mi vida. Pues, en efecto, porque vivo es por lo que deseo la sabiduría, y no por desear la sabiduría quiero la vida. Por consiguiente, si la Fortuna me arrebatara la vida, me privará de toda razón de buscar la sabiduría. Por tanto, para ser sabio, no tengo por qué desear el favor de la Fortuna o temer sus reveses, a no ser que tú me presentes otras razones.

—¿No crees, entonces, le repliqué yo, que aquel al que aspira a la sabiduría se lo podría impedir la Fortuna, incluso sin privarle de la vida?

—No lo creo, respondió él.

Capítulo III EL SABIO Y EL FILÓSOFO

5. —Quiero, le dije, que me aclares brevemente la diferencia que existe, según tú, entre el sabio y el filósofo.

—Entre el sabio y el filósofo, replicó, pienso que no existe más diferencia que ésta: el sabio posee de manera habitual ciertas cualidades de las cosas, mientras el filósofo o amante de la sabiduría sólo tiene de ellas un ardiente deseo.

—Sed cum sapientia, inquit, non nisi uiuentibus necessaria sit remotaque uita nulla sit indigentia sapientiae, nihil in propaganda uita pertimesco fortunam. Etenim quia uiuo, propterea uolo sapientiam, non quod sapientiam desidero, uolo uitam. Unde fortuna si mihi abstulerit, uitam, auferet causam quaerendae sapientiae. Nihil igitur habeo, cur ut fiam sapiens aut fauorem optem fortunae aut impedimenta formidem, nisi alia fortasse protuleris. —Tum ego: Non igitur censes sapientiae studiosum posse fortuna, ne ad sapientiam perueniat, impediri, etiamsi ei non auferat uitam? —Non arbitror, inquit.

[3.3.5] Volo, inquam, mihi paululum aperias, quid tibi inter sapientem et philosophum distare uideatur. —Sapientem ab studioso, ait, nulla re differe arbitror, nisi quod quarum rerum in sapiente quidam habitus inest,

—Y ¿cuáles son esas cualidades?, pregunté yo. Pues a mí me parece que no existe otra diferencia que ésta: mientras el uno conoce la sabiduría, el otro desea conocerla.

—Si defines la ciencia en sus límites estrictos, dijo él, entonces enunciarás lo mismo con mayor claridad.

—De cualquier modo que la definas, le dije yo, todo el mundo está de acuerdo en que no puede haber ciencia de cosas falsas.

—Sobre esto, dijo él, me ha parecido bien hacerte una observación, para que tu discurso no galope sin freno por el campo de esta cuestión principal, y ello debido a mi imprudente asentimiento.

—Ciertamente, le respondí yo, no me has dejado otro espacio en donde poder galopar. Pues, si no me engaño, hemos llegado a la misma meta que buscaba yo desde hace tiempo. En efecto, como tú has dicho de forma tan sutil y exacta, si no existe diferencia alguna entre el sabio y el que busca la sabiduría, a no ser que uno ama la sabiduría y el otro la posee, por lo que tú no has dudado en darle el mismo nombre, es decir, cierto *hábito*. Nadie puede tener un conocimiento en su mente quien nada ha aprendido, y nada aprende quien nada conoce, y nadie puede conocer lo falso.

earum est in studioso sola flagrantia. —Quae sunt tandem istae res? inquam; nam mihi nihil aliud uidetur interesse, nisi quod alter scit sapientiam, alter scire desiderat. —Si scientiam, inquit, modesto fine determinas, ipsam rem planius elocutus es. —Quoquomodo, inquam, eam determinem, illud omnibus placuit scientiam falsarum rerum esse non posse. —In hoc mihi, inquit ille, uisa fuit obicienda praescriptio, ne inconsiderata consensione mea facile in principalis illius quaestionis campis tua equitaret oratio. —Plane mihi, inquam, nihil ubi equitare possem reliquisti. Nam, nisi fallor, quod iam dudum molior, ad ipsum finem peruenimus. Si enim, ut subtiliter uereque dixisti, nihil inter sapientiae studiosum et sapientem interest, nisi quod iste amat, ille autem habet sapientiae disciplinam —unde etiam nomen ipsum, id est habitum quendam exprimere non cunctatus es— nemo autem habere disciplinam potest in animo, qui nihil didicit, nihil autem didicit, qui nihil nouit, et nosse falsum

Por consiguiente, el sabio conoce la verdad, ya que tú mismo has reconocido que tiene en su mente la ciencia o el *hábito* de la sabiduría.

—No sé, dijo él, si no sería una audacia por mi parte si negase haber reconocido que el sabio posee el hábito de la búsqueda de las cosas divinas y humanas. Pero no acierto a ver por qué a ti te parece que no existe el hábito de las cosas probables que él ha descubierto.

—¿Me concedes, le dije, que nadie puede conocer lo falso?

—Sin duda alguna, respondió.

—Si puedes, le dije, afirma ahora que el sabio ignora la sabiduría.

—¿Por qué, continuó él, lo encierras todo en estos límites, de modo que no pueda parecer al sabio que ha comprendido la sabiduría?

—Dame la mano, le dije yo. Pues si recuerdas, esto es lo que ayer te dije que iba a llevar a cabo; y ahora me alegro de que no sea conclusión mía, sino más bien un regalo que tú me haces. En efecto, había afirmado que la diferencia que me separa a mí de los académicos es que a ellos les ha parecido probable que la verdad no se puede conocer, mientras que a mí, aunque todavía no la haya

nemo potest, nouit igitur sapiens ueritatem, quem disciplinam sapientiae habere in animo, id est habitum iam ipse confessus es. —Nescio, inquit, cuius impudentiae sim, si habitum inquisitionis diuinarum humanarumque rerum esse in sapiente confessum me negare uoluero. Sed qui tibi uideatur inuentorum probabilium habitus non esse, non uideo. —Concedis, inquam, mihi falsa neminem scire? —Facile quidem, inquit. Dic iam, si potes, inquam, sapientem nescire sapientiam. —Quid enim? ait, hoc limite uniuersa concludis, ut uideri sibi non possit comprehendisse se sapientiam? —Da, inquam, dexteram. Nam, si meministi, hoc est quod heri me dixi effecturum, quod nunc non a me conclusum, sed a te ultro mihi oblatum esse gaudeo. Nam cum inter me et Academicos hoc interesse dixissem, quod illis probabile uisum est ueritatem non posse comprehendi, mihi autem nondum quidem a me

encontrado, me parece que el sabio la puede encontrar. Ahora, al verte apremiado por mi pregunta a responder sobre si el sabio ignora la sabiduría, tú has respondido que le parece conocerla.

—¿Y qué se deduce de ahí?, dijo Alipio.

—Porque si le parece, le argüí yo, que conoce la sabiduría, no le parecerá que el sabio no puede saber nada. O bien es preciso que tú afirmes que la sabiduría no es nada.

6. Creería realmente, dijo Alipio, haber llegado al final de la discusión; pero inmediatamente, cuando me ofreciste la mano, vi que estábamos en total desacuerdo y muy distantes el uno del otro. Sin duda, ayer parecía que la única cuestión planteada entre nosotros era la de saber si el sabio podía llegar al conocimiento de lo verdadero. Tú lo afirmabas, mientras yo lo negaba. Y ahora creo no haberte concedido más que esto: que al sabio le puede *parecer* que ha conseguido la sabiduría de las cosas probables, sin embargo, ninguno de nosotros duda que he puesto la sabiduría en la investigación de las cosas divinas y humanas.

—No tratando de embrollar las cosas, le dije, es como tú las vas a aclarar mejor. Pues me das la impresión de que disputas sólo con

inuentam, inueniri tamen posse a sapiente uideatur, nunc, cum mea interrogatione urgereris, utrum sapiens nesciat sapientiam, «uidetur sibi scire» dixisti. —Quod tum postea? inquit. —Quia, si uidetur sibi, inquam, scire sapientiam, non ei uidetur nihil scire posse sapientem; aut, si sapientia nihil est, uolo affirmes.

[3.3.6] Crederem uere, inquit, ad calcem nos finemque uenisse, sed repente, cum dexteras interposuisti, disiunctissimos nos esse et in longum progressos uideo, uidelicet quod hesterno die a nobis nulla alia quaestio constituta uidebatur, nisi quod sapientem ad comprehensionem ueri peruenire posse affirmante te ego negaueram, nunc uero nihil aliud me opinor concessisse tibi quam uideri posse sapienti probabiliū rerum se consecutum esse sapientiam; quam tamen sapientiam in inuestigatione diuinarum humnarumque rerum me constituisse nulli nostrum arbitror dubium. —Non, inquam, ideo, quia inuoluis, euolueris; uideris enim iam

el fin de ejercitarte. Y como tú sabes muy bien que estos muchachos apenas pueden seguir lo que se discute con agudeza y profundidad, tú estás como abusando de la ignorancia de los jueces, permitiéndote hablar cuanto deseas sin que nadie se oponga a lo que dices. Cuando te pregunté si el sabio conocía la sabiduría, poco antes me has respondido que al sabio le parecía conocerla. Por consiguiente, al que le parece que el sabio conoce la sabiduría, ciertamente no puede sostener que el sabio no conoce nada. Esto es realmente indiscutible, a no ser que alguien se atreva a afirmar que la sabiduría es nada. De donde se deduce que tu opinión es igual que la mía. Pues a mí me parece que el sabio conoce algo, y creo que a ti te parece lo mismo, porque, según tu misma opinión, al sabio le parece que conoce la sabiduría.

—Creo, dijo entonces Alipio, que tanto uno como el otro queremos ejercitar nuestro ingenio, y me sorprende esto, porque tú no tienes necesidad alguna de ejercitarte en este tema. Pues a mí, porque quizás aún soy ciego, me parece que hay diferencia entre creer que se sabe y saber realmente, y entre la sabiduría como investigación y la verdad misma. No veo cómo poder concordar estas opiniones opuestas que uno y otro sostenemos.

mihi exercendi tui causa disputare et, quia bene nosti istos adolescentulos uix adhuc posse discernere, quae acute ac subtiliter disseruntur, tamquam iudicum abuteris ignorantia, ut tibi quantum libet loqui nullo liceat reclamante. Nam paulo ante dixisti, cum quaererem, utrum sciret sapiens sapientiam, scire sibi uideri. Cui ergo uidetur sapientem scire sapientiam, non utique uidetur nihil scire sapientem. Hoc enim contendere non potest, nisi quisquam dicere audeat nihil esse sapientiam. Ex quo fit, ut hoc tibi, quod etiam mihi, uideatur, nam mihi uidetur sapientem non nihil scire et tibi, opinor, cui placet uideri sapientem sapientem scire sapientiam. —Tum ille: Non magis me ingenium exercere uelle quam te arbitror et id miror; non enim tibi ulla in hac re exercitatione opus est. Nam mihi adhuc fortasse caeco uidetur interesse inter uideri sibi scire et scire et inter sapientiam, quae in inuestigatione posita est, et ueritatem. Quae a nobis cum alterutra dicantur, sibi quem ad modum quadrent non inuenio.

Entonces, al llamarnos para comer, le dije:

—No me desagrada que te resistas tanto, porque o bien ninguno de los dos sabemos de qué hablamos, y entonces debemos evitar ser tan torpes, o bien uno de nosotros no sabe lo que dice, y entonces descuidarlo o dejarlo pasar por alto no sería menor torpeza. Pero volveremos por la tarde sobre el tema. Cuando pensaba que ya habíamos concluido nuestra discusión, resulta que me enseñas los puños.

Echándonos a reír, nos retiramos.

Capítulo IV QUIEN NADA CONOCE NO ES SABIO

7. A nuestro regreso encontramos a Licencio, a quien la fuente de Helicón jamás llegó a apagar su sed, todo embebido en componer versos. Hacia la mitad de la comida, que apenas comenzada la habíamos ya terminado, se levantó sin llamar la atención y sin haber bebido nada.

Yo le dije:

—Te deseo realmente que algún día llegues a dominar el arte de la poesía por la que tanto te afanas; tal dominio, en verdad, no es que me entusiasme grandemente, pero veo que tú te apasionas

—*Tum ego, cum iam ad prandium uocaremur: Non, inquam, mihi quod tantum reniteris displicet; aut enim ambo nescimus, quid loquamur, et danda est opera, ne tam turpes simus, aut unus nostrum, quod item relinquere atque negligere non minus turpe est. Sed postmeridianis horis rediemus ad inuicem. Mihi enim, cum uideretur iam nos ad calcem peruenisse, pugnos etiam miscuisti. —Hic cum arrisissent, discessimus.*

[3.4.7] *Et cum redissemus, inuenimus Licentium, cui numquam sitienti Helicon subuenisset, excogitandis uersibus inhiantem. Nam de medio paene prandio, quamuis nostri prandii idem initium qui finis fuit, clam surrexerat nihilque biberat. Cui ego: opto quidem, inquam, tibi, ut istam poeticam, quam concupisti, conplectaris aliquando, non quod me nimis delectat ista perfectio, sed quod uideo te tantum exarsisse, ut nisi*

tanto en conseguirlo, que sólo el hastío puede liberarte de tal pasión, lo que suele acontecer con bastante facilidad una vez se ha conseguido su perfecto dominio. Además, teniendo tú una voz tan preciosa, preferiría oírte recitar tus versos más que los versos de las tragedias griegas que no entiendes, como les ocurre a los papagayos que vemos encerrados en sus jaulas. Te recomiendo, sin embargo, que vayas a beber, si lo deseas, y regrese luego a nuestra escuela, si en algo te ha sido útil el *Hortensio* y la Filosofía. A ésta, a la que has dedicado tus primicias más dulces en aquel discurso, que te inflamó a dedicarte con más vehemencia a la ciencia de las cosas importantes y provechosas que al arte poética. Pero mientras deseo reuniros en torno a estos estudios con los que se perfecciona el espíritu, temo que ellos puedan resultar para vosotros un laberinto, y casi me arrepiento de haber reprimido tus impulsos poéticos.

Se sonrojó Licencio y se retiró para beber, pues tenía mucha sed. Gran ocasión ésta para evitar que tal vez yo le dijera otras muchas cosas y más duras.

8. Cuando volvió Licencio, estando todos atentos, comencé así:

—¿No es verdad, Alipio, que disentimos en este punto que a mí me parece clarísimo?

fastidio euadere ab hoc amore non possis, quod euenire post perfectionem facile solet. Deinde cum sis bene canorus, malim auribus nostris inculces tuos uersus quam ut in illis Graecis tragoediis more auicularum, quas in caueis inclusas uidemus, uerba quae non intellegis cantes. Ammoneo tamen, ut pergas potum, si uoles, et ad scholam redeas nostram, si tamen aliquid iam de te Hortensius et philosophia meretur, cui dulcissimas primitias iam uestro illo sermone libasti, qui te uehementius quam ista poetica incenderat ad magnarum et uere fructuosarum rerum scientiam. Sed dum ad istarum disciplinarum, quibus excoluntur animi, circum reuocare uos cupio, metuo, ne uobis labyrinthus fiat, et prope me paenitet ab illo te impetu repressisse. —Erubuit ille discessitque, ut biberet. Nam et multum sitiabat et occasio dabatur euitandi me plura fortasse atque asperiora dicturum.

[3.4.8] Et cum redisset, intentis omnibus sic coepi: Itane est, Alypi, ut inter nos de re iam, ut mihi uidetur, manifestissima non conueniat?

—No es extraño, dijo él, que lo que tú dices, que es evidente para ti, sea oscuro para mí; ya que muchas cosas que para unos resultan evidentes pueden ser aún más evidentes para otros, y ciertas cosas oscuras para unos pueden resultar más oscuras para otros. Pues si esto es para ti evidente, créeme, puede haber alguien para quien esto sea mucho más evidente; e, igualmente, habrá alguien a quien mi oscuridad le sea mucho más oscura. Pero para que no me tengas ya como un obstinado discutiador, te ruego vivamente que eso que para ti es tan claro lo expongas aún con mayor claridad.

—Te pido, le dije, que me prestes atención, y dejes de lado tu preocupación por responderme. Porque si tú y yo nos conocemos bien, con un mínimo esfuerzo se clarificará lo que digo, y pronto uno persuadirá al otro.

—¿No dijiste al fin, o estaba yo sordo, que al sabio le parecía conocer la sabiduría?

—Alipio hizo un gesto de aprobación.

—Prescindamos por un momento de este sabio, le dije. ¿Y tú mismo eres sabio, si o no?

—En absoluto, no lo soy, respondió él.

—Quisiera, sin embargo, que me digas qué piensas del sabio académico: ¿te parece que conoce la sabiduría?

—Non mirum est, inquit, si quod tibi in promptu esse asseris mihi obscurum sit, si quidem pleraque manifesta possunt aliis manifestiora et item obscura quaedam nonnullis obscuriora esse. Nam si et hoc tibi uere manifestum est, mihi crede esse alium quemquam, cui et hoc manifestum tuum manifestius sit, et item alium, cui meum obscurum sit, obscurius. Sed ne me perpugnacem diutius putes, obsecrauerim, ut hoc manifestum manifestius edisseras. —Attende inquam, quaeso diligenter et quasi seposita paululum respondendi cura. Si enim bene me atque te noui, facile data opera clarebit quod dico et alter alteri cito persuadebit. Dixistine tandem an fortasse absurdueram, uideri sapienti se scire sapientiam? —Annuuit. —Omittamus, inquam, paululum istum sapientem. Tu ipse sapiens es an non? —Nihil, inquit, minus. —Volo tamen, inquam, respondeas mihi, quid ipse sentias de sapiente Academico, utrumnam tibi

—¿Piensas, dijo, que para él es lo mismo o cosa diferente, creer que se sabe y saber? Pues temo que tal confusión sirva de subterfugio a uno de los dos.

9. A esto suele llamarse, le dije, una *querella toscana*: cuando a una cuestión propuesta no se le da una solución, sino que se propone otra objeción. Esto es lo que hace nuestro poeta, (para alagar los oídos de Licencio), en el poema de las Bucólicas, juzgándolo como propio de la vida campestre y pastoril, cuando pregunta uno a otro qué espacio del cielo hay que no tenga más de tres codos, y el otro le responde: «Dime en qué lugar de la tierra las flores nacen llevando inscrito el nombre de los reyes» (Virgilio, *Eglog.* III,105-106).

Te lo suplico, Alipio, no creas que nos esté permitido esto por hallarnos en una casa de campo, aunque estos modestos baños nos recuerden un poco el esplendor de los gimnasios.

Por favor, Alipio, si eres tan amable, responde a mi pregunta: ¿te parece que el sabio de los académicos conoce la sabiduría?

—Para no enredarnos en muchas palabras, respondió, a mí me parece que él cree conocerla.

uideatur scire sapientiam? —Utrum sibi, inquit, scire uideatur an sciat unumne an diuersum putas? Metuo enim, ne haec confusio cuiquam nostrum suffugium praebeat.

[3.4.9] Hoc est, inquam, Tuscum illud iurgium, quod dici solet, cum quaestioni intentatae non eius solutio, sed alterius obiectio uidetur mederi. Quod etiam poeta noster —ut me aliquantum Licentii auribus dedam— decenter in Bucolico carmine hoc rusticanum et plane pastorium esse iudicauit, cum alter alterum interrogat, ubi caeli spatium non amplius quam tres ulnas pateat, ille autem «quibus in terris inscripti nomina regum nascantur flores». Quod quaeso, Alypi, ne in uilla nobis licere arbitreris, certe uel istae balneolae aliquam decoris gymnasiorum faciant recordationem; ad id, si placet, quod rogo, responde: uideturne tibi sapiens Academicorum scire sapientiam? —Ne uerba uerbis referendo, inquit, in longum eamus, uidetur uideri sibi scire.

—¿Luego, le dije yo, te parece a ti que la desconoce? No te pregunto qué es, según tu modo de ver, lo que le parece al sabio, sino si a ti te parece que el sabio conoce la sabiduría. Tú, pienso, puedes responder ahora sí o no.

—¡Ojalá, respondió, que esto fuera para mí tan fácil como para ti o tan difícil para ti como para mí! Ni serías tan importuno, ni en tal cuestión esperarías algo. Porque cuando me preguntaste qué pensaba del sabio de los académicos, te respondí que, según mi opinión, él creía conocer la sabiduría, para no afirmar temerariamente que yo lo sabía o decir con no menor temeridad que el sabio la conoce.

—Te suplico, como inmenso favor, le dije, me respondas, en primer lugar, a lo que te pregunto, y no a la cuestión que tú te haces a ti mismo. Y, en segundo lugar, dejes a un lado mis esperanzas que, sé ciertamente, no te preocupan menos que las tuyas (pues, si realmente me engaño en esta cuestión, me pasaré inmediatamente a tu campo, y pondremos fin a nuestra controversia). Y, finalmente, abandona no sé qué preocupación que veo te está afectando, y presta toda tu atención para que comprendas fácilmente lo que deseo me respondas.

—Videtur ergo, inquam, tibi nescire? Non enim ego quaero, quid tibi uideatur uideri sapienti, sed utrum tibi uideatur sapiens scire sapientiam. Potes, ut opinor, hic aut aiere aut negare. —O utinam, inquit, aut ita mihi facile esset ut tibi aut ita tibi difficile ut mihi, nec tam molestus esses nec in his quicquam sperares. Nam cum me interrogares, quid mihi de Academico sapiente uideatur, respondi uideri mihi, quod uideatur sibi scire sapientiam, ne aut temere me scire affirmarem aut illum non minus temere scire dicerem. —Pro magno, inquam, beneficio mihi obsecro concedas primo, ut ad id quod ego, non ad id quod tu te irinterrogas respondere digneris, deinde ut spem meam, quam tibi non minus curae quam tuam esse scio, nunc paululum omittas —certe si me ista interrogatione decepero, cito transibo in tuam partem controuersiamque finiemus— postremo ut pulsa nescio qua sollicitudine, qua te tangi uideo, diligentius animaduertas, quo facile intellegas, quid mihi abs te responderi

—Tú has dicho realmente que no quieres contestar sí o no (lo que deberías hacer para responder a mi pregunta), para no decir a la ligera que sabes lo que en realidad ignoras; como si yo te hubiese preguntado lo que tú sabes, y no tu parecer. Por tanto, te vuelvo a preguntar, con mayor claridad, si es posible:

—¿Te parece a ti que el sabio conoce la sabiduría, sí o no?

—Si puede encontrarse un sabio, dijo él, tal como me lo propone la razón, puede parecerme que conoce la sabiduría.

—Luego la razón, le dije yo, te propone un sabio tal que no ignora la sabiduría. Hasta aquí todo correcto. Porque esto a ti no podría parecerte de otro modo.

10. Y yo te pregunto ahora: ¿es posible encontrar un sabio? Si es posible, entonces también se puede conocer la sabiduría, y nuestro problema queda solucionado. Si, por el contrario, dices que es imposible encontrarlo, entonces ya no preguntaremos si el sabio conoce algo, sino, más bien, si alguien puede ser sabio.

Establecido esto, deberemos, pues, apartarnos de los académicos y, dentro de nuestras posibilidades, estudiar juntos este problema con prudencia y atención. Realmente les agradó o, mejor dicho, les pareció bien que un hombre puede ser sabio, y, sin embargo, no

uelim. Dixisti enim ideo te non aut aiere aut negare —quod utique faciendum est ad id quod rogo— ne temere te scire dicas quod nescis; quasi uero ego quid scias quaesierim et non quid tibi uideatur. Itaque nunc idem planius —si tamen planius dici potest— interrogo: uideturne tibi scire sapientiam sapiens an non uidetur? —Si inueniri, inquit, sapiens, qualem ratio prodit, queat, potest uideri mihi scire sapientiam. —Ratio igitur, inquam, talem tibi prodit esse sapientem, qui sapientiam non ignoret; et recte istuc. Non enim aliter decebat uideri tibi.

[3.4.10] Quaero ergo iam, utrum possit sapiens inueniri. si enim potest, potest etiam scire sapientiam omnisque inter nos quaestio dissoluta est. si autem non posse dicis, iam non quaeretur, utrum sapiens aliquid sciat, sed utrum sapiens quisquam esse possit. Quo constituto iam recedendum erit ab Academicis et tecum ista quaestio, quantum ualemus, diligenter cauteque uersanda. Nam illis placuit uel potius uisum est et esse posse hominem sapientem et tamen in hominem scientiam cadere non

darse la ciencia en él. Por lo cual concluyeron que el sabio no sabe nada. No obstante, tu parecer es que el sabio conoce la sabiduría, lo cual ya es ciertamente conocer algo. Más aún, estamos de acuerdo, como lo están todos los Antiguos, y los mismos académicos, en que nadie puede conocer lo que es falso. En consecuencia, no te queda otra posibilidad que defender que la sabiduría es nada o admitir que el sabio concebido por los académicos no responde a una concepción racional. Dejando a un lado estas cuestiones, indagemos si el hombre puede alcanzar la sabiduría, cual la concibe la razón. Porque no hay otra a la que debemos o podamos llamar con propiedad sabiduría.

Capítulo V ERRÓNEO CAMINO DE LOS ACADÉMICOS

11. Aun concediéndote, dijo Alipio, lo que con tanta insistencia buscas que te apoye, a saber, que el sabio conoce la sabiduría, y que nosotros hemos descubierto algunas de las cosas que el sabio puede conocer, sin embargo, no creo que la opinión de los académicos haya sido totalmente rebatida. Porque veo que aún disponen de una trinchera importante para defenderse, ni les has quitado la

posse —quare illi sapientem nihil scire adfirmarunt— tibi autem uidetur scire sapientiam, quod non est utique nihil scire. Simul enim placuit inter nos, quod etiam inter omnes ueteres interque ipsos Academicos, scire falsa neminem posse; unde illud iam restat, ut aut contendas nihil esse sapientiam aut talem sapientem ab Academicis describi, qualem ratio non habet, fatearis et his omissis consentias, ut quaeramus, utrum possit homini talis prouenire sapientia, qualem prodit ratio. Non enim aliam debemus aut possumus recte uocare sapientiam.

[3.5.11] Etsi concedam, inquit, quod te magnopere niti uideo, sciri a sapiente sapientiam et aliquid inter nos deprehensum, quod sapiens possit percipere, tamen nequaquam mihi occurrit Academicorum labefactata omnis intentio. Prospicio enim defensionis eis locum non minimum

razón de suspender el asentimiento, puesto que no pueden abandonar su causa por aquello por lo que tú les crees vencidos. Pues dirán que es tan seguro que no se puede conocer nada y que a nada se debe asentir, de manera que el mismo principio de que «no se puede conocer nada» —principio que ellos habían mantenido como probable durante casi toda su vida—, les ha sido ahora arrebatado con tu razonamiento. De manera que, ya entonces como ahora, la fuerza de dicho razonamiento permanece en realidad invencible, sea por la debilidad de mi espíritu, sea a causa de la fuerza del razonamiento. No se podrá desalojar a los académicos de su posición, puesto que siguen afirmando con audacia que aún ahora no se debe asentir a nada. Quizás algún día, sea alguno de ellos o cualquiera otro, podrán encontrar argumentos sutiles y probables contra esta misma doctrina, y se pueda reconocer, como en un espejo, su propia imagen en aquel Proteo, de quien se cuenta que sólo se le podía coger allí donde menos podía esperarse, y que sus buscadores jamás le hubiesen echado mano a no ser por indicación de alguna divinidad. Si ésta nos viene en nuestra ayuda y tiene a bien mostrarnos aquella verdad que tanto nos ocupa, yo mismo confesaré también que los académicos han sido vencidos muy a pesar suyo, lo que yo no creo.

reseruatum nec illam assensionis suspensionem esse praecisam, cum hoc ipso causae suae deesse non possint, quo conuictos putas. Dicent enim usque adeo nihil comprehendi nullique rei assensionem praebendam, ut etiam hoc de nihilo percipiendo, quod tota sibi paene uita usque ad te probabiliter persuaserant, nunc ista conclusione sibi extortum sit, ut, siue tunc huius argumenti uis tarditate ingenii mei siue re uera suo robore inuicta sit, eos loco mouere non possit, cum audacter affirmare adhuc ualeant ne nunc quidem ulli rei consentiendum esse. Forte enim aliquando contra hoc quoque nonnihil uel a se uel a quopiam reperiri posse, quod acute probabiliterque dicatur, suamque imaginem et quasi speculum quoddam in Proteo illo animaduerti oportere, qui traditur eo solere capi, quo minime caperetur, inuestigatoresque eius numquam eundem tenuisse nisi indice alicuius modi numine. Quod si assit et illam nobis ueritatem, quae tantum curae est, demonstrare dignetur! Ego quoque uel ipsis inuitis, quod minime reor, illos superatos esse confitebor.

12. Está bien, le dije, jamás he deseado otra cosa. Porque mirad, os lo ruego, cuántos y cuán grandes beneficios se me han concedido. Se afirma, en primer lugar, que los académicos han sido de tal modo refutados, que para defenderse no les queda otro camino que recurrir a lo que es imposible. Pues, ¿quién es capaz de comprender o imaginar de alguna manera que aquel que ha sido vencido, por el mero hecho de haber sido vencido, se gloríe de ser el vencedor? En segundo lugar, si queda aún algún punto conflictivo con ellos, no proviene de que digan que nada se puede conocer, sino de que no se ha de prestar asentimiento a nada. Estamos, pues, ahora de acuerdo. Porque tanto a ellos como a mí nos parece que el sabio conoce la sabiduría. Pero aconsejan, sin embargo, abstenerse de todo asentimiento. Pues dicen que sólo les parece, pero de ninguna manera que lo saben. Como si yo reconociera que lo sé. Yo digo también que eso es lo que a mí me parece, puesto que sería igualmente un insensato como ellos, si desconocen la sabiduría.

Yo creo, sin embargo, que debemos admitir algo, esto es, la verdad.

Y les pregunto si están de acuerdo en negar esto, es decir, si creen que no se debe prestar asentimiento a la verdad. Nunca dirán eso, sino que afirmarán que la verdad no puede encontrarse.

[3.5.12] Bene habet, inquam, prorsus nihil amplius optaui. Nam uidete quaeso, bona mihi quot et quanta prouenerint. Primum est, quod Academici iam sic conuicti esse dicuntur, ut nihil eis restet ad defensionem, nisi quod fieri non potest. Quis enim hoc aut intellegere ullo modo aut credere ualeat eum, qui uictus sit, eo ipso, quo uictus est, uictorem se esse gloriari? Deinde si quid iam remanet cum his conflictionis, non ex eo est, quod dicunt nihil sciri posse, sed ex eo, quod nulli rei assentiendum esse contendunt. Nunc itaque concordēs sumus. Nam ut mihi, ita etiam illis uidetur sapientem scire sapientiam. Sed tamen ab assensione illi temperandum monent. Videri enim sibi tantum dicunt, scire autem nullo modo; quasi ego me scire profitear. Mihi quoque uideri istud dico; sum enim stultus ut etiam ipsi, si nesciunt sapientiam. Approbare autem nos debere aliquid puto, id est ueritatem. De quo eos consulo, utrum negent, id est utrum eis placeat ueritati assentiendum non esse. Numquam hoc dicent, sed eam non inueniri asseuerabunt. Ergo et

Por consiguiente, en cierta manera, me tienen como su aliado, porque no nos desagrade a ninguno, más aún, a todos nos complace la necesidad de asentir a la verdad. Pero, ¿quién la mostrará?, preguntan ellos.

Yo no voy a discutir con ellos sobre este punto; me basta que no sea probable que nada conoce el sabio, para no verse forzados a decir la cosa más absurda, o que la sabiduría no es nada o que el sabio la ignora.

Capítulo VI NECESIDAD DE LA AYUDA DIVINA PARA CONOCER LA VERDAD

13. Tú nos has dicho, Alipio, quién puede mostrarnos la verdad, y para no disentir de ello debo hacer un gran esfuerzo. Pues nos has dicho, de forma tan breve como religiosa, que sólo cierta divinidad puede manifestar al hombre la verdad. A lo largo de nuestra discusión, no he oído nada tan grato, ni tan importante, ni tan probable y, si esa divinidad viene en nuestra ayuda, como espero, nada más verdadero. Con qué altura de espíritu y con qué deseo por defender la verdadera Filosofía has evocado a aquel Proteo, para que los jóvenes veáis que la Filosofía no debe menospreciar a los

hic ex nonnulla parte socium me tenent, quod utrisque non displicet atque adeo necessario placet consentiendum esse ueritati. Sed quis eam demonstrabit? inquit. Ubi ego cum illis non curabo certare; satis mihi est, quod iam non est probabile nihil scire sapientem, ne rem absurdissimam dicere cogantur, aut nihil esse sapientiam aut sapientiam nescire sapientem.

[3.6.13] Quis autem uerum possit ostendere, abs te, Alypi, dictum est, a quo ne dissentiam magnopere mihi laborandum est. Etenim numen aliquod aisti solum posse ostendere homini, quid sit uerum, cum breuiter tum etiam pie. Nihil itaque in hoc sermone nostro libentius audiui, nihil grauius, nihil probabilillius et, si id numen, ut confido, assit, nihil uerius. Nam et Proteus ille —quanta abs te mentis altitudine commemoratus quanta intentione in optimum philosophiae genus!— Proteus enim ille, ut uos adulescentes non penitus poetas a philosophia contemnendos esse

poetas, y sepáis que ese Proteo es imagen de la verdad. Proteo, en estos versos, representa y asume el papel de la verdad, que nadie puede apresar si, engañado por falsas imágenes, abandona o rompe los lazos para atraparla. Porque estas imágenes son las que, cuando llegamos a tocar la verdad y, en cierto modo, la tenemos ya en nuestras manos, tratan de engañarnos e ilusionarnos mediante el uso de los sentidos de los que nos servimos para satisfacer las necesidades de esta vida.

Y éste es el tercer favor que se me ha concedido y cuyo valor no sé cómo reconocer en su justa medida. Porque mi más íntimo amigo está de acuerdo conmigo no sólo en lo que de probable hay en la vida humana, sino también en lo relativo a la religión, lo que es prueba evidente de una verdadera amistad. Pues la amistad ha sido definida justa y rectamente como acuerdo benévolo y caritativo sobre las cosas divinas y humanas.

Capítulo VII OPINIÓN DE CICERÓN

14. Sin embargo, para que los razonamientos de los académicos no parezcan extender como ciertas nieblas, ni les parezca a algunos hombres que nos oponemos enérgicamente a la autoridad de muy

uideatis, in imaginem ueritatis inducitur; ueritatis, inquam, Proteus in carminibus ostentat sustinetque personam, quam obtinere nemo potest, si falsis imaginibus deceptus comprehensionis nodos uel laxauerit uel dimiserit. Sunt enim istae imagines, quae consuetudine rerum corporalium per istos, quibus ad necessaria huius uitae utimur, sensus nos, etiam cum ueritas tenetur et quasi habetur in manibus, decipere atque inludere moliuntur. Hoc ergo tertium bonum mihi accidit, quod non inuenio quanti aestimem. Mecum enim familiarissimus amicus meus non solum de probabilitate humanae uitae uerum etiam de ipsa religione concordat, quod est ueri amici manifestissimum indicium, si quidem amicitia rectissime atque sanctissime definita est «rerum humanarum et dignarum cum beniuolentia et caritate consensio».

[3.7.14] Tamen ne aut Academicorum argumenta quasdam nebulas uideantur offundere aut doctissimorum uirorum auctoritati, inter quos

doctos varones, y especialmente a la de Tulio Cicerón, quien no puede dejarnos indiferentes, haré antes un breve comentario, si os parece, oponiéndome a quienes creen que sus enseñanzas van contra la verdad. A continuación os manifestaré mi opinión sobre el motivo por el que los académicos ocultaron su verdadero pensamiento. Así, pues, Alipio, aunque veo que estás totalmente de mi parte, asume por unos momentos su defensa, y respóndeme.

—Como hoy, respondió Alipio, has procedido, como suele decirse, con buen pie, no me opondré a tu plena victoria e intentaré defender el cometido de los académicos, tanto más seguro cuanto tú me lo pides, a no ser que prefieras convertir en discurso continuo lo que pretendes tratar mediante preguntas —si para ti eso es más cómodo—, para que yo, hecho prisionero tuyo, no me vea martirizado con tus pequeños dardos, como un duro y obstinado enemigo, lo que dista muchísimo de tu sensibilidad humana.

15. Observando que esperaban esto, como iniciando un nuevo exordio, les dije:

—Os complaceré. Y aunque yo esperaba, después de mi fatigoso trabajo en la escuela de retórica, disfrutar de un breve descanso con esta armadura más ligera, desarrollando los temas más bien

maxime Tullius non mouere nos non potest superbe nonnullis resistere uideamur, si uobis placet, prius pauca contra eos disseram, quibus uidentur disputationes illae aduersari ueritati, deinde, ut mihi uidetur, ostendam, quae causa fuerit Academicis occultandae sententiae suae. Itaque Alypi, quamuis te totum in meis partibus uideam, tamen suscipe pro his paululum mihi que responde. —Quoniam hodie, inquit, auspicato, ut aiunt, processisti, non impediam plenissimam uictoriam tuam et partes illas iam securius, quo abs te imponuntur, temptabo suscipere, si tamen hoc, quod interrogationibus te acturum esse significas, in orationem perpetuam, si tibi commodum est, malis conuertere, ne uere ut pertinax aduersarius, quod a tua humanitate longissimum est, minutis illis telis abs te iam captiuus excrucier.

[3.7.15] Atque ego, cum et illos hoc expectare animaduerteterem, quasi aliud ingressus exordium: Morem, inquam, uobis geram et, quamuis post illum laborem scholae rhetoricae in hac me leui armatura nonnihl

preguntando vosotros que hablando yo, sin embargo, siendo nosotros tan pocos, no me veo obligado a forzar la voz en detrimento de mi salud. Por otra parte, para cansarme menos he querido que este estilete sirva como guía y moderador a mi discurso, para no dejarme llevar por el impulso de mi espíritu más allá de lo que el cuidado de mi cuerpo lo permite. Escuchad, pues, en discurso seguido, lo que pienso como es vuestro deseo.

Pero veamos, en primer lugar, cuál es el motivo por el que suelen gloriarse tanto los que siguen a los académicos. En los libros que Cicerón ha escrito en defensa de tal causa hay redactado un pasaje, a mi parecer, con maravillosa elegancia y, según otros, dotado de gran fuerza. Es muy difícil que alguien no se sienta impresionado con lo que en ese lugar se dice: «Todas las demás sectas que se creen en posesión de la sabiduría otorgan un segundo lugar al sabio académico reivindicando el primer puesto para el suyo. De donde se puede concluir con probabilidad, que según su recto juicio el primero es aquel que según el juicio de las demás es el segundo» (Cicerón, *Acad. frag.* 20 Müller).

requieturum esse praesumseram, ut interrogando ista potius agerem quam dicendo, tamen quia et paucissimi sumus, ut clamare mihi contra ualitudinem meam non sit necesse, et istum stilum causa eiusdem salutis quasi aurigam moderatoremque sermonis mei esse uolui, ne concitatus rapiar animo, quam cura corporis poscit, perpetua, ut uultis, oratione audite quid sentiam. sed primo illud uideamus quale sit, unde amatores Academicorum gloriari nimium solent. Nam est in libris Ciceronis, quos in huius causae patrocinium scripsit, locus quidam, ut mihi uidentur, mira urbanitae conditus, ut nonnullis autem, etiam firmitate roboratus. Difficile est prorsus, ut quemquam non moueat quod ibi dictum est: Academico sapienti ab omnibus caeterarum sectarum, fui sibi sapientes uidentur, secundas partes dari, cum primas sibi quemque uindicare necesse sit. Ex quo posse probabiliter confici eum recte primum esse iudicio suo, qui omnium caeterorum iudicio sit secundus.

16. Imagínate, por ejemplo, que aquí se halla presente un sabio estoico, pues contra ellos particularmente se disparó el ingenio de los académicos. Si, pues, se pregunta a Zenón o a Crisipo quién es sabio, responderán que el que han descrito ellos. Por el contrario, Epicuro u otro cualquiera de sus adversarios lo negará y pretenderá que sabio para ellos es el más hábil cazador de placeres. De aquí surge la controversia. Grita Zenón y todo el Pórtico clama alborotadamente que el hombre no ha nacido más que para la virtud; que ella con su esplendor atrae hacia sí a las almas, sin proponerles ventaja exterior alguna ni recompensas vanas, más que a sí misma; que el placer de Epicuro sólo es propio de las bestias, y que echar al hombre y al sabio a vivir en esa sociedad es una impiedad.

Entonces, Epicuro, cual otro Baco, de los jardines llama en su defensa a la turba de borrachos, buscando enfurecidos a quien despedazar con sus negras uñas y su dañina boca, elogiando ante el pueblo *el placer, la dulzura y el reposo* y defendiendo con energía que nadie sin ellas puede ser feliz.

Si un académico interviene en la disputa, verá que cada parte trata de ganárselo para sí; pero si se pone al lado de uno de ellos,

[3.7.16] «Fac enim uerbi causa stoicum adesse sapientem; nam contra eos potissimum Academicorum exarsit ingenium. Ergo Zeno uel Chrysippus si interrogentur, qui sit sapiens, respondebit eum esse, quem ipse descripserit. Contra Epicurus uel quis alius aduersariorum negabit suumque potius peritissimum uoluptatum aucupem sapientem esse contendet. Inde ad iurgium. Clamat Zeno et tota illa porticus tumultuatur hominem natum ad nihil esse aliud quam honestatem; ipsam suo splendore in se animos ducere nullo prorsus commodo extrinsecus posito et quasi lenocinante mercede, uoluptatemque illam Epicuri solis inter se pecoribus esse communem, in quorum societatem et hominem et sapientem trudere nefas esse. Contra ille conuocata de hortulis in auxilium quasi Liber turba temulentorum, quaerentium tamen, quem incomptis unguibus bacchantes asperoque ore discernant, uoluptatis nomen, suauitatem, fuietem teste populo exaggerans instat acriter, ut nisi ea beatus nemo esse posse uideatur. In quorum rixam si Academicus incurrerit, utrosque audiet trahentes se ad suas partes, sed si in illos aut in

será tildado de loco, de ignorante y temerario por aquellos a quienes ha abandonado. Por tanto, después de escuchar atentamente a una y otra parte, al preguntarle cuál es su opinión, responderá que duda. Preguntad ahora a un estoico quién es mejor: Epicuro, de quien se dice que delira, o el académico, que en asunto de tanta importancia afirma que necesita tiempo para deliberar. Nadie pone en duda de que el académico será el preferido.

Y de la misma manera Cicerón presenta a sus lectores, con toda clase de detalles y a modo de ameno espectáculo, todas las sectas, mostrando que de ellas no hay ninguna que no se otorgue el primer puesto para sí, lo que es natural, y asigne el segundo no al que le contradice, sino al que ven dudar. Yo no me opondré a esto, y me guardaré muy mucho de arrebatárles su gloria.

Capítulo VIII CRÍTICA A LA OPINIÓN DE CICERÓN

17. Algunos realmente piensan que Cicerón en este lugar no ha querido bromear, sino buscar y recoger algunos datos vanos y

istos concesserit, ab eis, quos deseret, insanus imperitus temerariusque clamabitur. Itaque cum et hac et illac aurem diligenter admouerit, interrogatus, quid ei uideatur, dubitare se dicet. Roga nunc Stoicum, qui sit melior, Epicurusne, qui delirare illum clamat, an Academicus, qui sibs adhuc de re tanta deliberandum esse pronuntiat: nemo dubitat Academicum praelatum iri. Rursus te ad illum conuerte et quaere, quem magis amet, Zenonem, a quo bestia nominatur, an Arcesilan, a quo audit: «tu fortasse uerum dicis, sed requiram diligentius»: nonne apertum est totam illam porticum insanam, Academicos autem prae illis modestos cautosque homines uideri Epicuro?» Ita peraeque prope de omnibus sectis copiosissime Cicero iucundissimum legentibus quasi spectaculum praebet uelut ostendens nullum illorum esse, qui non, cum sibi primas partes dederit, quod necesse est, secundas ei dicat dare, quem non repugnare sed dubitare conspexerit. In quo ego nihil aduersabor nec eis ullam auferam gloriam.

[3.8.17] Videatur sane quibuslibet Cicero hic non iocatus sed inania et uentosa quaedam —quod ab ipsorum Graeculorum leuitate abhorreret—

poco seguros, porque detestaba la superficialidad de los mismos griegos. ¿Qué me impide a mí, si deseo oponerme a la vanidad de los académicos, mostrar fácilmente que ser indócil es mayor mal que ser indocto? De donde se sigue que cuando aquel vanidoso académico se presenta como discípulo ante cada uno de ellos, y nadie le haya podido convencer de lo que cree saber, se reunirán finalmente todos para mofarse de él. Porque al pensar que ninguno de sus otros adversarios nada aprendió, él pensará igualmente que el académico es incapaz de aprender nada de nadie. Por tal motivo, será expulsado inmediatamente de todas sus escuelas, no a golpe de látigo, lo cual sería para ellos más humillante que incómodo para él, sino con porras y bastones escondidos bajo el manto. No será, pues, cosa tan difícil reclamar la ayuda hercúlea de los cínicos para acabar con peste tan común.

Si se me permite disputar a los académicos esta gloria tan ilusoria —lo que ciertamente se me concederá por ser amante de la sabiduría, aunque sabio todavía no—, ¿qué podrán responder?

Imaginemos que este académico y yo nos lanzamos al ruedo de los debates de los filósofos: se encuentran ya todos presentes, y cada uno, de acuerdo con el tiempo fijado, expone brevemente sus

sequi et colligere uoluisse. Quid enim me impedit, quin, si huic uanitati resistere uelim, facile ostendam, quanto minus malum sit indoctum esse quam indocilem? Unde fit, ut, cum se ille Academicus iactanticulus quasi discipulum singulis dederit nemoque illi quod se scire putat persuadere potuerit, magna illorum postea consensione rideatur. Iam enim quisque alium quemlibet aduersariorum suorum nihil didicisse, hunc uero nihil posse discere iudicabit. Ex quo deinceps de omnium scholis non ferulis, quod esset deformius quam molestius, sed illorum palliatorum clauis et fustibus proicietur. Non enim magnum negotium erit contra communem pestem uelut Herculea quaedam postulare auxilia Cynicorum. Si autem ista uilissima gloria cum his certare libeat, quod philosophanti mihi iam quidem sed nondum sapienti faciliore uenia concedendum est, quid habebunt, quod possint refellere? Ecce enim faciamus me atque Academicum in illas lites philosophorum inuisse; omnes prorsus assint, exponant breuiter pro tempore sententias suas. Quaeratur de Carneade,

opiniones. Preguntemos a Carnéades cuál es su opinión. Nos responderá que duda. Y así cada uno le preferirá a los demás. En consecuencia, todos le preferirán a todos: ¡realmente qué gloria tan inmensa! ¿Quién no querrá imitarle? Y si se me pregunta a mí, responderé lo mismo, y mi alabanza también será idéntica. ¿Se alegra, pues, el sabio de una gloria idéntica a la del necio? ¿Y qué sucederá si además fácilmente le supera? ¿No hará nada la vergüenza? Pues a este académico al salir del tribunal, lo detendré. Porque la necedad es insaciable de tal clase de victorias. Y, una vez retenido, expondré a los jueces lo que ellos ignoran, y les diré: «Varones ilustres, tengo de común con este hombre lo siguiente: la duda sobre quién de vosotros sigue la verdad. Pero tenemos también nuestras propias opiniones, y os pido deis vuestro parecer sobre ellas. Pues, aunque he oído vuestras sentencias, sigo sin saber dónde se encuentra la verdad, porque ignoro quién entre vosotros es sabio. Sin embargo, éste sostiene incluso que el mismo sabio no sabe nada, ni siquiera conoce la sabiduría misma, de la que el sabio recibe su nombre».

¿Quién no ve al que le corresponde la palma? Pues si mi adversario dice esto, yo le superaré en gloria; pero si avergonzado confesara que el sabio conoce la sabiduría, mi opinión triunfará sobre la suya.

quid censeat. Dubitare se dicet. Itaque illum singuli praeferent caeteris, ergo omnes omnibus, magna nimirum atque altissima gloria. Quis istum nolit imitari? Et ego itaque interrogatus idem respondebo; par erit laus. Ea igitur gloria gaudet sapiens, in qua illi stultus aequatur. Quid, si eum etiam facile superat? nihilne agit pudor? Nam istum Academicum iam de iudicio discedentem tenebo; quippe audior huius modi uictoriae stultitia est. Ergo eo retento prodam iudicibus quod ignorant et dicam: ego, uiri optimi, hoc cum isto commune habeo, quod dubitat, quis uestrum uerum sequatur. Sed habemus etiam proprias sententias, de quibus peto iudicetis. Nam mihi incertum est quidem, quamuis audierim decreta uestra, ubi sit uerum, sed ideo, quod qui sit in uobis sapiens ignoro. Iste autem etiam ipsam sapientem negat aliquid scire, ne ipsam quidem unde sapiens dicitur sapientiam. Quis non uideat palma illa cuius sit? Nam si hoc aduersarius meus dixerit, uincam gloria; si autem erubescens confessus fuerit sapientem scire sapientiam, uincam sententia.

Capítulo IX
LA DEFINICIÓN DE ZENÓN

18. Retirémonos, por fin, de este ruidoso tribunal amigo de pleitear a un lugar donde no nos moleste el alboroto de las gentes, y ojalá sea a la misma escuela de Platón, llamada así, según se dice, por estar retirada del pueblo y allí, en la medida de nuestras fuerzas, discutamos no de la gloria, que es cosa superficial y pueril, sino de la vida misma y de una cierta esperanza de la felicidad del alma.

Los académicos niegan la posibilidad de conocer algo.

—¿Y en qué os apoyáis, doctísimos y muy cultos varones, para afirmar esto?

—Nos ha impresionado, dicen, la definición de Zenón.

—¿Por qué?, os pregunto yo. Porque si es verdadera, alguna verdad reconoce quien la admite. Pero si es falsa, no debió inquietaros, varones de firme espíritu. Veamos, pues, lo que dice Zenón, a saber: Es claro que una cosa puede percibirse y comprenderse cuando no tiene notas comunes con lo falso. ¿Es esto lo que te ha movido a ti, discípulo de Platón, a poner todo tu empeño en quitar la esperanza a los hombres deseosos de saber y abandonar también, con la ayuda de cierta lamentable indolencia de espíritu, toda actividad filosófica?

[3.9.18] Sed ab hoc iam litigioso tribunali secedamus in aliquem locum, ubi nobis nulla turba molesta sit, atque utinam in ipsam scholam Platonis, quae nomen ex eo dicitur accepisse, quod a populo sit secreta. Hic iam non de gloria, quod leue ac puerile est, sed de ipsa uita et de aliqua spe animi beati, quantum inter nos possumus, disseramus. Negant Academici sciri aliquid posse. Unde hoc uobis placuit, studiosissimi homines atque doctissimi? Mouit nos, inquiunt, definitio Zenonis. Cur quaeso? Nam si uera est, nonnihil ueri nouit qui uel ipsam nouit, sin falsa, non debuit constantissimos commouere. Sed uideamus quid ait Zeno: tale scilicet uisum comprehendi et percipi posse, quale cum falso non haberet signa communia. Hocine te mouit, homo Platonice, ut omnibus uiribus ab spe discendi studiosos retraheres, ut totum negotium philosophandi adiuuante quodam etiam mentis ingemiscendo torpore desererent.

19. Pero ¿cómo no había de afectarle esta definición, si le resulta imposible hallar objeto alguno que no posea notas comunes con lo falso y, además, si no puede conocerse sino lo que es así? Si esto es así, sería preferible decir que el hombre no puede alcanzar la sabiduría que decir que el sabio no sabe por qué vive, cómo vive y si vive y, finalmente, es imposible decir nada más absurdo, más extravagante y más insensato que esto, que el hombre es sabio e ignora al mismo tiempo la sabiduría. Porque, ¿qué es más difícil de llegar a entender, o que el hombre no puede ser sabio o que el sabio desconoce la sabiduría? Por lo demás, no hay necesidad alguna de discutir si la cuestión planteada así no es suficiente para poder ser resuelta. Pero si se dijese esto por casualidad, los hombres se apartarían totalmente de la Filosofía; mientras que ahora es preciso atraerlos a la sabiduría con nombre tan hermoso y tan santo, para que una vez gastados los años sin aprender nada, más tarde te colmen de mil insultos por haber renunciado al menos a los placeres del cuerpo y haber abrazado los tormentos del espíritu.

20. Pero veamos quién los aleja especialmente de la Filosofía. Será aquel que dijo: Escucha, amigo mío, se llama Filosofía no a la

[3.9.19] Sed quomodo illum non permoueret, si et nihil tale inueniri potest et, nisi quid tale est, percipi non potest? Hoc si ita est, dicendum potius erat non posse in hominem cadere sapientiam quam sapientem nescire, cur uiuat, nescire, quem ad modum uiuat, nescire, utrum uiuat, postremo, quo peruersius magisque delirum et insanum dici nihil potest, simul et sapientem esse et ignorare sapientiam. Quid enim est durius, hominem non posse esse sapientem an sapientem nescire sapientiam? Nihil hinc disputandum est, si res ipsa ita posita satis non est ad diiudicandum. Sed illud forte si diceretur, penitus homines a philosophando auerterentur; nunc uero inducendi sunt sapientiae dulcissimo et sanctissimo nomine, ut, cum contrita aetate nihil didicerint, postea te summis execrationibus prosequantur, quem relictis saltem uoluptatibus corporis ad animi tormenta secuti sunt.

[3.9.20] Sed uideamus, per quem potius a philosophia deterreantur, per eumne, qui dixerit: audi, amice, philosophia non ipsa sapientia, sed

sabiduría misma, sino al estudio de ésta, al que, si tú te dedicas, nunca llegarás a ser plenamente sabio mientras vivas aquí, puesto que la sabiduría reside en Dios y no puede acaecer en el hombre; pero, una vez te hayas ejercitado y purificado suficientemente mediante tal práctica, tu alma disfrutará fácilmente de ella, tras la vida presente, es decir, cuando hayas dejado de ser hombre, o, tal vez, será el que dijo: Venid, mortales, al estudio de la Filosofía; su utilidad es grande, pues, ¿qué cosa hay más querida para el hombre que la sabiduría? Consagraos, pues, al estudio de la Filosofía para llegar a ser sabios e ignorar la sabiduría.

Yo no hablaría así, dijo el académico. Eso es engañar, porque en ti no se encontrará otra cosa.

De donde resulta que si tú hablas de esta manera, huirán de ti como de un loco; si a esto los atraes de otro modo, los harás unos insensatos. Pero admitamos que por igual ambas opiniones no quieren que los hombres filosofen. Si la definición de Zenón obligaba a decir algo peligroso para la Filosofía, ¿no se debería, amigo mío, decir al hombre lo que para él es motivo de dolor, o para ti causa de burla?

21. Sin embargo, discutamos, por ignorantes que seamos, la definición de Zenón. Parece, según él, que sólo puede comprenderse

studium sapientiae uocatur; ad quam te si contuleris, non quidem, dum hic uiuis, sapiens eris —est enim apud deum sapientia nec prouenire homini potest— sed cum te tali studio satis exercueris atque mundaueris, animus tuus ea post hanc uitam, id est cum homo esse desieris, facile perfruetur, an per eum, qui dixerit: uenite, mortales ad philosophiam! magnus hic fructus est; quid enim homini sapientia carius? uenite igitur, ut sapientes sitis et sapientiam nesciatis! «Non», inquit, «a me ita dicitur». Hoc est decipere; nam nihil aliud apud te inuenietur. Ita fit, ut, si hoc dixeris, fugiant tamquam insanum, si alio modo ad hoc adduxeris, facias insanos. Sed credamus propter utramque sententiam aequae homines nolle philosophari. Si aliquid philosophiae perniciosum Zenonis definitio dicere cogebat, mi homo, idne homini dicendum fuit, unde se doleret, an id, unde te derideret.

[3.9.21] Tamen quod Zeno definiuit, quantum stulti possumus discutamus. Id uisum ait posse comprehendere, quod sic appareret, ut

aquello que se muestra de tal manera verdadero que no puede aparecer falso. Es evidente que, fuera de esto, nada puede ser percibido.

—Yo pienso lo mismo, dice Arcesilao, y por tanto manifiesto que nada puede ser percibido, dado que no es posible hallar un objeto así.

—Es posible que tú y otros necios como tú, sí; y ¿por qué el sabio no puede? Aunque creo que nada puede responderse al insensato, caso que te pida rechazar la definición misma de Zenón empleando tu conocida agudeza y, además, mostrar que puede ser falsa. Si no puedes, en ella tienes ya una proposición cierta. Pero, si la refutas, nada te impedirá conocerla con certeza. No veo que se la pueda refutar y la considere como verdadera. Por consiguiente, desde el momento en que la conozco, aunque sea un necio, algo conozco. Pero procura que sucumba a tus argucias.

Echaré mano de un dilema realmente seguro. La definición o es verdadera o es falsa; si es verdadera, poseo realmente la verdad; si es falsa, puede conocerse algo aunque tenga alguna nota común con lo falso.

—Y ¿cómo es posible esto?, pregunta él.

—Pues bien, Zenón nos ha dado una definición verdadera, y quien esté de acuerdo con él en esto no se engaña. ¿Juzgaremos,

falsum apparere non posset. Manifestum est nihil aliud in perceptionem uenire. Hoc et ego, inquit Arcesilas uideo et hoc ipso doceo nihil percipi. Non enim tale aliquid inueniri potest. Fortasse abs te atque ab aliis stultis; at a sapiente cur non potest? Quamquam et ipsi stulto nihil responderi posse arbitror, si tibi dicat, ut illo memorabili acumine tuo hanc ipsam Zenonis definitionem refellas et ostendas eam etiam falsam esse posse; quod si non potueris, hanc ipsam quam percipias habes, si autem refelleris, unde a percipiendo impediaris non habes. Ego eam refelli posse non uideo et omnino uerissimam iudico. Itaque cum eam scio, quamuis sim stultus, nonnihil scio. Sed fac illam uersutiae tuae cedere. Utar complexione securissima. Aut enim uera est aut falsa. Si uera bene teneo; si falsa, potest aliquid percipi, etiamsi habeat communia signa cum falso. Unde, inquit, potest? Verissime igitur Zeno definiuit nec ei quisquis uel

acaso, de escaso mérito y poca sinceridad una definición que se ha mostrado a sí misma, frente a aquellos que estaban dispuestos a combatir la posibilidad de conocer, ser tal que designa cómo un objeto, según ella, puede ser percibido? Por tanto, ella es para las cosas comprensibles no sólo una definición sino también un ejemplo.

—Yo no sé, dijo Arcesilao, si ella es verdadera. Pero, por ser probable, al seguirla, manifiesto que no existe nada parecido a lo que ella ha formulado que se puede conocer.

—Tú, tal vez, te sirves de ella menos para ella misma y conoces, según creo, cuál es la consecuencia. Pero aunque no estemos seguros de ella, no por ello nos abandona la ciencia de todo conocimiento, porque sabemos que es verdadera o falsa. Por tanto, algo sabemos. Aunque jamás conseguirá que sea un desagradecido, tengo dicha definición por totalmente verdadera. Porque, o pueden conocerse las cosas falsas, a lo que sienten verdadero pavor los académicos, y realmente es absurdo, o bien no se pueden conocer aquellas cosas que son semejantes a las falsas; de donde es preciso concluir que esa definición es verdadera. Pero ahora examinemos lo restante.

in hoc consensit, errauit. An paruae laudis et sinceritatis definitionem putabimus quae contra eos, qui erant aduersum perceptionem multa dicturi, cum designaret quale esset quod percipi posset, se ipsam talem esse monstrauit? Ita comprehensibilibus rebus et definitio est et exemplum. Utrum, ait, etiam ipsa uera sit nescio; sed quia est probabilis, ideo eam sequens ostendo nihil esse tale, quale illa expressit posse comprehendi. Ostendis fortasse praeter ipsam et uides, ut arbitror, quid sequatur. Quodsi etiam eius incerti sumus, nec ita nos deserit scientia. Scimus enim aut ueram esse aut falsam; non igitur nihil scimus. Quamquam numquam efficiet, ut ingratus sim, prorsus ego illam definitionem uerissimam iudico. Aut enim possunt percipi et falsa, quod uehementius Academici timent et re uera absurdum est, aut nec ea possunt, quae sunt falsis simillima; unde illa definitio uera est. Sed iam caetera uideamus.

Capítulo X
ALGUNOS AXIOMAS DE LOS ACADÉMICOS
Y SU REFUTACIÓN

22. Aunque todo esto, si no me engaño, puede ser suficiente para la victoria, sin embargo, no lo sea, tal vez, para un triunfo total. Dos son los axiomas que los académicos formulan contra los que estamos dispuestos a combatir aquí y en la medida de nuestras fuerzas: «Nada puede ser percibido» y «No se debe dar asentimiento a ninguna cosa». Del asentimiento hablaremos poco después, digamos ahora algo sobre el conocimiento cierto. ¿Decís que no se puede conocer absolutamente nada? Ante estas palabras se despertó Carnéades (pues de todos ellos él era el que menos profundamente dormía) y examinó la evidencia de las cosas. Y así, creo que hablando consigo mismo, como le suele suceder, dijo: ¿Entonces, Carnéades, vas a decir que no sabes si tú eres un hombre o una hormiga? ¿O es que Crisipo triunfará sobre ti? Digamos que desconocemos lo que los filósofos investigan; que lo restante no nos atañe a nosotros; de esta manera, si doy un traspies con la luz ordinaria y corriente del día, recurriré a las tinieblas de los ignorantes donde sólo ciertos ojos divinos pueden ver, los cuales, aunque me

[3.10.22] *Quamuis haec, nisi fallor, possint ad uictoriam satis esse, non tamen fortasse ad uictoriae satietatem. Duo sunt, quae ab Academicis dicuntur, contra quae, ut ualemus, uenire instituimus: nihil posse percipi et nulli rei debere assentiri. De assentiendo mox; nunc alia pauca de perceptione dicemus. Nihilne prorsus dicitis posse comprehendi? Hic euigilauit Carneades —nam nemo istorum minus alte quam ille dormiuit— et circumspectit rerum euidenciam. Itaque credo secum ipse, ut fit, loquens: ergone, ait, Carneade, dicturus es nescire te, utrum homo sis an formica? aut de te Chrysippus triumphabit? Dicamus ea nos nescire, quae inter philosophos inquiruntur, caetera ad nos non pertinere, ut si in luce titubauero cotidiana et uulgari, ad illas imperitorum tenebras prouocem, ubi soli quidam diuini oculi uident, qui me, etiamsi palpitantem atque*

vieren vacilar y caer, no pueden advertírsele a las ciegas, especialmente a los orgullosos que sentirían vergüenza de aprender algo.

¡Oh habilidad de los griegos!, tú, en verdad, caminas con elegancia bien preparada y dispuesta. Pero no ves que aquella definición no sólo es invención de un filósofo sino también está sujeta y fundamentada en el vestíbulo de la Filosofía. Si intentas eliminarla, el hacha de doble filo se volverá contra ti; porque una vez derribada la definición, no sólo puede conocerse alguna cosa, sino también puede percibirse lo que es muy parecido a lo falso, si no te atreves a hacerla añicos.

Ahí está tu escondrijo, de donde sales y te precipitas con vehemencia contra los incautos que desean pasar; pero un nuevo Hércules te estrangulará en tu caverna como al semihombre Caco y te aplastará con sus rocas, enseñando que en la Filosofía hay algo semejante a lo falso que tú no puedes reducir a incertidumbre.

Ciertamente, me encaminaba a toda prisa a otras cosas; pero todo el que te meta prisa de esta manera, Carnéades, te injuria gravemente, al creer que, teniéndote por muerto, yo puedo vencerte en cualquier parte y de cualquier manera. Y si no lo cree así, es un hombre sin compasión, que me obliga a salir de improviso de mi

cadentem aspexerint, caecis prodere nequeant praesertim arrogantibus et quos doceri aliquid pudeat. Laute quidem, o Graeca industria, succincta et parata procedis, sed non respicis illam definitionem et inuentum esse philosophi et in uestibulo philosophiae fixam atque fundatam. Quam si succidere temtabis, rediet bipennis in crura; illa enim labefactata non solum potest aliquid percipi sed etiam id potest, quod simillimum falso est, si eam non audebis euertere. Est enim latibulum tuum, unde in incautos transire cupientes uehemens erumpis atque exilis; aliquis te Hercules in tua spelunca tamquam semihominem suffocabit et eiusdem molibus opprimet docens aliquid esse in philosophia, quod tamquam simile falso incertum abs te fieri non possit. Certe ad alia properabam; hoc quisquis urget, te ipsum, Carneade, magna afficit contumelia, quem a me uel mortuum putat ubicumque aut undecumque posse superari. Si autem non putat, immisericors est, qui me passim deserere praesidia et

posición y luchar contra ti a campo abierto. Cuando apenas había comenzado a descender hacia allí, impresionado con sólo tu nombre, retrocedí y desde un lugar elevado lancé no sé qué dardo; si llegó hasta ti o el efecto que produjo, lo dirán los que nos vieron combatir. Pero, ¿a qué tengo miedo, necio de mí? Si recuerdo bien, tú estás muerto, y ni Alipio tiene ya derecho a luchar por tu sepulcro. Dios con toda seguridad me ayudará contra tu sombra.

23. Dices que en Filosofía nada puede conocerse con certeza. Y, con el fin de extender tu intervención con mayor amplitud, te sirves de las disputas y disensiones de los filósofos, y piensas que ellas te proporcionan las mejores armas contra ellos.

¿Cómo, pues, juzgaremos la disputa entre Demócrito y los antiguos físicos sobre la existencia de un solo mundo o de mundos innumerables, cuando no ha sido posible llegar a un acuerdo entre el mismo Demócrito y su heredero Epicuro? Porque cuando este personaje amigo del placer consiente a los átomos, como a diminutos servidores, es decir, a los corpúsculos que él considera con satisfacción en las tinieblas, no sólo cambiar de rumbo sino desviarse a su capricho en todas direcciones, dispó también todo su patrimonio en pleitos.

tecum in campo certare cogit; in quem descendere cum coepissem, solo tuo nomine territus pedem retuli et de superiore loco nescio quid iaculatus sum, quod utrum ad te peruenerit uel quid egerit, uiderint, sub quorum examine dimicamus. Sed quid metuo ineptus? Si bene memini, mortuus es nec iam pro sepulchro tuo iure pugnat Alypius; facile me contra umbram tuam deus adiuuabit.

[3.10.23] *Nihil ais in philosophia posse percipi et, ut orationem tuam large lateque diffundas, arripis rixas dissensionesque philosophorum et eas tibi contra illos arma ministrare arbitraris. Quomodo enim inter Democritum et superiores physicos de uno mundo et innumerabilibus litem diiudicabimus, cum inter ipsum heredemque eius Epicurum concordia manere nequiverit? Nam iste luxuriosus cum atomos quasi ancillulas suas id est corpuscula, quae in tenebris laetus amplectitur, non tenere uiam suam sed in alienos limites passim sponte declinare permittit, totum patrimonium etiam per iurgia dissipauit. Hoc uero nihil ad me*

En realidad, esto no me importa a mí nada. Si a la sabiduría pertenece el saber alguna de estas cosas, esto no puede ignorarlo el sabio. Pero si la sabiduría es otra cosa, el sabio la conoce y desprecia lo restante.

Con todo, yo, que me encuentro lejos aún de asemejarme al sabio, conozco un poco de estas materias físicas, pues tengo la certeza de que el mundo es uno o no es uno. Y si hay muchos, el número de ellos o es finito o infinito. Muéstranos Carnéades que este pensamiento tiene cierto parecido con lo falso. Más aún, sé que este nuestro mundo está así ordenado o por la naturaleza misma de los cuerpos o por una cierta Providencia, y que o ha existido siempre y siempre existirá, o que ha comenzado a existir y no cesará de existir jamás; o que no teniendo origen en el tiempo, habrá de acabar con el tiempo; o habiendo comenzado a existir, no existirá perpetuamente. Y de esta manera poseo innumerables conocimientos de este mundo físico. Porque estos dilemas son verdaderos, y nadie puede confundirlos con algo que se asemeja con la falsedad.

—Pero elige uno de ellos, dice el académico.

—De ninguna manera, porque sería decir: deja lo que tú sabes, afirma lo que ignoras.

—De esta manera tu opinión queda en suspenso.

attinet. Si enim ad sapientiam pertinet horum aliquid scire, id non potest latere sapientem. Si autem aliud quiddam est sapientia, illam scit sapiens, ista contemnit. Tamen ego, qui longe adhuc absum uel a uicinitate sapientis, in istis physicis nonnihil scio. Certum enim habeo aut unum esse mundum aut non unum; et si non unum, aut finiti numeri aut infiniti. Istam sententiam Carneades falsae esse similem doceat. Item scio mundum istum nostrum aut natura corporum aut aliqua prouidentia sic esse dispositum eumque aut semper fuisse et fore aut coepisse esse minime desitutum aut ortum ex tempore non habere, sed habiturum esse finem aut et manere coepisse et non perpetuo esse mansurum et innumerabilia physica hoc modo noui. Vera enim sunt ista disiuncta nec similitudine aliqua falsi ea quisquam potest confundere. Sed adsume aliquid, ait Academicus. Nolo; nam hoc est dicere: relinque quod scis, dic quod nescis. Sed pendet sententia. Melius certe pendet

—Mejor es, ciertamente, dejarla en suspenso que dejarla caer. Puesto que es clara, es decir, que puede llamarse verdadera o falsa. Por tanto, yo digo que conozco ésta. Tú, que afirmas que estas cuestiones pertenecen a la Filosofía y sostienes que de ellas nada puede conocerse, demuéstrame que las ignoro. Di que estos dilemas o son falsos o que con lo falso tienen algo de común, por lo que no pueden ser enteramente discernidos.

Capítulo XI LO SENSIBLE Y LO INTELIGIBLE

24 —Si los sentidos, dice Carnéades, engañan, ¿cómo sabes que este mundo existe?

—Jamás vuestros argumentos han podido aminorar de tal modo la fuerza de los sentidos que nos persuadieseis de que nada se nos muestra a nosotros, ni vosotros os habéis atrevido a sostenerlo alguna vez, pero habéis intentado con ahínco convencernos de que las cosas pueden ser distintas a como se nos muestran. Pues bien, a todo esto, sea lo que fuere, que nos contiene y nos sustenta, que aparece a mis ojos y veo que abarca la tierra y el cielo o algo parecido a la tierra y al cielo, a todo esto yo lo llamo *mundo*. Si dices

quam cadit; nempe plana est; nempe iam potest aut falsa aut uera nominari. Hanc ego me scire dico. Tu, qui nec ad philosophiam pertinere ista negas et eorum sciri nihil posse asseris, ostende me ista nescire; dic istas disiunctiones aut falsas esse aut aliquid commune habere cum falso per quod discerni omnino non possint.

[3.11.24] Unde, inquit, scis esse istum mundum, si sensus falluntur? Numquam rationes uestrae ita uim sensuum refellere potuerunt, ut conuinceretis nobis nihil uideri, nec omnino ausi estis aliquando ista temptare, sed posse aliud esse ac uidetur uehementer persuadere incubuistis. Ego itaque hoc totum, qualecumque est, quod nos continet atque alit, hoc, inquam, quod oculis meis apparet a meque sentitur habere terram et caelum aut quasi terram et quasi caelum, mundum uoco. Si dicis

que nada se me aparece, entonces jamás me engañaré, puesto que yerra el que admite temerariamente lo que es aparente. Vosotros afirmáis que lo falso puede mostrarse a los sentidos, pero os calláis el que a los sentidos nada se muestre. Así se elimina totalmente la causa de nuestro debate, precisamente allí donde os gusta triunfar, si no sólo nada sabemos, sino que también nada es lo que se nos muestra a los sentidos. Si, por el contrario, niegas que esto que se me muestra sea el mundo, entonces resulta una cuestión puramente nominal, puesto que yo he dicho que a esto le doy el nombre de mundo.

25. Y cuando duermes, ¿dirás también que existe ese mundo que tú ves? Ya he dicho que llamo mundo a todo lo que así se me muestra, sea lo que fuere. Pero si decides llamar mundo sólo al que ven los que están despiertos y los cuerdos, si puedes, defiende que los que duermen o no están en su sano juicio, no duermen y se encuentran en su sano juicio en el mundo. Por tanto, digo que toda esa masa de cuerpos, toda esa máquina en la que nos encontramos ya sea durmiendo o delirando, ya sea despiertos y en sano juicio, o es una o no es una. Explícame cómo puede ser falsa esta proposición. Si duermo, puede suceder que no haya dicho nada; o si mientras

nihil mihi uideri, numquam errabo. Is enim errat, qui quod sibi uidetur temere probat. Posse enim falsum uideri a sentientibus dicitis, nihil uideri non dicitis. Prorsus enim omnis disputationis causa tolletur, ubi regnare uos libet, si non solum nihil scimus, sed etiam nil nobis uidetur. Si autem hoc, quod mihi uidetur, negas mundum esse, de nomine controuersiam facis, cum id a me dixerim mundum uocari.

[3.11.25] Etiamne, inquires, si dormis, mundus est iste quem uides? Iam dictum est, quidquid tale mihi uidetur, mundum appello. Sed si eum solum placet mundum uocare, qui uidetur a uigilantibus uel etiam a sanis, illud contende, si potes, qui dormiunt ac furiunt, non in mundo furere atque dormire. Quam ob rem hoc dico, istam totam corporum molem atque machinam, in qua sumus siue dormientes siue furentes siue uigilantes siue sani, aut unam esse aut non esse unam. Edissere, quomodo ista possit falsa esse sententia. Si enim dormio, fieri potest, ut nihil

estaba durmiendo se han escapado algunas palabras de mi boca, como suele ocurrir, es posible que no las haya dicho estando sentado aquí, ni ante estos oyentes; pero que sea falso lo que he dicho, es imposible.

Y no digo que perciba esto porque estoy despierto, ya que podrías contestarme que esto pudo manifestármese también estando durmiendo, y, por tanto, puede ser muy semejante a lo falso. Pero si hay un mundo y otros seis mundos, es evidente que hay siete mundos, sea cual fuere el estado de ánimo en que me encuentre, y afirmo con seguridad que eso lo sé. Muéstrame por qué esta conexión o los dilemas anteriores pueden ser falsos en el sueño, la locura o la ilusión de los sentidos, y, si al despertar las recuerdo, te concederé sentirme vencido. Creo que está suficientemente claro que aquellas cosas que parecen ser falsas en el sueño o en la demencia conciernen al dominio de los sentidos corporales; pero será necesariamente verdad que tres por tres son nueve y cuadrado de los números inteligibles, aunque el mundo entero duerma profundamente.

Aunque veo también que podrían decirse muchas cosas en favor de los mismos sentidos, que no han sido rechazadas por los académicos. Creo que no debemos acusar a los sentidos ni de las falsas

dixerim; aut si etiam ore dormientis uerba ut solet euaserunt potest fieri, ut non hic non ita sedens non istis audientibus dixerim; ut autem hoc falsum sit, non potest. Nec ego me illud percepisse dico, quod uigilem. Potes enim dicere hoc mihi etiam dormienti uideri potuisse, ideoque hoc potest esse falso simillimum. Si autem unus et sex mundi sunt, septem mundos esse, quoquo modo affectus sim, manifestum est et id me scire non impudenter affirmo. Quare uel hanc connexionem uel illas superius disiunctiones doce somno aut furore aut uanitate sensuum posse esse falsas et me, si expergefactus ista meminero, uictum esse concedam. Credo enim iam satis liquere, quae per somnium et dementiae falsa uideantur, ea scilicet quae ad corporis sensus pertinent; nam ter terna nouem esse et quadratum intellegibilium numerorum necesse est uel genere humano stertente sit uerum. Quamquam etiam pro ipsis sensibus multa uideo posse dici, quae ab Academicis reprehensa non inuenimus. Credo enim sensus non accusari, uel quod imaginationes falsas furentes

imaginaciones que los dementes sufren ni de las falsas ficciones que vemos en sueños. Porque si ellos han informado de la verdad a los que se hallan despiertos y en su sano juicio, no se les puede hacer responsables de las quimeras que el ánimo puede elaborar durante el sueño o la demencia.

26. Nos queda por analizar si la información que nos ofrecen los sentidos es una información verdadera. Supongamos, pues, que un epicúreo nos dice: Yo no tengo queja alguna contra los sentidos, pues resulta injusto exigirles más de lo que pueden. Ahora bien, lo que pueden ver los ojos, cuando ven, es verdad.

—¿Luego, cuando ven un remo en el agua, es verdad lo que los ojos ven?

—Ciertamente. Porque al existir una causa por la que el remo aparece de esa manera, si el remo introducido en el agua apareciera recto, entonces yo responsabilizaría más bien a los ojos de dar una información falsa, por no haber visto lo que deberían haber visto, existiendo tales causas.

¿Hay necesidad de más ejemplos? Puede decirse lo mismo del movimiento de las torres, de las alas de las aves y de otras muchas cosas.

Sin embargo, si doy mi asentimiento yo me engaño, dirá alguno. Pues bien, jamás des tu asentimiento a nada, a no ser que estés

patiuntur uel quod falsas in somnis uidemus. Si enim uera uigilantibus sanisque renuntiarunt, nihil ad eos, quid sibi animus dormientis insanientisque confingat.

[3.11.26] Restat, ut quaeratur, utrum cum ipsi renuntiant uerum renuntient. Age, si dicat Epicureus quispiam: «nihil habeo quod de sensibus conquerar; iniustum est enim ab eis exigere plus quam possunt; quidquid autem possunt uidere oculi, uerum uident», ergone uerum est quod de remo in aqua uident? prorsus uerum. Nam causa accedente, quare ita uideretur, si demersus unda remus rectus appareret, magis oculos meos falsae renuntiationis arguerem. Non enim uiderent, quod talibus existentibus causis uidendum fuit. Quid multis opus est? Hoc de turrium motu, hoc de pinnulis auium, hoc de caeteris innumerabilibus dici potest. «Ego tamen fallor, si adsentiar», ait quispiam. Noli plus assentiri, quam ut ita tibi apparere persuadeas, et

tan persuadido que la cosa te parece así, y no te habrás engañado. No sé cómo un académico puede refutar al que dice: Yo sé que esto me parece blanco, sé que esto deleita mis oídos, que el olor de esto me resulta agradable, que esto me sabe dulce y sé que esto es frío para mí.

—Pero, sobre todo, dime si las hojas del olivo silvestre, que tanto apetece el cabritillo, en sí mismas son amargas.

—¡Hombre testarudo! ¿No es más modesto el cabritillo mismo? Desconozco cómo le sabe este follaje al animal; a mi me resultan amargas. ¿Quieres algo más?

—Pero, posiblemente haya también algún hombre a quien no le resulten amargas.

—¿Tratas de aburrirme? ¿He dicho, acaso, que son amargas para todos? He dicho que lo son para mí, pero no sostengo que ellas lo sean siempre.

¿Qué sucedería si, por alguna razón, una cosa me sabe ahora dulce, ahora amarga al paladar?

—Yo digo solamente esto: Cuando un hombre saborea algo, con razón puede certificar que sabe que eso es dulce o amargo a su paladar, y que no hay pretexto alguno en Grecia que pueda privarle de este conocimiento.

nulla deceptio est. Non enim uideo, quomodo refellat Academicus eum qui dicit: hoc mihi candidum uideri scio, hoc auditum meum delectari scio, hoc mihi iucunde olere scio, hoc mihi sapere dulciter scio, hoc mihi esse frigidum scio. Dic potius, utrum per se amarae sint oleastri frondes, quas caper tam pertinaciter appetit. O hominem improbum! nonne est caper ipse modestior? Nescio, quales pecori sint, mihi tamen amarae sunt. Quid quaeris amplius? Sed est fortasse aliquis etiam hominum, cui non sint amarae. Tendisne in molestiam? numquidnam ego amaras esse omnibus hominibus dixi? Mihi dixi et hoc non semper affirmo. Quid, si enim alias alia causa nunc dulce quippiam, nunc amarum in ore sentiatur? illud dico, posse hominem, cum aliquid gustat, bona fide iurare se scire palato suo illud suaue esse uel contra nec ulla calumnia Graeca ab ista

¿Quién hay tan desvergonzado que, cuando estoy saboreando algo con placer, me diga: tú, posiblemente, no saboreas nada, sino que eso es un sueño? ¿Acaso digo yo lo contrario? Sin embargo, aquello, incluso en sueños, también me produciría placer. Por tanto, ninguna semejanza con la falsedad existe que pueda desfigurar lo que he dicho que conozco.

Tal vez Epicuro o los Cirenaicos podrían dar aún, en pro de los sentidos, otras muchas razones, contra las cuales no tenemos constancia de que los académicos hayan dicho nada. Pero a mí esto, ¿qué me importa? Cuenten también con mi aprobación, si quieren y pueden refutar lo que acaban de decir. Todo lo que ellos alegan contra los sentidos, no tiene el mismo valor para todos los filósofos. Pues hay quienes manifiestan que todo aquello que llega a la mente por medio de los sentidos corporales puede engendrar opinión, pero no ciencia. La ciencia, no obstante, se contiene, según ellos, en el entendimiento y, alejada de los sentidos, vive en la mente. Y posiblemente el sabio que buscamos se encuentre entre el número de ellos. Pero de esto hablaremos en otra ocasión. Pasemos ahora a otros puntos que, si no me engaño, después de lo ya dicho, aclararemos en breves palabras.

scientia posse deduci. Quis enim tam inpudens sit, qui mihi cum delectatione aliquid ligurrienti dicat: fortasse non gustas, sed hoc somnium est? numquidnam resisto? Sed me tamen illud in somnis etiam delectaret. Quare illud quod me scire dixi, nulla confundit similitudo falsorum et Epicureus uel Cyrenaici et alia multa fortasse pro sensibus dicant, contra quae nihil dictum esse ab Academicis accepi. Sed quid ad me? Si uolunt ista et si possunt, etiam me fauente, rescindant. Quicquid enim contra sensus ab eis disputatur, non contra omnes philosophos ualet. Sunt enim qui omnia ista, quae corporis sensu accipit animus, opinionem posse gignere confitentur, scientiam uero negant, quam tamen uolunt intellegentia contineri remotamque a sensibus in mente uiuere. Et forte in eorum numero est sapiens ille, quem quaerimus. Sed de hoc alias. Nunc ad reliqua pergamus, quae propter ista, quae iam dicta sunt, paucis, nisi fallor, explicabimus.

Capítulo XII
LA CERTEZA MORAL Y LOS SENTIDOS

27. —¿En qué medida los sentidos corporales ayudan o estorban al que se ocupa del estudio de la moral? Si el cuello de la paloma, o una voz desconocida, o un objeto pesado para el hombre pero ligero para un camello, y otros mil ejemplos, no impide decir a los mismos que han puesto el sumo bien del hombre en el placer, que saben que el deleite deleita, o que lo desagradable desagrada —no veo cómo se les pueda responder—, ¿conmoverán tales cosas a quien pone el sumo bien del hombre en el alma? ¿Cuál de ellos preferieses? Si deseas mi opinión, creo que el sumo bien del hombre se halla en el alma. Pero ahora tratamos de la ciencia. Por tanto, pregunta al sabio que no puede ignorar la sabiduría. A mí, sin embargo, que soy torpe e ignorante, se me permite saber que el supremo bien del hombre, en que reside la vida feliz, o no existe, o existe en el alma, o en el cuerpo, o en ambos. Convénceme, si puedes, de que no sé esto, y que la fuerza de vuestros razonamientos no lo han conseguido aún. Y si tú no puedes conseguirlo, porque no hallarás algo

[3.12.27] Quid enim de moribus inquirentem uel iuuat uel impedit corporis sensus? Nisi uero illos ipsos, qui summum hominis bonum in uoluptate posuerunt, nihil impedit aut columbae collum aut uox incerta aut graue pondus homini, quod camelis leue est, aut alia sescenta, quominus dicant eo, quo delectantur, delectari se scire uel eo, quo offenduntur, offendi, quod refelli posse non uideo. Eum commouebunt, qui finem boni mente complectitur? Quid horum tu eligis? Si quid mihi uideatur quaeris, in mente arbitror esse summum hominis bonum. Sed nunc de scientia quaerimus. Ergo interroga sapientem, qui non potest ignorare sapientiam; mihi tamen tardo illi atque stulto licet interim scire boni humani finem, in quo inhabitet beata uita, aut nullum esse aut in animo esse aut in corpore aut in utroque. Hoc me, si potes, nescire conuince, quod notissimae illae uestrae rationes nullo modo faciunt. Quod si non potes —non enim

semejante con lo falso, ¿dudaré yo en concluir razonablemente que el sabio conozca cuanto de verdad hay en la Filosofía, cuando yo en ella he conocido tantas verdades?

28. Pero, quizás, tenga miedo de escoger el sumo bien estando dormido. No hay peligro alguno. Cuando se despierte, si algo no le agrada, lo rechazará, y si le agrada, lo aceptará. ¿Quién le vituperará realmente por haber visto en sueños algo falso? ¿O tal vez temerá perder la sabiduría estando dormido, si toma lo falso por verdadero? Pero ni un hombre durmiendo podrá soñar esto, llamar a uno sabio cuando está despierto y negárselo cuando está dormido. Otro tanto puede decirse del demente. Pero me veo obligado a tratar otras cuestiones. Sin embargo, no quiero dejar esto sin antes formular una conclusión bien fundamentada. Ya que o se pierde la sabiduría con la locura, y entonces, el que decís que ignora la verdad no será ya sabio, o bien su ciencia permanece en el entendimiento, aun cuando otra parte del alma elabore durante el sueño imágenes recibidas por los sentidos.

reperies, cui falso simile sit— egone concludere dubitabo recte mihi uideri scire sapientem quicquid in philosophia uerum est, cum ego inde tam multa uera cognouerim.

[3.12.28] Sed metuit fortasse, ne summum bonum eligat dormiens. Nihil pericli est; cum euigilauerit, repudiabit, si displicet, tenebit, si placet. Quis enim eum recte uituperabit, quod falsum uidit in somnis? aut fortasse illud formidabit, ne dormiens amittat sapientiam, si pro ueris falsa probauerit? Hoc iam ne dormiens quidem audet somniare, ut sapientem uigilantem uocet, neget, si dormiat. Haec etiam de furore dici possunt; sed in alia festinat oratio. Haec tamen sine conclusione securissima non relinquo. Aut enim amittitur furore sapientia et iam non erit sapiens, quem uerum ignorare clamatis, aut scientia eius manet in intellectu, etiamsi pars animi caetera id, quod accepit a sensibus, uelut in somnis imaginetur.

Capítulo XIII CERTEZA Y DIALÉCTICA

29. Nos queda por hablar de la Dialéctica, que el sabio ciertamente conoce muy bien, porque la falsedad no puede ser objeto de conocimiento para nadie. Y si no la conoce el sabio, su conocimiento no pertenece a la sabiduría, puesto que sin ella llegó a ser sabio, y resulta superfluo buscar si es verdadera, o si puede ser objeto de conocimiento cierto.

Es posible que alguien en este momento me diga: Tú, ignorante como eres, sueles dar a conocer lo que sabes, y ¿no has podido conocer nada de la Dialéctica? De ella realmente yo sé muchas más cosas que de cualquier otra parte de la Filosofía. En primer lugar, porque ella me ha enseñado que todas las proposiciones, antes mencionadas, eran verdaderas. Y, en segundo lugar, porque gracias a ella he llegado a conocer otras muchas verdades. Enumeradlas, si podéis. Si en el mundo hay cuatro elementos, entonces no hay cinco. Si no hay más que un sol, entonces no hay dos. Una misma alma no puede morir y ser inmortal. Ni un hombre puede ser al mismo tiempo feliz e infeliz. Ni a la vez brilla el sol y es noche. Ahora o estamos despiertos o estamos dormidos. Lo que me parece

[3.13.29] Restat dialectica, quam certe sapiens bene nouit, nec falsum scire quisquam potest. Si uero eam nescit, non pertinet ad sapientiam eius cognitio, sine qua esse sapiens potuit, et superfluo utrum uera sit possitue percipi quaerimus. Hic fortassis mihi aliquis dicat: «soles prodere tu stulte, quid noueris, an de dialectica nihil scire potuisti?» ego uero plura quam de quauis parte philosophiae. Nam primo illas omnes propositiones, quibus supra usus sum, ueras esse ista me docuit. Deinde per istam noui alia multa uera. Sed quam multa sint, numerate, si potestis: si quattuor in mundo elementa sunt, non sunt quinque; si sol unus est, non sunt duo; non potest una anima et mori et esse immortalis; non potest homo simul et beatus et miser esse; non hic et sol lucet et nox est; aut uigilamus nunc aut dormimus; aut corpus est, quod mihi uidere uideor,

ver, o es un cuerpo o no lo es. Gracias a la Dialéctica he aprendido que éstas y otras muchas proposiciones, que sería largo enumerar en este momento, son verdaderas, verdaderas en sí mismas, sea cual fuere la manera de comportarse nuestros sentidos. Ella me ha enseñado que si, de las proposiciones enlazadas que he propuesto se afirma la parte antecedente, entonces se deduce la otra necesariamente, y también que las otras proposiciones que he formulado como opuestas o disyuntivas tienen tal naturaleza, que, cuando se niega uno o varios miembros, lo que queda es afirmado en virtud de la misma negación de las otras.

Ella igualmente me ha enseñado que, cuando hay consenso sobre la materia del debate, no debe discutirse acerca de las palabras, y si alguno lo hace por ignorancia, se le debe instruir; y si lo hace por malicia, debe ser abandonado; si es incapaz de ser instruido, aconséjele que se dedique a otra cosa, en vez de perder inútilmente tiempo y esfuerzo; si no hace caso, no conviene prestarle atención.

Con respecto a los razonamientos capciosos y falaces existe una norma muy breve: Si se deducen porque se ha concedido algo incorrectamente, es preciso volver a lo que se había concedido. Si en una misma conclusión lo verdadero y lo falso entran en conflicto,

aut non est corpus. Haec et alia multa, quae commemorare longissimum est, per istam didici uera esse, quoquo modo se habeant sensus nostri, in se ipsa uera. Docuit me, si cuius eorum, quae per connexionem modo proposui, pars antecedens assumpta fuerit, trahere necessario id, quod annexum est, ea uero, quae per repugnantiam uel disiunctionem a me sunt enuntiata, hanc habere naturam, ut, cum auferuntur caetera, siue unum siue plura sint, restet aliquid, quod eorum ablatione firmetur. Docuit etiam me, cum de re constat, propter quam uerba dicuntur, de uerbis non debere contendere, et quisquis id faciat, si imperitia faciat, docendum esse, si malitia, deserendum, si doceri non potest, monendum, ut aliquid aliud potius agat, quam tempus in superfluis operamque consumat, si non obtemperat, neglegendum. De captiosis autem atque fallacibus ratiunculis breue praeceptum est: si male concedendo inferuntur, ad ea quae concessa sunt esse redeundum; si uerum falsumque in una conclusione confligunt,

tórnese aquello que se comprende y déjese lo que no puede explicarse. Si la manera de ser de algunas cosas se oculta absolutamente a los ojos del hombre, debe prescindirse de su conocimiento. Todo esto me ha enseñado la Dialéctica y otras muchas cosas que no es necesario enumerar. Y no debo ser desagradecido con ella. Así, pues, aquel sabio, o descuida estas cosas o, si la Dialéctica es realmente la ciencia de la verdad, la conoce suficientemente como para despreciar y dejar que desaparezca sin piedad este falso sofisma: *Si es verdadero, es falso; si es falso, es verdadero.*

Acerca de la percepción creo que es suficiente lo dicho, porque cuando hable sobre el asentimiento, allí será tratada de nuevo toda la cuestión.

Capítulo XIV

EL SABIO Y EL ASENTIMIENTO A LA SABIDURÍA

30. Vayamos ya a aquella parte en la que Alipio parece tener aún cierta duda. Examinemos, en primer lugar, qué es lo que de manera tan aguda y cautelosamente te hace dudar. Si, como has dicho, la opinión de los académicos, apoyada sobre tantas y tan

accipiendum inde quod intellegitur, quod explicari non potest relinquendum; si autem modus in aliquibus rebus latet penitus hominem, scientiam eius non esse quaerendam. Haec quidem habeo a dialectica et alia multa, quae commemorare non est necesse; neque enim debeo ingratus existere. Verum ille sapiens aut haec neglegit aut, si perfecta dialectica ipsa scientia ueritatis est, sic illam nouit, ut istorum mendacissimam calumniam: si uerum est, falsum est, si falsum est, uerum est, contemnendo et non miserando fame necet. Haec de perceptione satis esse propterea puto, quia de assentiendo cum dicere coepero, tota ibi rursus causa uersabitur.

[3.14.30] Iam ergo ad eam partem ueniamus, in qua dubitare adhuc uidetur Alypius, et primo id ipsum perspiciamus quale sit, quod te acutissime atque cautissime mouet. Nam si tot tantisque rationibus roboratam —hoc enim dixisti— Academicorum sententiam, qua eis

poderosas razones, sostiene que el sabio nada conoce, la has destruido con tu nuevo razonamiento con el que se nos obliga a confesar que es mucho más probable que el sabio conoce la sabiduría, será necesario aún más suspender el asentimiento. Con esto mismo se pone de manifiesto que, ni por muchos y sutilísimos que sean los argumentos, nada puede aconsejarse que se resista a los argumentos más o menos fuertes de la parte contraria, si en ella realmente hay agudeza. De donde se sigue que, cuando un académico ha sido vencido, llega entonces a ser vencedor. ¡Ojalá sea vencido! Porque ni con todas las sutilezas del ingenio griego conseguirán que se separe de mí a la vez vencido y vencedor. Ciertamente, si no se encuentra otra cosa que pueda decirse contra tales argucias, voluntariamente me daré por vencido. Porque aquí no tratamos de alcanzar la gloria, sino de hallar la verdad. Para mí es suficiente superar de cualquier modo esa montaña que se opone a los que desean ingresar en la Filosofía y, al retenerlos dentro de no sé qué clase de antros tenebrosos, amenaza llenar toda la Filosofía de oscuridad, no permitiéndoles esperar ni hallar en ella algún rayo de luz. Por otra parte, qué más voy a desear si es probable que el sabio conoce ya alguna cosa. Pues la única razón verosímil que creía tener el

placuit nihil scire sapientem, hoc tuum labefactat inuentum, quo cogimur confiteri multo esse probabilius sapientem scire sapientiam, magis est assensio cohibenda. Hoc ipso enim ostenditur nihil quamlibet copiosissimis subtilissimisque argumentis posse suaderi, cui non ex parte contraria, si assit ingenium, non minus acriter uel fortasse acrius resistatur. Eo fit, ut, cum sit uictus Academicus, uicerit. O utinam uincatur! numquam efficiet quauis arte Pelasga, ut simul a me uictus uictorque discedat. Certe nihil aliud inueniatur, quod aduersum ista dici possit, et ultro me uictum esse profiteor. Non enim de gloria comparanda, sed de inuenienda ueritate tractamus. Mihi satis est quoquo modo molem istam transcendere, quae intransibilibus ad philosophiam sese opponit et nescio quibus receptaculis tenebrascens talem esse philosophiam totam minatur nihilque in ea lucis inuentum iri sperare permittit. Quid autem amplius desiderem, nihil habeo, si iam probabile est nonnihil scire sapientem. Non enim alia causa ueri simile uidebatur eum assensionem

sabio para suspender su asentimiento era, probablemente, que no se podía comprender nada. Eliminada esta dificultad (y desde el momento en que hemos acordado que el sabio conoce la sabiduría), ya no existe razón alguna para que el sabio al menos no presste su asentimiento a la sabiduría misma. Porque, sin duda, es más absurdo que el sabio no admita la sabiduría que el sabio la desconozca.

31. Imaginémonos sólo por unos instantes, si podemos, un debate entre el sabio y la sabiduría. Y ¿qué va a decir la sabiduría sino que ella es la sabiduría? El sabio, por el contrario, responderá: No lo creo. ¿Quién dice a la sabiduría: No creo que exista la sabiduría? ¿Quién, sino aquel con el que ella ha podido dialogar y convivir, es decir, el sabio? Id ahora y buscadme para que luche contra los académicos. Tenéis ya un nuevo combate: la sabiduría y el sabio luchan entre sí. El sabio no quiere dar su asentimiento a la sabiduría. Yo espero tranquilamente con vosotros, pues ¿quién no cree que la sabiduría es invencible?

Con todo, defendámonos con algún dilema. Pues en este debate, o el académico vencerá a la sabiduría, y será vencido por mí,

sustinere debere, nisi quia erat ueri simile nihil posse comprehendi. Quo sublato —percipit enim sapiens uel ipsam ut iam conceditur sapientiam— nulla iam causa remanebit, cur non assentiatur sapiens uel ipsi sapientiae. Est enim sine dubitatione monstrosius sapientem non approbare sapientiam quam sapientem nescire sapientiam.

[3.14.31] Nam quaeso paululum quasi ante oculos tale spectaculum constituamus, si possumus, rixam quandam sapientis et sapientiae. Quid aliud dicit sapientia quam se esse sapientiam? At contra iste: non credo, inquit. Quis ait sapientiae: non credo esse sapientiam? quis, nisi is, cum quo illa loqui potuit et in quo habitare dignata est, scilicet sapiens? Itē nunc et me quaerite, qui cum Academicis pugnam; habetis iam nouum certamen: sapiens et sapientia secum pugnant. Sapiens non uult consentire sapientiae. Ego uobiscum securus exspecto. Quis enim non credat inuictam esse sapientiam? Tamen nos aliqua complexione muniamus. Aut enim in hoc certamine Academicus uincet sapientiam et a me uincetur,

porque no será sabio; o bien será vencido por la sabiduría y, entonces, nosotros manifestaremos que el sabio está de acuerdo con la sabiduría. Por consiguiente, o el académico no es sabio o el sabio deberá dar su asentimiento a alguna cosa, a no ser que quien ha sentido vergüenza de decir que el sabio ignora la sabiduría, no se avergüence de sostener que el sabio no da su asentimiento a la sabiduría. Pues si es probable que el conocimiento de la sabiduría corresponde al sabio y no existe razón alguna para no dar asentimiento a lo que se puede conocer con certeza, veo que aquello que pretendía demostrar, a saber, que el sabio ha de dar su asentimiento a la sabiduría, es probable.

Si me preguntas dónde encuentra el sabio la sabiduría, te responderé que dentro de sí mismo. Si insistes en que él desconoce lo que tiene, caes en este absurdo: que el sabio ignora la sabiduría. Si niegas la posibilidad de hallar al sabio mismo, en otra disertación discutiremos no ya contra los académicos, sino contra ti, seas quienquiera que tengas este sentimiento. Porque cuando ellos discuten estas cuestiones, es evidente que disputan de la existencia del mismo sabio. Cicerón manifiesta que él tiene diferentes opiniones, aunque su investigación es sobre el sabio. Y si vosotros, jóvenes,

quia non erit sapiens, aut ab ea superabitur et sapientem sapientiae consentire docebimus. Aut igitur sapiens Academicus non est aut nonnulli rei sapiens assentietur, nisi forte, quem dicere puidit sapientem nescire sapientiam, sapientem non consentire sapientiae dicere non pudebit. At si iam ueri simile est cadere in sapientem uel ipsius sapientiae perceptionem et nulla causa est, cur non ei quod potest percipi assentiat, uideo quod uolebam esse ueri simile, sapientem scilicet assensurum esse sapientiae. Si quaeres, ubi inueniat ipsam sapientiam, respondebo: in semet ipso. Si dicis eum nescire quod habeat, redis ad illud absurdum, sapientem nescire sapientiam. Si sapientem ipsum negas posse inueniri, non iam cum Academicis sed tecum, quisquis hoc sentis, sermone alio disseremus. Illi enim cum haec disputant, de sapiente profecto disputant. Clamat Cicero se ipsum magnum esse opinatorem, sed de sapiente se quaerere. Quod si adhuc uos, adulescentes, ignotum

aún no lo conocéis, con seguridad lo habéis leído en el *Hortensio*: «Si nada hay de cierto, ni es propio del sabio el opinar, jamás el sabio aprobará algo».

De donde es evidente que los académicos en sus disputas, a las que nos enfrentamos nosotros, se ocupan del sabio.

32. Por consiguiente creo que la sabiduría es cierta para el sabio, es decir, que el sabio conoce la sabiduría, y por tanto cuando da su asentimiento a la sabiduría, no opina; porque no sería sabio si asiente a algo que desconoce. Los académicos no sostienen que se deba rechazar el asentimiento a cualquiera cosa, a no ser que no pueda conocerse con certeza. Ahora bien, la sabiduría es algo. Por tanto, cuando el sabio conoce la sabiduría y le da su asentimiento, no puede decir que no conoce nada, ni que a nada presta su asentimiento. ¿Queréis algo más? ¿O diremos algo acerca de ese error que, según ellos, se evita completamente cuando el espíritu suspende su asentimiento a cualquier cosa? Cae en el error, dicen ellos, no sólo quien aprueba lo que es falso, sino también lo que es dudoso, aunque sea verdadero. Ahora bien, yo no encuentro nada que no sea dudoso. Sin embargo, el sabio, como hemos dicho, ha descubierto la sabiduría misma.

habetis, certe in Hortensio legistis: «si igitur nec certi est quidquam nec opinari sapientis est, nihil umquam sapiens approbabit». Unde manifestum est eos de sapiente illis suis disputationibus, contra quas nitimur, quaerere.

[3.14.32] Ergo arbitror ego sapienti certam esse sapientiam, id est sapientem percepisse sapientiam et ob hoc eum non opinari cum assentitur sapientiae; assentitur enim ei rei, quam si non percepisset, sapiens non esset. Nec isti quemquam non debere assentiri nisi rebus, quae non possunt percipi affirmant; non autem sapientia nihil est: cum igitur et scit sapientiam et assentitur sapientiae, neque nihil scit neque nulli rei sapiens assentitur. Quid anaplus uultis? An de illo errore aliquid quaerimus, quem dicunt penitus euitari, si in nullam rem animum declinet assensus? Errat enim, inquit, quisquis non solum rem falsam sed etiam dubiam, quamuis uera sit, approbat. Nihil autem quod dubium non sit inuenio. At inuenit sapiens ipsam, ut dicebamus, sapientiam.

Capítulo XV
EL PROBABILISMO Y SUS LÍMITES

33. Posiblemente estaréis deseando ya que abandone esta cuestión. Pero resulta difícil tener que dejar posiciones segurísimas, cuando se trata con hombres sumamente hábiles. Sin embargo, os voy a complacer. Pero ahora, ¿qué diré? ¿Qué cosa? ¿Qué argumentos utilizaré? Deberemos, en verdad, volver a aquel viejo argumento y donde ellos mismos tienen algo que decir. Y ¿qué haré yo, puesto que me habéis echado fuera de mis fortificaciones? ¿Pediré ayuda a los más doctos con quienes si no puedo vencer, me resultará menos vergonzoso ser vencido? Arrojaré con todas mis fuerzas el dardo ya ennegrecido por el humo y el moho, pero, si no me engaño, muy eficaz: quién nada aprueba, nada hace. ¡Oh ingenuo aldeano! ¿Y dónde está lo probable, y dónde lo verosímil? ¡Es eso lo que queráis! ¿No oís cómo resuenan los escudos griegos? Se ha oído un fuerte golpe del dardo, pero ¿con qué mano lo hemos lanzado? Estos que están conmigo nada me aconsejan más seguro; pero, como veo, no hemos causado herida alguna. Regresaré a cuanto me proporciona la campiña y su quinta. Las cosas importantes me abruma más que me alivian.

[3.15.33] Sed hinc iam uultis me fortasse discedere. Non sunt facile securissima relinquenda; cum uersutissimis hominibus agimus; morem tamen uobis geram. Sed quid hic dicam? quid? quidnam? Illud nimirum uetus dicendum est, ubi et ipsi habent quod dicant. Quid enim faciam, quem de castris meis foras truditis? Num implorabo auxilia doctiorum, cum quibus si superare nequeo, minus pudebit fortasse superari? Iaciam igitur quibus uiribus possum fumosum quidem iam et scabrum sed, nisi fallor, ualidissimum telum: qui nihil approbat, nihil agit. O hominem rusticum! Et ubi est probabile? ubi est ueri simile? Hoc uolebatis. Auditisne, ut sonent scuta Graecanica? Exceptum est quod robustissimum quidem, sed qua manu iaculati sumus! Et nihil mihi potentius isti mei suggerunt nec aliquid, ut uideo, uulneris fecimus. Conuertam me ad ea, quae uilla et ager ministrat; onerant me potius maiora quam praeparant.

34. Durante mi descanso en esta casa de campo, he reflexionado mucho tiempo cómo lo probable o lo verosímil podían proteger nuestras acciones del error. Al principio me pareció una mansión cómoda y segura, como cuando solía exponer mis enseñanzas. Más tarde, cuando lo examiné todo con más detenimiento, me pareció ver una puerta por donde el error podía sorprender a los que se creían seguros. Porque estoy convencido de que no sólo cae en el error el que sigue un camino falso, sino también el que no sigue el verdadero.

Supongamos a dos caminantes que se dirigen a un mismo lugar. Uno de ellos ha decidido no fiarse de nadie, mientras el otro es sumamente crédulo. Llegan a una bifurcación del camino. Y el hombre crédulo se dirige a un pastor que anda por allí o a un campesino cualquiera y le dice: Dios le guarde, buen hombre; dígame, por favor, ¿cuál es el buen camino que lleva a tal lugar? Si vas por éste, no te equivocarás, le responde. El crédulo, dirigiéndose a su compañero de camino, le dice: Vámonos por aquí, dice la verdad. El otro, el hombre desconfiado, se echa a reír y se burla de él por haber creído con tanta facilidad lo que se le ha dicho. Y mientras el crédulo prosigue su ruta, el desconfiado se queda parado en la bifurcación del camino. Ya comenzaba a parecerle ridículo permanecer quieto

[3.15.34] *Nam cum otiosus diu cogitasset in isto rure, quonam modo possit istuc probabile aut ueri simile actus nostros ab errore defendere, primo uisum est mihi, ut solet uideri, cum ista uendebam, belle tectum et munitum, deinde ubi totum cautius circumspexi, uisus sum mihi uidisse unum aditum, qua in securos error inrueret. Non solum enim puto eum errare, qui falsam uiam sequitur, sed etiam eum, qui ueram non sequitur. Faciamus enim duos uiatores ad unum locum tendentes, quorum alter instituerit nulli credere alter nimis credulus sit. Ventum est ad aliquod biuium. Hic ille credulus pastori, qui aderat, uel cuipiam rusticano: salue, frugi homo! dic quaeso, qua bene in illum locum pergatur. Respondetur: si hac ibis, nihil errabis. Et ille ad comitem: uerum dicit, hac eamus. Ridet uir cautissimus et tam cito assensum facetissime inludit atque interea illo discedente in biuiu figitur. Et iam incipit uideri turpe cessare, cum ecce ex*

en la bifurcación del camino, cuando, hete aquí que, por el otro camino de la bifurcación, ve acercarse un caballero de porte elegante y distinguido descollando sobre su cabalgadura. Él se alegra. Y una vez hubo llegado hasta él y haberle saludado, le manifiesta su deseo, preguntándole cuál es el camino. Y para ganarse su benevolencia le manifiesta que el motivo de haberse detenido allí era que prefería preguntarle a él antes que al pastor. Pero resulta casualmente que ese hombre era uno de esos charlatanes a los que conoce la gente como «sardamacos». Este hombre, malo y perverso, obró como de costumbre y sin interés alguno: «Vete por aquí, le dice, pues yo vengo de allí». Después de haberlo engañado, se alejó de allí.

Pero ¿en qué momento se engañaría este hombre? Yo no acepto, dijo él, esta información como verdadera, sino como verosímil. Y porque ni es honesto ni útil estar en esta encrucijada sin hacer nada, seguiré ese camino.

Entretanto, aquel que se equivocó al tomar enseguida las palabras del pastor como verdaderas, se encuentra ya descansando en el lugar a donde ambos se encaminaban. El otro, por el contrario, que no se equivoca porque sigue lo que es probable, marcha dando rodeos por no sé qué bosques, sin encontrar a nadie que conozca

alio uiae cornu lautus quidam et urbanus equo insidens eminent et propinquare occipit. Gratulatur iste, tum aduenienti et salutato indicat propositum, quaerit uiam, dicit etiam remansionis suae causam, quo beniuolentior reddat pastori eum praeferens. Ille autem casu planus erat de his, quos samardocos iam uulgi uocat. Tenuit suum morem homo pessimus etiam gratis. Hac perge, ait; nam ego inde uenio. Decepit atque abiit. Sed quando iste deciperetur? Non enim monstrationem istam tamquam ueram, inquit, approbo, sed quia est ueri similis, et hic otiosum esse nec honestum nec utile est; hac eam. Interea ille, qui assentiendo errauit tam cito existimans uera esse uerba pastoris, in loco illo, quo tendebant, iam se reficiebat, iste autem non errans, si quidem probabile sequitur, circumiit siluas nescio quas nec iam cui locus ille notus sit, ad

el lugar a donde se había propuesto ir. Os diré con franqueza que, cuando estaba pensando esto, no pude contener la risa, pues desconozco cómo puede suceder que, según la doctrina de los académicos, aquel que sigue, aun por casualidad, el buen camino, se equivoque y, en cambio, no parece equivocarse el otro que siguió la probabilidad, a pesar de caminar por bosques sin sendas, ni encontrar el lugar que buscaba. Finalmente, para condenar justamente todo asentimiento temerario, yo prefiero decir más bien que los dos se equivocaron, que decir que este último no se equivocó. A partir de aquí, comencé a dedicar más atención a la doctrina de los académicos y a estudiar los hechos y costumbres de los hombres. Entonces acudieron a mi mente tantos y tan importantes razonamientos contra estos filósofos, que más que reír, en parte me indignaban y en parte me dolían, al ver que hombres tan doctos e inteligentes cayeran en opiniones tan nefastas y absurdas.

Capítulo XVI PROBABILISMO E INMORALIDAD

35. Es posible realmente que no todo el que yerra peca; sin embargo, se admite que todo el que peca se halla en el error o en algo mucho peor. Qué sucedería, pues, si alguno de los jóvenes oye

quem uenire proposuerat, inuenit. Vere uobis dicam, cum ista cogitarem, risum tenere non potui, fieri per Academicorum uerba nescio quo modo, ut erret ille, qui ueram uiam uel casu tenet, ille autem, qui per auios montes probabiliter ductus est nec petitam regionem inuenit, non uideatur errare. Ut enim temerariam consensionem iure condemnem, facilius ambo errant, quam iste non errat. Hinc iam aduersum ista uerba uigilantior ipsa facta hominum et mores considerare coepi. Tum uero tam multa mihi et tam capitalia in istos uenerunt in mentem, ut iam non riderem sed partim stomacharer partim dolerem homines doctissimos et acutissimos in tanta scelera sententiarum et flagitia deuolutos.

[3.16.35] Certe enim non fortasse omnis, qui errat, peccat, omnis tamen, qui peccat, aut errare conceditur aut aliquid peius. Quid, si ergo aliquis adolescentium, cum hos audierit dicentes: «turpe est errare et ideo

decir a los académicos: Vergonzoso es errar y, por tanto, no debemos dar asentimiento a ninguna cosa; pero, no obstante, cuando uno obra según lo que le parece probable, ni peca, ni yerra; y recuerde que, aquello que se presenta sólo al espíritu o a los sentidos, no debe ser aceptado como verdadero. Oyendo esto un joven, tratará de buscar el momento oportuno para tender una emboscada al pudor de la esposa de su prójimo.

A ti, Marco Tulio, a ti te pido consejo. Nosotros tratamos aquí de las costumbres y de la vida de los jóvenes, a quienes has dedicado un especial interés en todos tus escritos para educarlos y formarlos. ¿Qué podrás decir a esto, sino el que a ti te resulta improbable que el joven haga esto? En cambio, para él sí es probable. Ahora bien, si vivimos según lo que a otros parece probable, tú no debiste administrar la República, porque a Epicuro le pareció que eso no debía hacerse. Por tanto, aquel joven cometerá adulterio con la esposa del prójimo; y si fuere sorprendido, ¿dónde te encontrará a ti para que le defiendas? Y cuando te encuentre, ¿qué le vas a decir? Con toda seguridad, negarás el hecho. ¿Y si el hecho es tan evidente que no se puede negar? Ciertamente tratarás de persuadir, como en el gimnasio de Cumas y también de Nápoles, que no ha

nulli rei consentire debemus; sed tamen, cum agit quisque, quod ei uidetur probabile, nec peccat nec errat, illud tantum meminerit, quidquid occurrit uel animo uel sensibus, non pro uero esse approbandum» —id igitur audiens adulescens insidiabitur pudicitiae uxoris alienae? Te, te consulo, Marce Tulli; de adulescentium moribus uitaque tractamus, cui educandae atque instituendae omnes illae litterae tuae uigilauerunt. Quid aliud dicturus es quam non tibi esse probabile, ut id faciat adulescens? At illi probabile est. Nam si ex alieno probabili uiuimus, nec tu debuisti amministrare rem publicam, quia Epicuro uisum est non esse faciendum. Adulterabit igitur ille iuuenis coniugem alienam; qui deprehensus si fuerit, ubi te inueniet, a quo defendatur? quamquam etiamsi inueniat, quid dicturus es? Negabis profecto. Quid, si tam clarum est, ut frustra infitieri? Persuadebis nimirum tamquam in gymnasio Cumano atque adeo Neapolitano nihil eum peccasse, immo etiam nec errasse quidem.

pecado, e incluso que ni siquiera se ha equivocado. Porque no estaba convencido verdaderamente que debía cometer este adulterio. Se le presentó como probable, lo consintió, y cometió el adulterio, o, tal vez, no lo cometió, pero a él sí le pareció el haberlo cometido. Sin embargo el marido de esta mujer, hombre de poco juicio, lo altera todo con sus litigios reclamando la inocencia de su esposa, con la que tal vez ahora descansa, sin tener conciencia de ello.

Si aquellos jueces llegan a conocer el delito, o no harán caso a los académicos y castigarán el crimen como evidente, o bien haciéndoles caso condenarán al hombre con toda probabilidad y verosimilitud, de manera que el abogado no sepa ya a qué atenerse para defenderle. Pues no tendrá a quien atacar, puesto que todos dirán que los jueces no se han equivocado en nada, cuando sin dar su asentimiento han hecho lo que les ha parecido probable. Dejará, pues, su función de abogado y tomará la del filósofo consolador, y así poder persuadir fácilmente al joven que ha hecho ya grandes progresos en la academia, para que crea que ha sido como condenado en sueños.

Vosotros pensaréis que me estoy chanceando: por lo más sagrado os juro que no sé en absoluto cómo este hombre ha pecado,

Non enim faciendum esse adulterium pro uero sibi persuasit; probabile occurrit, secutus est, fecit. aut fortasse non fecit, sed fecisse sibi uisus est. Iste autem maritus, homo fatuus, perturbat omnia litibus pro uxoris castitate proclamans, cum qua forte nunc dormit et nescit. Hoc illi iudices si intellexerint, aut negligent Academicos et tamquam crimen uerissimum punient aut eisdem obtemperantes uerissimiliter hominem probabiliterque damnabunt, ut iam quid agat iste patronus prorsus ignoret. Cui enim succenseat non habebit, cum omnes se nihil errasse dicant, quando non assentientes id quod uisum est probabile fecerint. Ponet igitur personam patroni et philosophi consolatoris suscipiet; ita facile adulescenti, qui iam tantum in Academia profecerit, persuadebit, ut se tamquam insomnis putet esse damnatum. Sed uos me iocari arbitramini. Liquet deierare per omne diuinum nescire me prorsus, quo modo iste peccauerit,

siendo así que todo el que obra lo que le parece probable, no peca; a menos que digan, no obstante, que una cosa es pecar y otra equivocarse, y que han buscado con sus preceptos que no erremos, puesto que ellos consideran el pecar como algo sin importancia.

36. Paso por alto los homicidios, parricidios, sacrilegios y toda clase de crímenes y escándalos que pueden cometerse o imaginarse, y que jueces sapientísimos —y esto es lo grave— traten de justificar con estas breves palabras: A nada he dado mi asentimiento, luego no he errado. ¿Cómo, entonces, no iba a hacer lo que me parecía probable? Quienes crean que no es posible convencer de tales crímenes en cuanto probables, lean el discurso de Catilina, con el que persuadió el parricidio de la patria, madre de todos los crímenes.

¿Quién ahora no se mofará de esta doctrina? Los mismos académicos sostienen que en el obrar siguen aquello que les parece probable, y buscan con gran interés la verdad aunque probablemente no se la pueda encontrar. ¡Oh maravilloso prodigio!

Pero dejemos a un lado estas consideraciones que a nosotros no nos conciernen, ni tampoco interesan para la orientación de nuestra vida, ni ponen en peligro nuestros éxitos. Lo que es fundamental, lo que da miedo, lo que ha de asustar a todo hombre de bien,

si quisquis id egerit quod probabile uidetur non peccat, nisi forte in totum aliud esse dicunt errare aliud peccare seque illis praeceptis egis, autem nihil magnum esse duxisse.

[3.16.36] Taceo de homicidiis parricidiis sacrilegiis omnibusque omnino quae fieri aut cogitari possunt flagitiis ac facinoribus, quae paucis uerbis et, quod est grauius, apud sapientissimos iudices defenduntur: nihil consensi et ideo non erraui; quomodo autem non facerem quod probabile uisum est? Qui autem non putant ista probabiliter posse persuaderi, legant orationem Catilinae, qua patriae parricidium, quo uno continentur omnia scelera, persuasit. Iam illud quis non ridet? Ipsi dicunt nihil se in agendo sequi nisi probabile et quaerunt magnopere ueritatem, cum eis sit probabile non posse inueniri. O mirum monstrum! Sed hoc omittamus; minus id minus ad uitae nostrae discrimen, minus ad fortunarum periculum pertinet. Illud est capitale, illud formidolosum, illud optimo

es que si este razonamiento es probable, cuando a uno le parezca que debe hacer solamente lo probable, siempre que no dé su asentimiento a nada como verdadero, ése cometerá toda clase de crímenes y, además, sin ser acusado de crimen, ni de error. Por tanto, ¿qué vamos a decir? ¿Y es que no vieron ellos todo esto? Sí, por cierto, e incluso con gran agudeza y máxima habilidad. Yo no pretenderé imitar ni en lo más mínimo a Marco Tulio, sea en habilidad y prudencia, sea en ingenio y doctrina; si, cuando sostiene que el hombre nada puede conocer, se le dijese: «Sé que esto a mí me parece probable», por tanto, no tendría nada que decir para refutar dicha argumentación.

Capítulo XVII

LOS ACADÉMICOS Y LOS DOS MUNDOS DE PLATÓN

37. ¿Qué ha llevado a tan insignes varones con sus permanentes disputas a sostener que nadie puede alcanzar el conocimiento de la verdad? Escuchad ahora con un poco de atención, no lo que sé, sino lo que yo pienso; pues he reservado esto para el final, para explicar, en la medida de mis posibilidades, lo que a mí me parece que es todo el sistema de los académicos.

cuique metuendum, quod nefas omne, si haec ratio probabilis erit —cum probabile cuiquam uisum fuerit esse faciendum, tantum nulli quasi uero assentiatur— non solum sine sceleris sed etiam sine erroris uituperatione committat. Quid ergo? haec illi non uiderunt? Immo sollertissime prudentissimeque uiderunt, nec mihi ullo pacto tantum adrogauerim, ut Marcum Tullium aliqua ex parte sequar industria uigilantia ingenio doctrina; cui tamen asserenti nihil scire posse hominem si hoc solum diceretur: «scio ita uideri mihi», unde id refelleret non haberet.

[3.17.37] *Quid igitur placuit tantis uiris perpetuis et pertinacibus contentionibus agere, ne in quemquam cadere ueri scientia uideretur? Audite iam paulo attentius non quid sciam sed quid existimem; hoc enim ad ultimum reseruabam, ut explicarem, si possem, quale mihi esse uideatur totum Academicorum consilium. Plato, uir sapientissimus et*

Platón, hombre el más sabio y erudito de su tiempo, hablaba de tal modo que cuanto decía llegaba a ser grande, y dijo tales cosas que de cualquier manera que las ha expuesto jamás se han empequeñecido. Se dice también que Platón, muerto Sócrates, su maestro, a quien apreciaba de manera singular, tomó muchas cosas de los pitagóricos. Pitágoras, no satisfecho con la Filosofía griega, que por aquel entonces o bien no existía o se mantenía realmente muy oculta, impresionado por las discusiones de un tal Ferécides de Siria, creyó, por fin, que el alma era inmortal; y, además, en sus muchos y lejanos viajes escuchó también a muchos otros sabios.

Añadiendo Platón, al ingenio y agudeza que en las cuestiones morales había distinguido siempre a Sócrates, el conocimiento de las cosas divinas y humanas que diligentemente había recibido de los sabios antes mencionados, y sometiéndolo a la Dialéctica como formadora y juez de las otras disciplinas —la cual o es la misma sabiduría o sin la cual la sabiduría no podría existir—, se dice que compuso una disciplina de la Filosofía, como ciencia perfecta, de la que no es ahora el momento de tratar. Es suficiente, para lo que deseo, saber que Platón pensó que había dos mundos: uno el inteligible, en el cual reside la misma verdad, y este otro sensible,

eruditissimus temporum suorum, qui et ita locutus est, ut quaecumque diceret magna fierent, et ea locutus est, ut quomodocumque diceret, parua non fierent, dicitur post mortem Socratis magistri sui, quem singulariter dilexerat, a Pythagoreis etiam multa didicisse. Pythagoras autem Graeca philosophia non contentus, quae tunc aut paene nulla erat aut certe occultissima, postquam commotus Pherecydae cuiusdam Syri disputationibus immortalem esse animum credidit, multos sapientes etiam longe lateque peregrinatus audierat. Igitur Plato adiciens lepori subtilitatisque Socraticae, quam in moralibus habuit naturalium diuinarumque rerum peritiam, quam ab eis quos memorauit diligenter acceperat, subiungensque quasi formatricem illarum partium iudicemque dialecticam, quae aut ipsa esset aut sine qua omnino sapientia esse non posset, perfectam dicitur composuisse philosophiae disciplinam, de qua nunc disserere temporis non est. Sat est enim ad id, quod uolo Platonem sensisse duos esse mundos, unum intellegibilem, in quo ipsa ueritas

que se nos manifiesta a través de los sentidos de la vista y del tacto. Por consiguiente, aquél, el primero, es el mundo verdadero, y este otro, el sensible, es semejante al primero y hecho a su imagen. Del primero, por consiguiente, procede la verdad con la que el alma al conocerla se hermosea y purifica; del otro no puede originarse en el alma de los insensatos la ciencia, sino la opinión. Sin embargo, cuanto se hace en este mundo por las virtudes que él llama populares, semejantes a las virtudes verdaderas y que son conocidas solamente por un pequeño número de sabios, no puede recibir otro nombre que el de verosímil.

38. Estas y otras enseñanzas semejantes creo haber sido conservadas por los discípulos de Platón en cuanto les fue posible, y guardadas como misterios. Porque ellas no son fácilmente conocidas más que por aquellos que, una vez purificados de todo vicio, han logrado otro género de vida más que humano; y no peca gravemente aquel que, conociendo esta doctrina, quisiera darla a conocer a cualquier hombre.

Creo que Zenón, jefe de los estoicos, fue tenido por sospechoso cuando, después de haber escuchado y creído ciertas doctrinas, llegó a la Escuela fundada por Platón, dirigida entonces por

habicaret, istum autem sensibilem, quem manifestum est nos uisu tactuque sentire; itaque illum uerum hunc ueri similem et ad illius imaginem factum, et ideo de illo in ea quae se cognosceret anima uelut expoliri et quasi serenari ueritatem, de hoc autem in stultorum animis non scientiam sed opinionem posse generari; quidquid tamen ageretur in hoc mundo per eas uirtutes, quas ciuiles uocabat, aliarum uerarum uirtutum similes, quae nisi paucis sapientibus ignotae essent non posse nisi ueri simile nominari.

[3.17.38] Haec et alia huius modi mihi uidentur inter successores eius, quantum poterant, esse seruata et pro mysteriis custodita. Non enim aut facile ista percipiuntur nisi ab eis, qui se ab omnibus uitiiis mundantes in aliam quamdam plus quam humanam consuetudinem uindicarint, aut non grauius peccat, quisquis ea sciens quoslibet homines docere uoluerit. Itaque Zenonem principem Stoicorum, cum iam quibusdam auditis et creditis in scholam relictam a Platone uenisset, quam tunc Polemo

Polemón y, por ello, no se creyó oportuno manifestarle y confiarle aquellas doctrinas de Platón, en cierto modo sagradas, si no renunciaba antes a las ideas aprendidas de otros y que él traía a esta escuela.

Muere Polemón y le sucede Arcesilao, que había sido, bajo el magisterio de Polemón, condiscípulo de Zenón. Deleitándose Zenón en una máxima suya acerca del mundo, y especialmente del alma —a la que la verdadera Filosofía presta todo su interés—, afirmando que ella es mortal, y que no existe otro mundo más que este sensible en el que todo es corporal —pues creía que el mismo Dios era fuego—, entonces Arcesilao, creo que con mucha prudencia y sentido común, advirtiendo que aquel mal iba ganando terreno, ocultó por completo la doctrina de la Academia y la escondió como oro que la posteridad habría de descubrir algún día. Por lo cual, como la gente es propensa a caer en falsas opiniones y con facilidad, aunque peligrosamente, cree que, por el hábito de vivir entre los cuerpos, todo es corporal, aquel varón sumamente inteligente y educado se propuso más bien la tarea de hacer olvidar los conocimientos de quienes habían recibido, por desgracia, una mala enseñanza, que la de enseñar a los que no creía aptos para aprender. De ahí surgieron todas aquellas corrientes doctrinales

retinebat, suspectum habitum suspicor nec talem uisum, cui Platonica illa uelut sacrosancta decreta facile prodi committique deberent, priusquam dedidicisset ea, quae in illam scholam ab aliis accepta detulerat. Moritur Polemo, succedit ei Arcesilas, Zenonis quidem condiscipulus, sed sub Polemonis magisterio. Quam ob rem cum Zeno sua quadam de mundo et maxime de anima, propter quam uera philosophia uigilat, sententia delectaretur dicens eam esse mortalem nec quicquam esse praeter hunc sensibilem mundum nihilque in eo agi nisi corpore —nam et deum ipsum ignem putabat— prudentissime atque utilissime mihi uidetur Arcesilas, cum illud late serperet malum, occultasse penitus Academiae sententiam et quasiaurum inueniendum quandoque posterisobruisse. Quare cum in falsas opiniones ruere turba sit pronior et consuetudine corporum omnia esse corporea facillime sed noxie credatur, instituit uir acutissimus atque humanissimus dedocere potius quos patiebatur male doctos quam docere

que se atribuyen a la Nueva Academia, y que los antiguos académicos no tuvieron de ello necesidad.

39. Si Zenón se hubiese despertado un día y hubiese reflexionado que no puede ser conocido nada más que lo que es conforme con su definición, y que esto no puede darse entre las cosas corporales, a lo que él reducía todo, hace tiempo se habría extinguido por completo esta clase de disputas que, en otro tiempo, una gran necesidad había *prendido*. Pero Zenón, llevado por la idea de una ilusoria firmeza, como los mismos académicos creían —y también yo lo creo—, se mantuvo firme y fiel a aquella perniciosa doctrina que tenía sobre los cuerpos, y que logró pervivir, no sé cómo, hasta el tiempo de Crisipo, quien le dio un fuerte impulso en su propagación, ya que gozaba de gran influencia, mientras, por otra parte, Carnéades, más agudo y más atento que todos sus predecesores, se opuso abiertamente a esta doctrina, de manera que yo mismo me sorprendo cómo tal doctrina haya podido gozar en lo sucesivo de prestigio alguno.

Carnéades fue el primero en abandonar aquella desvergonzada calumnia con que se buscaba difamar a Arcesilao y, para no parecer que lo hacía por ostentación, se propuso como tarea combatir y derrotar a los estoicos y a Crisipo.

quos dociles non arbitrabatur. Inde illa omnia nata sunt, quae nouae Academiae tribuuntur, quia eorum necessitatem ueteres non habebant.

[3.17.39] Quodsi Zeno expergefactus esset aliquando et uidisset neque quicquam comprehendi posse nisi quale ipse definiebat neque tale aliquid in corporibus posse inueniri, quibus ille tribuebat omnia, olim prorsus hoc genus disputationum, quod magna necessitate flagrauerat, fuisset extinctum. Sed Zeno imagine constantiae deceptus, ut ipsis Academicis uidebatur nec mihi etiam non uidetur, pertinax fuit fidesque illa corporum perniciosa, quoquo modo potuit, peruixit in Chrysippum, qui ei —nam maxime poterat— magnas uires latius se diffundendi dabat, nisi ex illa parte Carneades acrior et uigilantior superioribus caeteris ita restitisset, ut mirer illam opinionem aliquid etiam postea ualuisse. Namque Carneades primo illam uelut calumniandi impudentiam, qua uidebat Arcesilam non mediocriter infamatum, deposuit, ne contra omnia uelle dicere quasi ostentationis causa uideretur, sed ipsos proprie sibi Stoicos atque Chrysippum conuellendos euertendosque proposuit.

Capítulo XVIII
LA NUEVA ACADEMIA Y SUS DIVISIONES

40. Después, viéndose Carnéades acosado por todas partes, ya que si no se debe dar asentimiento a nada, el sabio tampoco podrá hacer nada. ¡Oh! Carnéades, varón admirable, aunque no tan admirable ya que su doctrina manaba de las mismas fuentes de Platón, con sagacidad miró qué clase de acciones eran las que los hombres aprobaban, y viendo que se asemejaban a no sé cuáles verdaderas, llamó verosímil a todo lo que en este mundo debe seguirse como norma de conducta. Él conocía perfectamente a qué cosas se asemejaban, y lo ocultaba prudentemente, y a esto lo llama también *probable*. Pues se aprecia bien el valor de una imagen cuando se conoce su original. Ahora bien, ¿cómo puede el sabio aprobar o cómo puede seguir lo parecido de la verdad, cuando ignora qué sea la verdad misma? Por tanto, los académicos conocían y aprobaban cosas falsas cuando veían en ellas una imitación fiel de las cosas verdaderas. Pero al no estar ni permitido ni ser fácil descubrir estos misterios a los profanos, ellos dejaron a sus sucesores y a cuantos pudieron de sus contemporáneos una señal de su doctrina. En cambio, prohibían a los buenos dialécticos ya con desprecios, ya con

[3.18.40] Deinde cum undique premeretur, si nulli rei esset assensus, nihil acturum esse sapientem —o hominem mirum atque adeo non mirum! ab ipsis enim Platonis fontibus profluebat— attendit sapienter, quales illi actiones probarent, easque nescio quarum uerarum similes uidens id, quod in hoc mundo ad agendum sequeretur, ueri simile nominauit. Cui enim esset simile, et perite norat et prudenter tegebat idque etiam probabile appellabat. Probat enim bene imaginem quisquis eius intuetur exemplum. Quomodo ergo nihil approbat sapiens aut quomodo simile sequitur ueri, cum ipsum uerum quid sit ignoret? Ergo illi norant et approbabant falsa, in quibus imitationem laudabilem rerum uerarum aduertebant. Sed quia hoc tamquam profanis nec fas nec facile erat ostendere, reliquerunt posteris et quibus illo tempore potuerunt signum quoddam sententiae suae, illos autem bene dialecticos de uerbis

burlas, provocar algún problema gramatical. Por esta razón se dice también de Carnéades que fue padre y fundador de la tercera Academia.

41. Este conflicto se prolongó hasta nuestro Tulio Cicerón, ya muy debilitado e inflando con su último aliento la literatura latina. Porque a mí nada me parece más vano que decir tantas cosas de forma tan ampulosa y estilo tan rebuscado, sin estar convencido de ello. Sin embargo, aquellos vientos arrancaron, creo yo, y dispersaron como paja al platónico Antíoco. Porque la manada de los epicúreos plantaron sus soleados establos en los pueblos dados al placer.

Como Antíoco, discípulo de Filón, y en mi opinión hombre prudentísimo, había ya comenzado a abrir las puertas a los enemigos en retirada y a pedir a la Academia restablecer la autoridad y leyes de Platón —aunque Metrodoro había intentado hacerlo ya anteriormente; sin embargo, de él se dice que fue el primero en sostener que los académicos no habían defendido expresamente que nada puede ser conocido con certeza, sino que se habían visto obligados a recurrir a tales armas contra los estoicos—, Antíoco, pues, como había comenzado a decir, después de haber sido discípulo de Filón el académico y del estoico Menesarco, se infiltró subrepticamente como

mouere quaestionem insultantes inidentesque prohibebant. Ob haec dicitur Carneades etiam tertiae Academiae princeps atque auctor fuisse.

[3.18.41] Deinde in nostrum Tullium conflictio ista duravit iam plane saucia et ultimo spiritu Latinas litteras inflatura. Nam nihil mihi uidetur inflatius quam tam multa copiosissime atque ornatissime dicere non ita sentientem. Quibus tamen uentis faeneus ille Platonicus Antiochus satis, ut mihi uidetur dissipatus atque dispersus est. Nam Epicureorum greges in animis deliciosorum populorum aprica stabula posuerunt. Quippe Antiochus, Philonis auditor, hominis, quantum arbitror, circumspicientissimi, qui iam ueluti aperire cedentibus hostibus portas coeperat et ad Platonis auctoritatem Academiam legesque reuocare —quamquam et Metrodorus id antea facere temptauerat, qui primus dicitur esse confessus non decreto placuisse Academicis nihil posse comprehendere, sed necessario contra Stoicos huius modi eos arma sumpsisse— igitur Antiochus ut institueram dicere, auditis Philone Academico et Mnesarcho Stoico in

colaborador y subordinado en la Antigua Academia, casi desprovista de defensores y segura por la ausencia de enemigos, esparciendo no sé qué errónea doctrina tomada de las cenizas de los estoicos, corrompiendo así la doctrina heredada de Platón. Pero Filón, tomando las mismas armas de nuevo, no sólo le resistió hasta la muerte, sino que nuestro Tulio también destruyó todo resto de aquella doctrina, no pudiendo soportar que, cuanto él había amado en vida, fuese destruido o contaminado.

Además, no mucho tiempo después, al ir cesando toda obstinación y tozudez, y disipándose las nubes del error, volvió a brillar la doctrina de Platón, que constituye lo más puro y lúcido de la Filosofía, sobre todo con Plotino, quien fue considerado tan parecido en todo a Platón que uno pensaría que habían vivido al mismo tiempo, pero, habida cuenta del largo espacio de tiempo que separa a uno del otro, debería decirse mejor que Platón había revivido en Plotino.

Capítulo XIX DIFERENTES CORRIENTES FILOSÓFICAS

42. Por consiguiente, apenas encontramos en este momento más filósofos que los Cínicos, Peripatéticos o Platónicos; y tenemos a

Academiam ueterem quasi uacuum defensoribus et quasi nullo hoste securam uelut adiutor et ciuis inreperat nescio quid inferens mali de Stoicorum cineribus, quod Platonis adyta uiolaret. Sed huic arreptis iterum illis armis et Philo restitit, donec moreretur, et omnes eius reliquias Tullius noster oppressit se uiuo impatiens labefactari uel contaminari quidquid amauisset. Adeo post illa tempora non longo interuallo omni peruicacia pertinaciaque demortua os illud Platonis quod in philosophia purgatissimum est et lucidissimum, dimotis nubibus erroris emicuit maxime in Plotino, qui Platonius philosophus ita eius similis iudicatus est, ut simul eos uixisse, tantum autem interest temporis, ut in hoc ille reuixisse putandus sit.

[3.19.42] Itaque nunc philosophos non fere uidemus nisi aut Cynicos aut Peripateticos aut Platonicos, et Cynicos quidem, quia eos uitae

los Cínicos, porque les agrada cierta libertad y vida licenciosa. En cuanto a la educación, la doctrina y también la moral, que mira por el bien del alma, no han faltado varones sumamente hábiles e inteligentes, que con sus discursos enseñaron la perfecta armonía entre Platon y Aristóteles, de manera que sólo a los ignorantes y poco atentos les parece que entre ello existe cierta oposición. Después de muchos siglos y prolongadas discusiones realmente ha quedado claro, creo yo, que sólo existe una verdadera escuela de Filosofía.

Y ésta no es la Filosofía de este mundo, que con razón detestan nuestras sagradas creencias, sino la del mundo inteligible, al que la sutil razón no habría podido conducir a este mundo inteligible nuestras almas cegadas por toda clase de tinieblas y errores y manchadas por el contacto con la bajeza de los cuerpos, si el sumo Dios, lleno de misericordia para con su pueblo, no hubiese descendido y se hubiese humillado, tomando cuerpo humano en la persona del Verbo divino, para que las almas, no sólo estimuladas con sus preceptos sino también con su ejemplo, pudiesen regresar a su primitiva situación y contemplar en paz su patria.

quaedam delectat libertas atque licentia. Quod autem ad eruditionem doctrinamque attinet et mores quibus consulitur animae, quia non defuerunt acutissimi et sollertissimi uiri, qui docerent disputationibus suis Aristotelem ac Platonem ita sibi concinere, ut imperitis minusque attentis dissentire uideantur, multis quidem saeculis multisque contentionibus, sed tamen eliquata est, ut opinor, una uerissimae philosophiae disciplina. Non enim est ista huius mundi philosophia, quam sacra nostra meritissime detestantur, sed alterius intellegibilis, cui animas multiformibus erroris tenebris caecatas et altissimis a corpore sordibus oblitus numquam ista ratio subtilissima reuocaret, nisi summus deus populari quadam clementia diuini intellectus auctoritatem usque ad ipsum corpus humanum declinaret atque summitteret, cuius non solum praeceptis sed etiam factis excitatae animae redire in semet ipsas et respicere patriam etiam sine disputationum concertatione potuissent.

Capítulo XX

CONCLUSIÓN: PLATÓN CAMINO HACIA CRISTO

43. Me he persuadido, entretanto, con cierta probabilidad y dentro de mis posibilidades, de esto tocante a los académicos. Si no es verdad, me importa poco, porque me basta creer que el hombre puede encontrar la verdad. Quien crea que los académicos han pensado de esta manera, lea al mismo Cicerón. Porque él nos dice que tenían la costumbre de ocultar su doctrina y descubrirla únicamente a aquellos que habían permanecido en sus escuelas hasta la ancianidad.

¿Qué clase de doctrina fuese aquélla? Dios lo sabe. Yo, sin embargo, creo que era la misma de Platón. Pues bien, para que conozcáis en pocas palabras todo mi plan sea cual fuere el estado en que la humana sabiduría se halle, veo que no la conozco aún. Pero, no teniendo más que treinta y tres años, creo que no debo perder la esperanza de conseguirla un día, porque he decidido dedicarme a su investigación, despreciando cuanto los mortales tienen por bienes en este mundo. No obstante las razones de los académicos trataban de disuadirme no poco de mi proyecto, pero he procurado hacerme fuerte contra ellas con esta disertación. Pues

[3.20.43] Hoc mihi de Academicis interim probabiliter, ut potui, persuasi. Quod si falsum est, nihil ad me, cui satis est iam non arbitrari non posse ab homine inueniri ueritatem. Quisquis autem putat hoc sensisse Academicos, ipsum Ciceronem audiat. Ait enim illis morem fuisse occultandi sententiam suam nec eam cuiquam, nisi qui secum ad senectutem usque uixisset, aperire consuesse. Quae si autem ista, deus uiderit; eam tamen arbitror Platonis fuisse. Sed ut breuiter accipiatis omne propositum meum, quoquo modo se habeat humana sapientia, eam me uideo nondum percepisse. Sed cum tricensimum et tertium aetatis annum agam, non me arbitror desperare debere eam me quandoque adepturum. Contemptis tamen caeteris omnibus, quae bona mortales putant, huic inuestigandae inseruire proposui. A quo me negotio quoniam rationes Academicorum non leuiter deterrebant, satis, ut arbitror, contra eas ista disputatione munitus sum. Nulli autem dubium

todo el mundo sabe que existen dos caminos que nos impulsan al conocimiento: la autoridad y la razón. Ahora bien, para mí es evidente que jamás debo apartarme de la autoridad de Cristo, ya que no encuentro otra más fuerte. En cuanto a lo que ha de buscarse con la fuerza de la razón (pues mi estado de ánimo es tal, que estoy deseando con impaciencia conocer la verdad no sólo mediante la fe, sino comprenderla también con la inteligencia), espero entretanto poder encontrar en los platónicos una doctrina que no se oponga a nuestros sagrados misterios.

44. Viendo que mi discurso había concluido en este momento, aunque era ya de noche y para escribir algo fuese preciso acercar una lámpara, sin embargo aquellos jóvenes esperaban atentamente saber si Alipio prometía responder al menos otro día.

Entonces dijo él:

—Confieso que jamás me ha impactado nada tanto como el hecho de tener que retirarme vencido por la discusión de hoy. Y pienso que esta alegría no debe ser únicamente mía. Por lo mismo la compartiré con vosotros, mis rivales o nuestros jueces. Porque los mismos académicos desearon tal vez ser vencidos de esta manera por

est gemino pondere nos impelli ad discendum auctoritatis atque rationis. Mihi ergo certum est nusquam prorsus a Christi auctoritate discedere; non enim reperio ualentiozem. Quod autem subtilissima ratione persequendum est —ita enim iam sum affectus, ut quid sit uerum non credendo solum sed etiam intellegendo apprehendere impatienter desiderem— apud Platonicos me interim, quod sacris nostris non repugnet, reperturum esse confido.

[3.20.44] *Hic postquam sermonis finem me fecisse aspexerunt, quamquam iam erat nox et aliquid etiam lucerna inlata scriptum erat, tamen illi adulescentes intentissime exspectabant, utrum Alypius uel alio die se responsurum esse promitteret. Tum ille: Nihil mihi aliquando, inquit, tam ex sententia prouenisse affirmare paratus sum, quam quod hodierna disputatione discedo superatus. Nec istam meam tantum puto debere esse laetitiam. Communicabo ergo eam uobiscum, concertatores mei uel iudices nostri, quando quidem isto se pacto a suis posteris uinci*

sus sucesores. En realidad, ¿qué podemos encontrar o se nos puede mostrar más grato que el atractivo del discurso, más apreciado que el rigor del pensamiento, siempre dispuesto a la benevolencia y más pleno de ciencia? Me resulta imposible admirar suficientemente cómo cuestiones tan espinosas se han tratado con tanta amenidad, las difíciles con tanto valor, presentando las convicciones con tanta mesura así como exponiendo las oscuras con tanta claridad.

Compañeros míos, convertid vuestra ansiada curiosidad con que me incitabais a responderle en una más firme esperanza de instruirnos conmigo. Tenemos un guía para conducirnos, bajo la providencia del mismo Dios, hasta el mismo interior del sagrado santuario de la verdad.

45. Como los muchachos manifestaban en su rostro un cierto desencanto pueril viendo que Alipio parecía no estar dispuesto a responderme, les dije sonriendo:

—¿Tenéis envidia de mis méritos? Y por estar seguro de la constancia de Alipio, no sólo no le temo en absoluto, sino para que también seáis agradecidos conmigo, voy a prepararos contra él, que ha defraudado tan duramente vuestros esperanzados anhelos. Leed *Los Académicos*; y cuando allí encontréis a un Cicerón victorioso de

ipsi etiam fortasse Academici optarunt. Quid enim nobis hoc sermonis lepore iucundius, quid sententiarum grauitate perpensius, quid beniuolentia promptius, quid doctrina peritius uideri aut exhiberi posset? Prorsus nequaquam digne ammirari possum, quod tam facete aspera, tam fortiter desperata, tam moderate conuicta, tam dilucide obscura tractata sunt. Quare iam, socii mei, exspectationem uestram, qua me ad respondendum prouocabatis, certiore spe mecum ad discendum conuertite. Habemus duces, qui nos in ipsa ueritatis arcana deo iam monstrante perducant.

[3.20.45] Hic ego, cum illi puerili quodam studio, quod Alypius responsurus non uidebatur, quasi fraudatos se uultu ostenderent: Inuidetis, inquam arridens, laudibus meis? Sed quoniam de Alypii constantia iam securus nihil eum timeo, ut uos quoque mihi gratias agatis, instruo uos aduersus illum, qui tantam intentionem uestrae exspectationis offendit. Legite Academicos et, cum ibi uictorem —quid enim facilius?—

estas bagatelas (¿hay cosa más fácil?), obligad a Alipio a defender mi discurso contra los invencibles argumentos de Cicerón.

Alipio, yo te doy en pago, por tus falsas alabanzas hacia mí, esta recompensa un tanto desagradable.

Habiéndose sonreído en señal de aprobación, pusimos fin al largo debate, no sé si sólidamente fundamentado, pero sí más discreto y más rápido de lo que había previsto.

istarum nugarum Ciceronem inueneritis, cogatur iste a uobis hunc nostrum sermonem contra illa inuicta defendere. Hanc tibi, Alypi, duram mercedem pro mea falsa laude restituo. —Hic cum arrisissent, finem tantae conflictionis —utrum firmissimum nescio— modestius tamen et citius, quam speraueram, fecimus.

Libros de la colección de filosofía dirigida por
Agustín Serrano de Haro (*Instituto de Filosofía, CSIC*)

- Hildebrand, Dietrich von, *¿Qué es filosofía?* Traducción de Araceli Herrera.
- García Morente, Manuel, *Lecciones preliminares de filosofía*. Prólogo de Julián Marías.
- Arendt, Hannah, *El concepto de amor en san Agustín*. Traducción y presentación de Agustín Serrano de Haro.
- Moore, G.E., *Ética*. Traducción de Manuel Cardenal de Iracheta. Revisión y nota a la edición de Juan Miguel Palacios.
- Thomas, J.L.H., *En busca de la seriedad. Cuadernos filosóficos*. Traducción y prólogo de Juan Miguel Palacios.
- García Morente, Manuel, *Ensayos sobre el progreso*. Prólogo de Juan Miguel Palacios.
- Mitcham, C. y Mackey, R. (eds.), *Filosofía y tecnología*. Edición de Ignacio Quintanilla.
- Crespo, Mariano, *El perdón. Una investigación filosófica*. Prólogo de Josef Seifert.
- Patočka, Jan, *El movimiento de la existencia humana*. Edición y presentación de Agustín Serrano de Haro. Traducción de Teresa Padilla, Agustín Serrano de Haro y Jesús María Ayuso.
- Strauss, Leo, *Sobre la tiranía* seguido del *debate Strauss-Kojève*. Contiene traducción del diálogo de Jenofonte *Hierón o De la tiranía*. Traducción y presentación de Leonardo Rodríguez Duplá.
- Sartre, J.-P., Marcel, G., Jaspers, K., Paci, E., Lévinas, E., Derrida, J., y García-Baró, M., *Kierkegaard vivo. Una reconsideración*. Edición y presentación de Agustín Serrano de Haro.

- Maritain, Jacques, *Tres reformadores. Lutero-Descartes-Rousseau*. Traducción de Ángel Álvarez de Miranda.
- Malebranche, Nicolas, *Conversaciones sobre la metafísica y la religión*. Traducción y estudio preliminar de Pilar Andrade e Ignacio Quintanilla.
- Merleau-Ponty, Maurice, *La unión del alma y el cuerpo en Malebranche, Biran y Bergson*. Traducción de Jesús María Ayuso.
- Brentano, Franz, *Sobre los múltiples significados del ente según Aristóteles*. Traducción y presentación de Manuel Abella.
- Gaos, José, *Introducción a la fenomenología* seguida de *La crítica al psicologismo en Husserl*. Presentación de Agustín Serrano de Haro.
- Crosby, John F., *La interioridad de la persona humana. Hacia una antropología personalista*. Traducción de Virginia Díaz y Araceli Herrera.
- Scheler, Max, *De lo eterno en el hombre*. Traducción de Julián Marías y Javier Olmo.
- Arendt, Hannah, *Karl Marx y la tradición del pensamiento político occidental* seguido de *Reflexiones sobre la Revolución húngara*. Edición y presentación de Agustín Serrano de Haro. Traducción de Marina López y Agustín Serrano de Haro.
- Seifert, Josef, *Discurso de los métodos de la filosofía y la fenomenología realista*. Edición y traducción de Rogelio Rovira.
- Palacios, Juan Miguel, *Bondad moral e inteligencia ética. Nueve ensayos de la ética de los valores*.
- González, Joan, *Heidegger y los relojes*. Prólogo de Francesc Pereña.

Todos estos libros pueden adquirirse en
www.ediciones-encuentro.es

Fotocomposición
Encuentro-Madrid
Impresión y encuadernación
Cofás-Madrid
ISBN: 978-84-7490-925-8
Depósito Legal: M-11731-2009
Printed in Spain

Contra los Académicos,
escrita en el 386, es la obra
filosófica más importante de
uno de los autores cristianos
más universales. San
Agustín combate en ella el
escepticismo del que había
sido él mismo presa antes
de su conversión y según el
cual nada puede ser conocido
con certeza, por lo que nada
merecería el asentimiento
firme de la inteligencia del
hombre.

EE
ENCUENTRO

FILOSOFÍA

ISBN: 978-84-7490-925-8



9 788474 909258

Visite el foro de este libro en
www.ediciones-encuentro.es